

amanda adams



EV

VAQUERO

LOS HERMANOS WALKER, LIBRO 2

EL VAQUERO

Los hermanos Walker, Libro 2

AMANDA ADAMS

ÍNDICE

[Acerca de El Vaquero](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Libros por Amanda Adams](#)

[Biografía](#)

[Libros por Amanda Adams \(English\)](#)

ACERCA DE EL VAQUERO

Persigues tu sueño.
Respeto eso.

PERO PARTE de mí murió cuando te fuiste.
Porque formabas un todo en mi corazón.
Eras mi aliento.
Mi todo.

Y TENÍAS RAZÓN.

AHORA HAS VUELTO. Y no porque tú también me necesites.

PERO PLANEO CAMBIAR ESO.

TODO LO QUE necesito es un momento a solas contigo para hacerte entender.

PUEDES ENAMORARTE entre un latido del corazón y otro.

Una mirada.

Un toque.

Al instante, todo cambia.

¿Estás lista?

¡HAZ CLIC AHORA!

Derechos de autor

Derechos de autor 2018 Tydbyts Media
El Vaquero: Los hermanos Walker, libro 2
Amanda Adams
Diseño de portada Copyright 2018 por eBook Indie Covers

Publicado por Tydbyts Media
Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares y eventos son completamente producto de la imaginación del autor o usados de forma ficticia. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es una coincidencia.

 Creado con Vellum

PRÓLOGO

Jake Walker tocó el timbre y esperó. Unos segundos más tarde, la Sra. Klasky abrió la puerta con un par de pantalones azul marino y un suéter de gran tamaño de color crema. Debía tener al menos setenta años, pero parecía diez años más joven.

-- Siento mucho lo de tu madre, cariño. -- Lo tomo del brazo y lo llevo dentro antes de cerrar la puerta suavemente detrás de él. -- Eres el primero en llegar. --

-- Lo imagine. -- Jake se quitó el sombrero y lo sujetó para poder golpear el borde contra la parte exterior de su muslo. Siempre era el primero en llegar a todas partes. Sus tres hermanos parecían no tener idea de lo que era la puntualidad. La siguió hasta la cocina, pasando por una pared llena de fotos familiares y retratos en tonos sepia de años pasados de la familia Klasky, y se sentó en su lugar habitual en la mesa de la cocina de Klasky, en la silla de roble de madera dura más cercana al sofá de hace veinte años, cubierto con un estampado de cachemir y colores que probablemente databan de los años setenta.

-- Aquí tienes, querido. -- La Sra. Klasky colocó un vaso de limonada frente a él, Jake tomó un sorbo.

-- Gracias. -- Azúcar fresca, exprimida y de verdad, como la que hacía mamá. Sus ojos se empañaron y miró al techo por un momento, esperando a que pasara el dolor detrás de sus ojos. Ya había llorado bastante. Los niños pierden a sus madres todos los días. Tenía 24 años, no 12. Tenía que tomar valor y recordar que algunos chicos no tenían madre.

El timbre sonó y la Sra. Klasky se excusó durante un minuto antes de llevar

a dos de sus tres hermanos a la cocina. Derek era el mayor y el más rudo, pero Jake había encontrado apoyo en esa rudeza más de una vez al crecer. Derek tenía una tienda de motocicletas en el centro de Denver y siempre se le veía con botas de motociclista, la chaqueta de cuero negro y tatuajes. Mitchell, por otro lado, era residente de cirugía de segundo año en el hospital local de trauma. Aunque Derek parecía un rebelde, Mitchell parecía un chico de ciudad, con el pelo demasiado largo para el gusto de Jake, ropa cara y un coche deportivo. Jake prefería sus jeans, botas de trabajo y camioneta. Si trataba de usar la basura elegante que llevaba su hermano, Jake sabía que se vería como un perro callejero en una fiesta de caniches. Demasiado grande. Demasiado áspero. Demasiado sucio.

Después de un par de duros golpes en la espalda, el timbre volvió a sonar.

-- Ése debe ser Chance. -- La Sra. Klasky desapareció de nuevo y regresó con su hermano Chance, el abogado de sangre recién salido de la escuela de leyes.

-- Chance. -- Derek se levantó de su asiento al final de la mesa y envolvió a Chance en un abrazo.

-- Hola, perdedor. -- Después de un abrazo rápido, Chance le dio una palmadita en el hombro a Derek. Jake y Mitchell se turnaron. Normalmente, no se abrazaban, pero estar aquí hoy era el propósito de Jake, y él pensó que pasaba lo mismo con sus hermanos.

-- Tarde a la fiesta, como siempre. -- Jake agarró a Chance y lo levantó del suelo como si su hermano fuera una niña. Jake era el más joven, pero sus tres hermanos mayores eran por lo menos cinco pulgadas y cincuenta libras más livianos. Y como el menor de todos, Jake nunca dejó pasar la oportunidad de frotar en sus narices el hecho de que podía patear cada uno de sus apestosos traseros.

-- Y tu aún hueles a hamburguesas de vaca y fardos de heno. -- Chance se rió y Jake le devolvió la sonrisa. Sus hermanos mayores, Chance en particular, le dijeron a Jake que él era el único que era adoptado. Y Jake había pasado varias semanas creyendo sus mentiras. Tenía cinco años en ese momento. Hasta que su madre le dijo la verdad.

Todos eran adoptados.

-- Amor fuerte, hermano. Pero hueles como si te hubiera limpiado el trasero un asistente de baño con una toallita húmeda perfumada. ¿Te estás convirtiendo en uno de esos metrosexuales de ciudad? -- Jake lo dejó caer y Mitchell tomó su lugar. Mitchell fue el único que pasó más tiempo en la ciudad

que Chance.

-- No, hombre. Ese sería yo. -- Mitchell sonrió y agarró a Chance por los hombros. Mitchell vivía en la ciudad ahora, pero corría hacia las montañas cada vez que podía. Diablos, su hermano les había enviado un mensaje de texto con todas las fotos colgando de un costado de una pared de roca en un saco de dormir a unos 30 metros del lado de un acantilado. Mitchell vivía para el subidón de adrenalina de la sala de emergencias. Las heridas de bala sangrientas y los apuñalamientos hicieron a su hermano más feliz que el flujo constante de enfermeras con las que siempre salía.

Chance estaba en su traje y, como siempre, era el único con corbata. Incluso el Sr. Klasky, el abogado de su madre de ochenta años, llevaba caquis y una camiseta de golf.

-- Ahora que están todos aquí, podemos empezar. -- El Sr. Klasky rodó en un pequeño televisor con el viejo combo de VCR. Jake echó en una de las sillas y Chance se sentó en la mesa de la cocina, tirando de su corbata.

Todos ellos agradecieron respetuosamente a la Sra. Klasky mientras les servía limonada y una bandeja de galletas con chispas de chocolate, tal como lo había estado haciendo desde que estaban en la escuela primaria.

Cuando se acomodó contra la pared, Jake le ofreció su asiento, pero ella lo rechazó. -- Chicos, vais a querer sentaros para esto. --

-- Con el debido respeto, Sr. Klasky, pero la propiedad de mi madre se repartió hace meses cuando se enfermó. -- Chance era el hombre de la ley, así que Jake estaba feliz de dejarle hablar en jerga legal con Klasky.

-- Sí. Sí. Lo sé. -- El hombre mayor se inclinó, buscando un enchufe en la pared para poder enchufar aquel dinosaurio de televisor.

-- ¿Entonces por qué estamos aquí? -- Chance miró desde el Sr. Klasky, que finalmente había encontrado una toma de corriente y le estaba clavando las clavijas eléctricas, hasta su esposa, que le miró con una ceja levantada hasta que añadió: -- Señor. --

Satisfecho, el Sr. Klasky se puso de pie y se frotó las manos como un colegial entusiasmado. -- Bueno, muchachos, le prometí a su mamá que los reuniría a todos hoy, seis semanas después de su muerte. Que en paz descansen.

--

-- ¿Pero por qué? Ya todo ha sido tramitado. --

-- No todo. -- La Sra. Klasky sacó cuatro sobres de su bolsillo del delantal. Cada uno parecía tener una tarjeta de cumpleaños de gran tamaño dentro. Se acercó a la mesa y les dio una a cada uno de ellos. -- No los abran

todavía. Tienen que ver el video primero. --

Jake sintió un nudo en la garganta mientras trazaba el contorno de su nombre escrito en el frente de su tarjeta. Sentía que todos habían sido atrapados en una especie de malvado bucle temporal. La letra cursiva de su madre en el exterior de la tarjeta le hizo extrañarla más. Ella había escrito su nombre con tinta roja en el sobre blanco. Rojo, porque cuando tenía nueve años, le había dicho que el rojo era su color favorito. Levantó la vista para comprobar las tarjetas de sus hermanos. Seguro que su madre había escrito cada uno de sus nombres en sus sobres. La tarjeta de Chance era verde, y Jake sonrió. ¿Quién podría olvidar la obsesión de su hermano con El Increíble Hulk? El sobre de Mitchell estaba ahora descolorido, pero rojo igual. ¿Y Derek? El Sr. cuero negro y tatuajes sostenía un sobre que era de un amarillo sorprendentemente brillante.

-- Santo cielo. -- Jake se reclinó en su asiento y comenzó a golpear su sombrero de vaquero contra su rodilla.

El Sr. Klasky introdujo una vieja cinta VHS en el reproductor y la pantalla borrosa se volvió negra durante unos segundos. Jake escuchó el zumbido de la cinta mientras sonaba, y sonrió. Mamá siempre odiaba la tecnología. Le había llevado tres años lograr hablar con ella por teléfono celular. Su sonrisa se desvaneció mientras su voz resonaba por la cocina de los Klasky. Y, dios, iban a estar en problemas. Conocía ese tono de voz, la cualidad taimada que la había mantenido un paso por delante de los cuatro adolescentes testarudos durante tantos años.

-- Hola, mis preciosos niños. Voy a hacer esta cinta y se la daré al Sr. Klasky por si me pasa algo. No planeo ir a ninguna parte, pero si lo hago, quiero que sepan que los amé más que a nada y siempre me sentí orgullosa, todos los días, de ser su madre. --

Jake respiró profundo y giró la cabeza. No más lágrimas. Cristo.

-- Ustedes saben lo mucho que siempre los presioné para que siguieran a sus propios corazones. Siempre recordándoles lo importante de seguir sus sueños. Bueno, he estado pensando mucho en esto el año pasado. Derek tiene catorce años ahora, y veo que ya está sucediendo.

La vida se va a apoderar de ustedes y los va a despojar de sus sueños. Lo sé. El mundo real es duro e implacable. Los chicos ya no sueñan. Tienen que ser hombres. El mundo va a esperar que sean duros. Y sé que pueden ser duros como un clavo. Todos ustedes. Sé de dónde vienen. Nacieron en un mundo duro. Traté de mostrarles una vida diferente, pero tengo miedo. Temo

a que crezcan y olviden quiénes son realmente. No quiero que olviden sus sueños.

Así que, hice algo un poco loco. Tal vez lo recuerden, tal vez no, pero en mi cumpleaños de este año, les pedí a cada uno de ustedes que escribieran una tarjeta muy especial... --

Jake miró la tarjeta con horror. Joder, no. Ni siquiera quería abrirla. No quería revivir ese día, como tampoco quería revivir lo que pasó ocho años después.

Un corazón roto. Eso era lo que tenía entre sus manos.

La risa de su madre llenó la tranquila cocina y el momento se sintió surrealista. Ella estaba justo ahí, en esa pequeña pantalla, sonriendo, feliz y hermosa.

-- Le voy a pedir al Sr. Klasky que guarde estas tarjetas por un tiempo. Algún día, moriré. Tal vez tenga noventa años, tal vez no, pero si me voy y necesitan que se los recuerde, él les recordará quiénes son en realidad. --

Se puso seria y se inclinó hacia adelante hasta que su cara llenó toda la pantalla.

-- Los amo. A todos y cada uno de ustedes. Y cada uno de ustedes me hizo una promesa, todos esos años atrás. Y muerta o no, espero que la cumplan. -

-

Luego se volvió a reír. *-- Muerta o no. ¿Qué les parece eso? Los amo. No olviden para que nacieron. Abran sus tarjetas ahora. Léanlas. Y sobre todo, recuerden por qué las escribieron. Cumplan sus promesas. Los amo, y saben que los estaré observando. --*

Jake ignoró a sus hermanos, todos sentados en un silencio atónito. Solo Dios sabía lo que habían escrito en sus tarjetas, pero él sabía exactamente lo que había escrito en la suya ese día en tercer grado. Su madre le había hecho escribir tres cosas, pero él sólo estaba preocupado por una de ellas. El número uno de su lista.

Claire Miller...

La única chica que realmente le había roto el corazón.

CAPITULO I

Seis meses después - Cuenca del Río Amazonas, Brasil

CLAIRE MILLER se limpió el sudor de su frente con su antebrazo y continuó cepillando los últimos pedazos de roca y escombros que la mantenían alejada de su premio. Había encontrado una nueva pieza de cerámica, probablemente de al menos cinco mil años de antigüedad, y podía sentir el pasado llamándola a través de las capas de tierra y escombros, casi como si los fantasmas de la mujer anciana que había dejado la cerámica en esta cueva estuviesen detrás de ella, inclinados sobre su hombro, observando y esperando que Claire tocase lo que una vez ellos habían tocado, para sentir lo que ellos habían sentido. Esperando vivir de nuevo, a través de Claire.

El pasado esperaba ser traído al presente y ella vivió para ese momento de descubrimiento, la fracción de segundo entre la nada y algo. Cada artefacto era como un pedazo del pasado que rondaba el presente, anhelando ser visto y sentido, anhelando volver a existir, sólo para ella.

Suavemente levantó la pequeña vasija de la tierra y la sostuvo en la palma de su mano, maravillándose del hecho de que estaba aún estaba completa. Era pequeña y, para deleite de Claire, los patrones grabados eran claramente visibles. Mientras pasaba suavemente la punta de su dedo por los bordes de la pieza, casi podía sentir las manos que una vez sostuvieron esta vasija, sentir la fuerza que había forjado la antigua piedra e invirtió horas en hacerla hermosa.

A veces, Claire juraba que podía sentir las emociones de los antepasados y sus luchas por sobrevivir. La gente que había estado aquí en esta cueva era real para ella, y era su deber sagrado proteger su historia y devolverles la vida.

-- Tenemos que empacar pronto, Claire. -- Emily estaba metiendo equipo en su mochila a la izquierda de Claire. Emily era una amiga de la universidad, su compañera de cuarto en casa, y una colega graduada en arqueología. Habían tenido la suerte de viajar juntas por el mundo. A Claire le encantaba cada viaje, cada nuevo lugar, cada nueva comida y cada nueva aventura. Llevaban aquí cinco semanas y se les estaba acabando el tiempo. En menos de una semana, estaría en casa.

A su alrededor, el equipo de excavación se apresuró a guardar las cosas y empacar los descubrimientos del día para su envío seguro al museo, donde cada pieza sería inspeccionada, catalogada y limpiada.

-- Lo sé. Lo sé. -- Claire se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y acunó la vasija en la palma de su mano, sin querer renunciar a ella todavía. -- ¿No es hermosa? -- Inclino la cabeza para ver mejor. -- Parte de la pintura aún es visible. --

-- Es una gran pieza, Claire. Etiquétalo y empácalo. Tenemos que salir de aquí. Se supone que va a llover en una hora. -- Howard Pierson, el líder del equipo del museo patrocinador, se encogió de hombros con su mochila gigante y se limpió la cara con un pañuelo. A principios de junio en Brasil significaba días de ochenta grados, alta humedad, y sólo quedaban unas pocas horas hasta que la lluvia de la tarde hiciera que conducir por los senderos fuera un esfuerzo arriesgado.

-- Lluvia apesadumada. -- Si pudiera, Claire acamparía aquí y seguiría cavando toda la noche. Podría arrastrarse de vuelta a la cueva donde Howard y un par de los chicos tenían un segundo pozo. Podría cavar a la luz de una linterna si tuviera que hacerlo. Si no fuera por los mosquitos y las serpientes, estaría tentada.

Claire salió a gatas de la excavación con las manos y las rodillas y corrió hacia sus suministros para etiquetar y empacar cuidadosamente el artefacto en una caja de herramientas marrón que habían convertido en kits de herramientas. Cuando la vasija estaba bien guardada, sacó una botella de agua de su mochila y se bebió la mitad. Hacía calor y sentía que se estaba derritiendo. Era una buena caminata de un cuarto de milla hacia la cima de la montaña y tenían que llevar su equipo sobre sus espaldas. Mucho más abajo,

dos vehículos todo terreno esperaban para llevarlos de vuelta a la pequeña ciudad brasileña de Monte Alegre, donde esperaban su hotel y una suave cama. A pocos kilómetros de distancia, la gran roca Pedra Pintada en forma de hongo negro se elevaba como un amigo que la saludaba en la distancia. Hace veinticinco años, una de sus ídolos arqueológicos, Ann Roosevelt, había descubierto la famosa caverna que contenía artefactos y pinturas que datan de hace más de diez mil años.

Roosevelt había reescrito la historia con ese descubrimiento, y Claire anhelaba hacer el mismo tipo de anuncio épico al mundo un día. Ella quería ser la que enterrara sus manos en la tierra y encontrara algo que cambiara la forma en que el mundo pensaba de sí mismo. Claire quería dejar su huella en la historia.

Pero no sería hoy. Volvió a meter el agua en un bolsillo lateral de su mochila. El sol salió temprano y se puso temprano aquí. En el momento en que condujeron por los sinuosos caminos de regreso a la ciudad, ya había oscurecido antes de que regresaran a la civilización, y ella estaba cansada.

Claire levantó su mochila y separó sus pies para equilibrar su peso. No había luz, y su espalda ya estaba pegajosa y húmeda donde su sudor se había empapado a través de su camiseta y pantalones cortos. Apestaba a suciedad, sudor, a antitranspirante fuerte pero ineficaz, y a repelente de insectos. -- Huelo como una fábrica química. --

Emily se rió. Se veía tan asquerosa como Claire se sentía. El cabello rubio oscuro de Emily tenía tres tonos de castaño y se le pegaba en la cara y la cabeza debajo del sombrero. El sudor corría por las sienes de Emily y empapaba su camisa con el mismo patrón en forma de V por encima de su escote y en la parte baja de su espalda, tal cual mostraba la sucia camiseta de Claire. Ambas eran comerciales de antitranspirantes ambulantes. No es que el antitranspirante ayudara mucho aquí, donde el aire era tan pegajoso, que al salir de la ducha, ya estabas sudando de nuevo.

Emily levantó su brazo y olfateó rápidamente su axila con una cara completamente asqueada. -- Todos apestanos. Malditos mosquitos. --

-- Mejor que donar sangre, supongo. O enfermarse. --

Claire había sufrido la mordedura de múltiples agujas en los últimos años mientras se vacunaba contra todo, desde la fiebre tifoidea y amarilla hasta la rabia. Se imaginó que era un experimento científico andante. Sin embargo, había nuevas enfermedades apareciendo todo el tiempo, y los malditos mosquitos siempre parecían estar en esa ecuación en alguna parte.

-- Cierto. -- Emily levantó su mochila y Claire se puso detrás de ella, mientras todo el equipo marchaba por el sendero. Había nueve miembros del equipo, y ella y Emily eran las únicas mujeres, lo que era típico. En este viaje, los chicos eran bastante decentes. No fueron groseros, irrespetuosos o insistentes, lo que fue bueno para variar. Su equipo de excavación consistía en dos hombres mayores del museo que eran amigos de Howard, otros dos de veinte años que estaban casados y que ella y Emily conocían de la escuela, y su guía, el Señor Gomes, que era un arqueólogo local y su enlace con las autoridades brasileñas. También hablaba con fluidez portugués y francés. Claire hablaba un poco de español, pero se habría perdido sin él.

El hecho de que todos los miembros del equipo estuvieran casados excepto Claire y Emily también era típico.

Parecía que las mujeres debían dejar que sus maridos persiguieran sus pasiones y vagaran por el mundo teniendo aventuras.

Se esperaba que las mujeres se establecieran, se embarazaran y se quedaran quietas.

Al carajo con eso.

Cada vez que lo pensaba, se enojaba y se ponía triste por todo lo que había dejado atrás... o más exactamente, a quién. Pero ella mando todo eso al carajo y siguió caminando. Jake Walker era historia pasada. Ese barco zarpó hacía ya rato. Su mayor problema era que nunca lo había superado. Era demasiado perfecto en todo menos en uno.

Quería una ama de casa, una mujercita para compartir la vida en el rancho con él y criar caballos. Y él era un vaquero grandioso, asombroso, condenadamente sexy, y que probablemente podría tener a cualquier mujer que quisiera en su cama. Sus bebés parecerían versiones angelicales de sí mismo, demasiado lindos, y con sonrisas tímidas, ojos grandes y brazos gordos que no podían esperar a abrazar a todos. Sus hijos serían perfectos en todo sentido. Era una vida de ensueño para casi cualquier mujer. Bueno, cualquier mujer menos ella.

Sacudiéndose los pensamientos del pasado, Claire respiró hondo y admiró la vista. La cuenca del río Amazonas se extendía debajo de ellos como una imagen de una postal. La zona era rica en biodiversidad. Dondequiera que miraba, las cosas eran verdes, crecían y se llenaban de vida. Los pájaros eran coloridos y salvajes, y las flores y los árboles eran tan diferentes de los árboles secos de artemisa y pino de su casa en Colorado que se sentía como si estuviera en otro mundo.

El equipo estaba a medio camino de la montaña cuando sonó su teléfono satelital.

Nadie la llamaba cuando estaba en una excavación, a menos que fueran malas noticias. Hacía videoconferencias con sus amigos y familiares desde el hotel cuando tenía acceso a Internet, pero el teléfono era sólo para emergencias. Sólo tres personas tenían su número: sus padres, Emily y su jefe en California.

Emily se detuvo frente a ella y Claire se balanceó para que su amiga pudiera sacar el teléfono del bolsillo lateral de su mochila.

-- ¿Quieres que esperemos? -- Howard gritó por encima del hombro desde el principio de la fila.

-- No. Adelante. Estaremos justo detrás de ti. -- Emily respondió por ella y Claire le sonrió por encima del hombro a su amiga en gratitud. No tenía ni idea si eran sus padres o su jefe. De cualquier manera, no necesitaba siete pares de oídos masculinos escuchando cada palabra. Claire extendió la mano hacia un lado y Emily colocó el teléfono en la palma de su mano por detrás para que Claire pudiera contestar la llamada.

-- ¿Hola? --

-- ¿Claire, cariño? ¿Eres tú? --

-- ¿Mamá? ¿Está todo bien? --

-- ¿Dónde estás, Claire? ¿Tienes un minuto? Puedo volver a llamar más tarde. -- La voz de su madre titubeó y el estómago de Claire cayó como un ladrillo de dos toneladas. Algo estaba mal.

-- Mamá. Estoy bien. Todavía estoy en Brasil, pero nos vamos a casa en unos días. ¿Qué pasa? --

-- Cariño, es tu padre. Su caballo lo arrojó y lo están llevando a hacer un escáner cerebral ahora mismo. Está muy malherido. --

Un millón de escenarios pasaron por su mente, desde un cuello roto hasta huesos destrozados, y sintió una extraña calma asentarse dentro de su mente. Claire le dio la espalda a la escarpada roca que corría a lo largo de un lado del sendero y apoyó su mochila contra ella como apoyo extra. Todo jinete sabía que podía ser arrojado en cualquier momento. El riesgo vino con la emoción de montar, pero su padre había estado montando a ese testarudo semental durante años. El caballo era intratable, pero no mezquino ni impredecible. -- ¿Qué pasó? ¿Qué tan malo es? --

Emily miró a la cara de Claire con el ceño fruncido de preocupación y los ojos verdes, y Claire susurró: -- Es mi papá. Lo tiraron de su caballo. --

-- Oh, no. -- Emily palideció, su cara, normalmente alegre cambio a estoica mientras Claire esperaba en silencio a que su madre continuara.

-- Creen que se pondrá bien, pero tiene una conmoción cerebral, costillas rotas y un hombro separado. Van a ponerle unos tornillos en la clavícula para volverla a unir. -- Su madre parecía bastante tranquila, considerando todo.

-- ¿Qué tan grave es la conmoción cerebral? --

-- Aún no lo saben, querida. Se hicieron los análisis, pero aún no tenemos los resultados. Ya sabes cómo es eso. Y ahora están hablando de cirugía. Pero dijeron que quieren esperar para asegurarse de que su cerebro está bien antes de ponerlo bajo anestesia general, lo que significa que vamos a estar aquí por unos días. Tiene mucho dolor. --

La mente de Claire estaba despejada, pero su pulso latía con fuerza. Su padre era como una roca. Su roca. No puede estar herido ni en el hospital. No podía tener una lesión cerebral. Esa realidad simplemente no tenía sentido en su mundo.

-- ¿Necesitas que vuelva a casa? --

Su madre empezó a llorar, y esa fue la única respuesta que Claire necesitaba.

-- Tomaré un avión mañana, mamá. -- Con suerte, podría tomar un avión en el aeropuerto local de Monte Alegre. De no ser así, tendría que tomar el autobús al aeropuerto de Santarém, que está a casi sesenta millas de distancia, pero de ser necesario lo haría. -- Estaré en casa tan pronto como pueda. Si tengo suerte, estaré allí mañana por la noche. --

-- Lo siento mucho, cariño. No quiero arruinar tu viaje. --

-- No estás arruinando nada. Ya estoy en camino. --

Claire habló con su madre un par de minutos más y terminó la llamada. Golpeó el teléfono contra su muslo y exhaló con un resoplido. -- Mierda. --

-- Eso no sonó bien. ¿Cómo está tu padre? --

-- Tiene una lesión cerebral y necesita cirugía en el hombro. Va a estar en el hospital unos días por lo menos, y mi madre necesita ayuda. -- Claire miró por encima de los árboles y se tragó un nudo en la garganta.

-- ¿Estás bien? Tenemos que movernos. Ya están cargando el equipo. -- Emily inclinó la cabeza hacia un lado para indicar los vehículos estacionados debajo de ellos. Claire miró al costado del acantilado para ver a los hombres cargando sus mochilas, una pareja ya deambulando por ahí esperándolas.

-- Estoy bien. Vamos. --

Emily asintió y se fue a un paso rápido. Claire tenía razón, pero se sentía

como una gran mentirosa. Ella no estaba bien. Se iba a casa por primera vez en siete años. Había visto a sus padres dos o tres veces al año desde que dejó Colorado. Venían a California regularmente de visita, pero Claire nunca se quedaba en casa.

Demasiados recuerdos la esperaban allí. Amaba el pasado, siempre y cuando no fuera el suyo.

CAPITULO 2

Dos días después, Claire Miller se detuvo en el largo camino que conducía al rancho de la familia Walker y suspiró. Ella estaba en casa, de vuelta en Colorado, en su antiguo territorio, y le dolió tanto como pensó que le dolería.

Siete años se evaporaron como si nunca hubieran existido. Todo en el rancho se veía exactamente como estaba el día que se fue de la ciudad, pero ella sabía que una gran diferencia esperaba... La mamá de Jake se había ido.

Esa pérdida la golpeó más fuerte ahora. Por primera vez en su vida, la Sra. Walker no estaría en el porche sonriendo y saludando, o trayéndoles a ella y a Jake una jarra de limonada en el granero. Ella no estaría en la cocina haciendo pollo frito o acosando a sus cuatro hijos sobre sus tareas o sus novias, generalmente en ese orden.

Claire esperaba que al menos el lugar se viera tan triste por fuera como de repente se sintió por dentro, pero el mundo nunca dejó de girar, sin importar quién estuviera perdido. El granero grande de color rojo estaba recién pintado, las dependencias estaban repletas de tachuelas, heno y tractores. A menudo se usaban los campos de equitación y sogas y los cascos de los caballos para asegurar de que nada pudiera sobrevivir dentro del ring, ni siquiera una sola brizna de hierba. ¿Y ese gran rancho amarillo, donde había pasado los días más felices de su vida? Las macetas de primavera brillantes colgaban de los ganchos del techo del porche y se llenaban hasta desbordarse con una mezcla de flores de colores brillantes. El columpio del porche era de color amarillo, verde y blanco brillante, con almohadas colocadas con precisión y listas para que se acurrucaran y tomara una siesta. Las barandas

eran blancas y limpias, y la puerta principal era de un verde oscuro con un picaporte de girasol y un felpudo de bienvenida a juego, tal como siempre le había gustado a la Sra. Walker. La madre de Jake dijo una vez que un lugar debería sentirse como en casa incluso antes de abrir la puerta, y Claire luchó contra lágrimas ardientes al darse cuenta de que no había sentido esta sensación de llegar a un lugar familiar durante mucho tiempo.

Pasó por delante de la casa en dirección al granero. Pinos bordeaban el camino y la propiedad, ponderosa, y abeto azul estaban esparcidos como si Dios hubiera estado conduciendo a setenta por la carretera 7 y arrojado semillas por la ventana de su camioneta. Álamos temblorosos aparecieron en espacios entre ellos, mientras que la hierba alta y los crecimientos aleatorios de aster, margaritas, columbina y otras flores silvestres estaban dispersos en el suelo y en las zanjas. A diferencia de Brasil, el calor de Colorado era seco, como sostener la mano sobre el quemador de una estufa. Olas de calor volvieron la hierba marrón donde la nieve se había derretido hacía mucho tiempo y la tierra rocosa estaba seca como un desierto.

Todavía se veía como en casa. Olía como a casa, con caballos, heno, pinos y polvo llenando la cabina del camión a pesar de los filtros del sistema de aire acondicionado. Todavía se sentía como en casa, también... y todo porque él estaba aquí, en alguna parte. Podía sentir a Jake Walker en su sangre, todo su cuerpo zumbando con la posibilidad de volver a verlo.

Jake

Sólo de pensar en él le dolía en el pecho. Aparentemente, su corazón tampoco había olvidado nada. Esperaba que los años hubiesen atenuado el dolor, pero no tuvo tanta suerte. Sólo con ver esa casa, y el columpio blanco del porche donde habían pasado tantas horas juntos, la apuñalaron en el corazón como un cuchillo.

-- Contrólate, mujer. Se acabó hace mucho tiempo. --

Terminado y listo. Terminado. Siete años habían pasado y ella seguía enamorada de él. Ella tenía sus razones para dejarlo y nada había cambiado. Nada. Diablos, la forma en que había dejado las cosas esa calurosa noche de verano, Jake probablemente la odiaba. Y ella esperaba que lo hiciera. Haría que volver a la ciudad fuera mucho más fácil.

El camino de media milla solía ser sucio, tal cual y como lo recordaba cuando ella lo recorría todos los días en su camino para ver a su mejor amigo, Jake Walker. El mismo viejo álamo nudoso salió del suelo en medio del patio trasero de Jake, como un lobo solitario aullando al brillante cielo soleado. Los

pastos y la hierba de los prados se extendían a ambos lados del camino hacia el granero. Incluso las cercas blancas seccionaban el rancho de miles de acres de los Walker en grandes áreas, y por todas partes se veían caballos de todos los tamaños y colores.

El Rancho Walker era bien conocido en todo el país por sus excelentes ganaderías y programas de entrenamiento. La Sra. Walker había sido una gran parte de eso. Los lugareños la habían considerado su propia versión especial de un susurrador de caballos, y se rumoreaba que su hijo, Jake, tenía el mismo toque mágico.

Claire no lo dudó ni por un segundo. Ella siempre pensó que su toque también era mágico.

Revisó sus espejos laterales y condujo lentamente para no molestar a la yegua y al semental que había cargado en el remolque de caballos que estaba remolcando. Su padre no iba a ser capaz de cuidar de ellos durante un par de meses y su madre simplemente no necesitaba ese estrés. Los médicos le dijeron a su padre que no debía volver a montar durante al menos tres meses, lo que era demasiado tiempo para dejar a los caballos sin el ejercicio adecuado. Y no había forma de que su pequeña madre estuviera transportando heno.

Así que aquí estaba ella, brillante y temprano el jueves por la mañana, entregando caballos al rancho Walker. Jake iba a alojar a los caballos para su padre durante tres meses, gratis.

Por supuesto que Jake haría eso... cuidar de sus padres. Debería estar contenta, pero se sentía enojada. ¿Por qué no puede ser un idiota? Eso haría su vida mucho más fácil. Amarlo apestaba. Gracias a Dios que ella se iría pronto.

Tres semanas era todo el tiempo que podía salir del trabajo. Se suponía que estaría en Brasil por otra semana trabajando con el equipo para catalogar y enviar sus descubrimientos al museo en California. Emily la estaba cubriendo en ese extremo. Después de eso, era una agente libre. Su tesis de maestría estaba en revisión final y ya tenía un par de buenas ofertas de trabajo sobre la mesa de programas de renombre, así como dos museos. En cuanto tuviera ese estúpido pedazo de papel, habría terminado la escuela. Terminó con la escuela de posgrado y ahora trataba de averiguar a dónde quería ir después... Egipto o de vuelta a México en una excavación azteca.

Cualquiera de los dos sería fabuloso. Ambos, aún mejor.

Pero eso era un problema para otro día. Hoy, ella estaba aquí en el Rancho

Walker y sintió como si estuviera entrando en un campo minado.

Afortunadamente, no tendría que ver a Jake. Ella esperaba no verle en absoluto. El tenía un personal completo trabajando en el rancho y su cita era con una mujer llamada Mindy, quien estaba a cargo de los establos de Jake.

La gran camioneta negra de su papá se detuvo y rodó de camino al establo principal, el lugar donde Mindy le había dicho que dejara los caballos cuando ella le había hablado por teléfono hace un rato.

Claire condujo alrededor del área circular frente al granero grande hasta que tuvo el remolque de caballos alineado con las puertas. Ella no esperaba problemas de la yegua, pero Widowmaker, el semental tobiano blanco y negro, era de tres cuartos de la raza American Saddlebred y tenía el temperamento adecuado. Ese caballo podría ser un verdadero dolor en el trasero cuando no está de buen humor. Y, como su padre no lo había llevado a ejercitar desde el accidente, el terco caballo definitivamente no estaba de buen humor.

Podía identificarse totalmente.

Apagó el motor diesel y bajó de la cabina del camión. Ella saltó al suelo con un silencioso golpe de su viejo par de botas que había sacado de la parte de atrás de su armario y se tomó unos segundos para enderezar su ropa y tirar la cola de su larga trenza marrón sobre su hombro. Estaba sucia, agotada por casi treinta horas de viaje con muy poco sueño, y magullada por cargar los caballos sola. Mamá y papá estaban en el hospital haciendo todo eso de la cirugía del hombro hoy y no podía quejarse mucho. Como el traumatismo craneal de su padre no había sido grave, ella estaba decidida a afrontar el trabajo ella misma.

Mientras caminaba hacia el granero, los caballos la saludaron a través de las largas rendijas rectangulares del remolque y Claire pudo oír sus grandes patas con pezuñas moviéndose impacientemente adentro. Todo en este lugar era tan familiar, el olor a polvo y heno, los silenciosos relinchos de otros caballos curiosos acerca de los recién llegados, y el ángulo perfecto de los rayos del sol. Miró a la casa y vio que su lugar favorito para sentarse en el porche trasero de Jake parecía tan acogedor como siempre, perfectamente sombreado y alineado con cajas de flores. Una gran casa de campo. Un gran porche envolvente. Era hermoso, y demasiado perfecto para ser real.

Un dolor agrídulce se clavó como una lanza en la parte posterior de los ojos y sabía que si no se movía, lloraría. Esa fue una de las razones por las que no volvió a la ciudad. La mayoría de los días, ella estaba bien. Pero cuando dejaba de moverse, o cuando las cosas se tranquilizaban demasiado,

echaba de menos su casa. Ella lo extrañó. Y cuando se enteró de que la madre de Jake había muerto, casi se desmorona.

-- ¡Hola! Debes ser... --

-- ¿Claire? --

La voz de la mujer vino de la dirección del granero y Claire miró para ver a una mujer mayor, cerca de cincuenta años, caminando hacia ella. La otra voz, a la que probablemente respondería, aunque estuviera inconsciente y en coma, la conocía demasiado bien.

Claire sonrió y se volvió hacia ellos. -- Tú debes ser Mindy. --

-- Encantada de conocerte. -- Mindy era de tamaño promedio, con la cara alineada, ojos azules y manos enjuagadas por el trabajo. A Claire le agrado al instante. Reconocía a una amazona cuando la veía.

-- Yo también. -- Claire estrechó su mano con una cálida sonrisa y retrasó lo inevitable el mayor tiempo posible.

A medio paso de Mindy estaba Jake. Mierda. Se veía incluso mejor de lo que ella recordaba. Sus anchos hombros y pecho habían sido construidos lanzando fardos de heno, y él había madurado, se había acuerpado aún más desde que ella lo vio por última vez. Lo que había sido impresionante en un chico de diecisiete años era devastador para sus sentidos ahora que se había convertido en un hombre. Todavía alto, tan alto que la hacía sentir pequeña y femenina, a pesar de que ella misma estaba a sólo un par de centímetros de un metro ochenta.

-- Hola, Jake. --

-- Claire. No sabía que estabas en la ciudad. --

-- Sólo estoy aquí por unas semanas para ayudar después de que mi padre se someta a una cirugía. --

-- Por supuesto. -- Jake lo dijo como si no le sorprendiera que ella no se quedara. Era verdad, pero su actitud displicente seguía roncando. Miró desde la caravana hacia ella. -- ¿Trajiste los caballos de tu papá? --

Claire metió las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. -- Sí. Widowmaker y Starlight. -- Starlight era su yegua, el caballo con el que había pasado horas montando en el instituto, normalmente con Jake. Su madre montaba a la gentil yegua en estos días, mientras que su padre alimentaba su lado salvaje trabajando con el alborotador... y consiguiendo que su cuerpo viejo y robusto fuera arrojado como el de una muñeca de trapo a la tierra.

Jake la miró, desde los dedos polvorientos de los pies de sus botas de trekking hasta los pedazos de pelo salvaje que se le habían escapado de su

trenza francesa. Estaba hecha un desastre y lo sabía. Cuando ella estaba a punto de correr para cubrirse, él dirigió su atención a los caballos y caminó hacia ellos para saludarlos a través de las aberturas en el costado del destrozado remolque blanco.

-- Hola, muchacho. Apuesto a que estás listo para salir de ahí. -- Jake sacó una golosina del bolsillo delantero de sus vaqueros y Widowmaker relinchó y respondió, como si Jake supiera hablar como un caballo. Diablos, tal vez podría. Jake caminó de regreso hacia ella y extendió su mano para quitarle la cuerda de plomo de Widowmaker. Ella lo entregó cuando Mindy tiró del pasador y abrió la parte trasera del remolque de carga.

Claire dio un paso atrás y dejó que Jake se encargara de descargar al semental con la ayuda de Mindy. Ansioso por salir de la caravana, Widowmaker se fue con Jake mucho más rápido de lo que había entrado. Típico. Claire trató de ignorar la escena mientras Jake y Mindy acariciaban y calmaban al caballo una vez que lo tenían en el suelo. Un puñado de golosinas, y el semental siguió a Mindy al pasto como un pony dócil.

Si todos los hombres fueran tan fáciles de domar.

Claire suspiró y subió al remolque con la cuerda de plomo roja brillante de Starlight en la mano. Se agachó debajo de la puerta central y enganchó a su yegua en la correa. Jake saltó detrás de ella para ayudarla y ella asintió con la cabeza para indicarle que estaba lista para que él abriera la puerta del medio.

Así de fácil, volviendo a su viejo ritmo con él. Ella aún sabía cada movimiento que iba a hacer antes de hacerlo, cada paso y cada mirada, y cada movimiento de esas grandes y fuertes manos.

Ella incluso sabía que iba a quitarle la ventaja a Starlight antes de que él lo hiciera. Lo que ella no anticipó fue el estallido de ira que inspiró su actitud de hacerse cargo. Esa ira le prestó algo de acero a su columna vertebral y ella aplastó su anhelo por él como una araña bajo un tacón de bota. Se había ido por una razón. Necesitaba recordar eso. Nada había cambiado. -- La tengo. Gracias. --

-- Yo puedo sacarla. --

-- Dije que la tengo. -- Claire se negó a mirarlo a los ojos y no se molestó en preguntarse de dónde venía todo este fuego irracional. Ella sabía exactamente por qué estaba a punto de perder la cabeza, y era la razón por la que había evitado venir al rancho todos estos años. Ver a Jake de nuevo, ahora, hizo que los bordes crudos de su vida sangraran de nuevo. Era como si nunca se hubiera ido.

-- Muy bien. No te pongas nerviosa. --

-- ¿Qué? -- No acaba de decir eso.

-- Nada. -- Jake se dio la vuelta y volvió a subir al remolque para asegurar la puerta central, luego saltó, cerró la puerta, y la inmovilizó para su viaje de regreso a casa. Un caballero, que la hacía sentir como si gritara por dentro.

Ella tiró de la correa de Starlight y la yegua la siguió en la dirección que Mindy había tomado al semental Widowmaker. El camino de tierra estaba desgastado por los neumáticos de los tractores y camiones, y conducía a un pasto a unos 400 metros de la casa principal.

Starlight le dio un golpecito en la cabeza y Claire se acercó distraídamente para acariciar a su vieja amiga en la nariz. Jake no había sido lo único que había perdido. Ella y Starlight habían sido mejores amigas desde que tenía trece años. La yegua había llegado a la pequeña granja de su padre con un lazo blanco brillante atado alrededor de su cuello en el cumpleaños de Claire. En el mundo de la cría de caballos, Starlight no valía nada, era el potro no planeado de un viejo semental de cuarto de milla y una madre americana de silla de montar.

Su padre se había reído y dijo que la madre de Starlight se había ido a los barrios bajos. A Claire no le importaba de dónde venía el caballo, sólo que Starlight era una hermosa castaña con pies blancos y una estrella blanca en la frente, y le encantaba correr. La pequeña propiedad de sus padres se extendió a tierras forestales nacionales, que abarcaban cientos de kilómetros y que ella había explorado durante horas. Con Jake. Las cosas volvían a Jake, siempre.

Claire frotó la nariz de Starlight y aceleró el paso. Todo lo que tenía que hacer era evitar a Jake y salir de la ciudad lo más rápido posible. Era la única forma en que podía mantener la cabeza recta. Su corazón era una causa perdida, y lo había sido durante años. Pero el amor real y la vida real no se mezclaban, al menos no para ella. Su trabajo era su vida ahora y así es como funcionaban las cosas.

Claire miró de reojo por encima de su hombro y vio a Jake apoyarse contra la valla de la barandilla de separación, con los brazos cruzados sobre ese enorme pecho, y su sombrero sobre su cabeza, observando cómo se alejaba. Esta vez, no había confusión ni dolor en sus ojos. Sus ojos azules eran fríos y duros. Implacable.

Bueno, mala suerte. Ella había hecho lo que creía que era lo mejor. Y lo haría de nuevo, porque algunas cosas nunca cambian. Y Jake Walker era uno de ellas.

Starlight relinchó bajo su mano. Claire suspiró y se dio la vuelta.
El amor era una perra.

CAPITULO 3

Jake tenía un lugar privilegiado para ver el curvilíneo trasero de Claire mientras guiaba a Starlight hacia el pasto sur. Cuando el Sr. Miller llamó preguntando por el embarque de los dos caballos, Jake se negó a aceptar el dinero del anciano. Han sido amigos de la familia desde que él tiene memoria. Diablos, su mamá y la de Claire habían sido mejores amigas desde quinto grado.

¿Y Claire? Primer día de escuela en tercer grado, ese fue el momento en que vio por primera vez a Claire Miller. Había entrado a clase con esa melena salvaje de pelo castaño oscuro, botas de vaquera rosadas y acento tejano, y él se había desvanecido en toda esa escena. El acento no había durado mucho más de un año. Las botas rosas, un poco más. Pero nada de eso le importaba. Amor a primera vista. Golpe de rayo. Nombra el maldito cliché, lo había sentido.

Se había ido a casa esa noche y le había anunciado a su madre que se casaría con Claire Miller y que tendría diez hijos y viviría en el rancho para siempre.

Su mamá ya estaba emocionada de que su amiga de la infancia finalmente se había mudado a Colorado con su esposo. El Sr. Miller pasó la primera mitad de su vida adulta persiguiendo petróleo como geólogo para una gran compañía petrolera y la segunda mitad persiguiendo pollos y vacas. ¿Y Claire? Se había mudado más que un mocoso del ejército antes de instalarse aquí. Se hicieron amigos con facilidad pero, por alguna razón desconocida e insondable, lo había elegido a él. Atrapados aquí en medio de la nada, sus dos hermanos mayores, Derek y Mitchell, estaban demasiado ocupados con su

drama escolar para prestarle atención. Chance estaba cerca, pero había pasado casi tanto tiempo con Claire como Jake, al menos hasta que Chance obtuvo su licencia de conducir. Después de eso, su hermano encontró todas las excusas posibles para pasar tiempo en la ciudad.

No había mucha gente alrededor. Él y Claire habían sido mejores amigos porque realmente no había nadie de su edad alrededor. Se alegró de que no hubiera un montón de chicas que pudieran alejar a Claire de él para hablar de maquillaje y chicos. Ella había salido con él, cabalgando, explorando y hablando del mundo. Y porque él había estado totalmente enamorado de ella, eso había sido suficiente.

¿Y la idea de que él y Claire se casen? La mamá de Jake había bailado alrededor de la cocina esa noche mientras él hablaba de lo perfectos que él y Claire eran el uno para el otro. Durante los siguientes ocho años, había sido perfecto. Hasta que cometió su error fatal y forzó su salida de la zona de amigos en su último año.

Claire había sido toda suya durante tres semanas increíbles. Había estado en la cima del mundo, convencido de que todos sus sueños sobre Claire estaban a punto de hacerse realidad. Incluso había llevado a su madre a la ciudad y comprado un anillo de compromiso de diamantes con el dinero que había ahorrado al trabajar tres veranos en el rancho y vender dos de sus mejores potros. Matrimonio. Niños. Para siempre. Lo había querido todo. Pero antes de que se atreviera a pedirle que se casara con él, ella le dijo que se iba y que no podía vivir en el rancho para siempre. Ella le había dicho que no podía hacerla feliz, se subió a un avión a California, no la había visto desde entonces.

-- Supongo que algunas cosas no funcionan, mamá. -- Jake sabía que estaba hablando con un fantasma, pero si su madre había planeado acechar a sus hijos, sabía que este momento era uno que su madre no se perdería. Demonios, si el fantasma de su madre estuviera aquí, lo empujaría en dirección a Claire y le diría que hablara con ella.

Bueno, no necesitaba a su madre aquí para decirle lo que ella hubiera querido. Conocía a mamá mejor que cualquiera de sus hermanos. Él había sido el único que seguía en casa cuando ella se enfermó. Él la había llevado a sus tratamientos de quimioterapia y se había sentado junto a su cama, leyéndole y tomándola de la mano cuando estaba demasiado enferma para hablar. Él había sido el que la había visto desvanecerse, verla negarse a comer, verla ponerse gris, débil y triste.

Incluso pensar en esos meses era como un cuchillo retorciéndose en sus entrañas, pero lo había hecho porque la amaba. Porque ella necesitaba ayuda y él estaba ahí para ella. No le molestaba que sus hermanos no estuvieran tanto por aquí. Hicieron lo que pudieron, pero tenían escuelas, trabajos y negocios que administrar. Sólo tenía a su madre y este rancho. Ahora, con Chance en sus asuntos y sin la presencia de su mamá, algunos días se sentía como si todo lo que había dejado eran recuerdos de lo que significaba ser familia.

Había perdido a su primera familia, y tuvo la suerte de encontrar una segunda.

Ahora había perdido esa también.

Y Claire era parte de su familia, lo quisiera o no. Diablos, ya fuese si él quería que lo fuera como si no. Verla de nuevo hizo que le dolieran los lugares dentro de él que casi había olvidado que tenía. Lugares profundos, oscuros, peligrosos donde no quería ser amable, no quería ser un caballero. Demonios, cuando se trataba de Claire, él no quería herir más. Sólo quería. Punto.

Claire. Aquí.

Mierda.

Jake la vio caminar de regreso del prado con una mezcla de dolor y aversión a sí mismo en la guerra que se debatía en su pecho. La primera vez que la vio bajarse de la camioneta, su obstinado corazón había corrido excitado, hasta que su mente racional se apoderó de él. Se veía mejor que nunca. Su rostro fresco juvenil había sido reemplazada por una delicada madurez en las finas líneas de sus mejillas y labios gruesos. Había amado a una chica todos esos años atrás. Claire ahora era toda mujer, sus rasgos más refinados, sus ojos marrones eran más oscuros y le faltaba la risa fácil que tanto le gustaba cuando era niño, y su cuerpo se había llenado y curvado en todos los lugares correctos.

Ella no te quiere, imbécil. Supéralod.

Claire había hecho su elección. Ella lo dejó atrás y terminó la escuela. Lo último que supo es que ella trabajaba para un programa arqueológico en una universidad de California y pasaba tiempo en excavaciones por todo el mundo.

Claire Miller, viajera del mundo. Aventurera. Ella nunca iba a volver con él, a la vida en el rancho, a los paseos nocturnos y a nadar desnuda en el lago helado. Él estaba seguro de eso. Pero también era en parte idiota, porque aún tenía ese maldito anillo de diamantes en un cajón de su habitación. No importaba cuántas veces se había dicho a sí mismo que lo devolvería, lo cambiaría o lo regalaría, nunca había sido capaz de dejarlo ir porque era para

ella.

Él se quedó callado mientras ella cerraba la distancia entre ellos y, por un momento, pensó que ella pasaría junto a él, se subiría a la camioneta de su padre y se alejaría sin decir una palabra. No estaba seguro si eso lo haría feliz o simplemente lo enojaría.

Cuando se acercó a pocos pasos, se detuvo y pateó el suelo con sus botas.
-- Gracias, Jake, por cuidar de los caballos para mi padre. --

-- No es gran cosa. -- Y no lo fue. No para él. Eso era lo que hacían los amigos. Vecino ayudando a vecino. No tenía ni idea de dónde había sacado ideas tan anticuadas, tal vez viendo las repeticiones de la vieja Ponderosa por cable, pero las tenía. Sus tres hermanos habían salido del rancho y de la vida de campo tan rápido como pudieron. Todos ellos vivían en Denver ahora, más que dispuestos a dejar el rancho de su madre en sus manos. Y estaba contento con eso. Conducía a la ciudad una vez al mes para tomar una cerveza con sus hermanos, y cada vez que se topaba con el maldito tráfico de la I-25, recordaba por qué odiaba la vida en la ciudad.

-- Es un gran problema, Jake. Al menos para nosotros. Así que, gracias. -- Como si eso fuera todo lo que ella pudiera soportar para hablar con él, se fue, dirigiéndose hacia su camioneta.

-- Espera, Claire. Necesito que llenes algunos papeles. -- Se puso en pie y cerró la distancia entre ellos. Ella esperó, con los brazos cruzados, a que él la alcanzara.

-- De acuerdo. ¿Qué papeleo? --

-- Una liberación para tratamiento veterinario de emergencia y una descripción de cualquier instrucción o cuidado especial que los caballos puedan necesitar mientras estén aquí. Su horario de entrenamiento previo, temperamento, cosas así. --

-- ¿Pero no sabes todo eso? --

-- Lo sé. Pero mi personal no. --

-- Oh. -- Parecía decepcionada, quizás incluso molesta por la perspectiva de rellenar su papeleo habitual. O los caballos eran demasiados problemas, o ella no quería estar cerca de él.

Lástima. Había planeado dejar que Mindy se encargara del papeleo, pero decidió que si a Claire le molestaba estar cerca de él, disfrutaría haciéndola sufrir por unos minutos más.

Ella le siguió a la casa y él se detuvo ante su jadeo.

-- ¿Qué? --

Claire se acercó al escritorio favorito de su madre, una antigua media mesa de roble pintada con enredaderas delicadas y rosas rosadas. Pasó sus dedos por la suave superficie mientras miraba a su alrededor. -- La casa se ve exactamente igual. --

-- Sí, supongo que sí. -- Jake miró a su alrededor y trató de imaginar el lugar a través de sus ojos. Se dio cuenta de que era verdad... nada había cambiado. -- A mamá no le gustaban los cambios. --

Claire sonrió y el hoyuelo en su mejilla izquierda se burló de él con mil recuerdos de días más felices. -- Cierto. Recuerdo que se necesitaron los cuatro para convencerla de que consiguiera un celular. -- La Navidad antes de que Claire lo dejara, se había unido a sus hermanos mayores y le había comprado a su madre un iPhone nuevo, pagado en su totalidad con un año de servicio. Jake había pasado varias horas con ella al día siguiente tratando de enseñarle a usarlo.

-- Nunca le gustó mandar mensajes de texto. --

-- Tu madre era rara, Jake, y dura. Siempre me gustó eso de ella. -- La sonrisa de Claire se convirtió en una risa tranquila y las tripas de Jake se movieron con el sonido, tan suave y sexy. Pero la sonrisa se desvaneció y ella se volvió hacia él con grandes y tristes ojos. -- Siento que la hayas perdido. Era una mujer increíble. --

-- Sí, lo era. -- Su madre lo adoptó cuando él tenía cuatro años. A él y a sus tres hermanos mayores que había adoptado en años anteriores, todos de familias rotas con antecedentes jodidos. Les había besado los moretones y les había pateado el culo hasta que se dieron cuenta de que no les iba a dejar ganar, y que no iba a ir a ninguna parte. Después de un par de años difíciles, su familia se había convertido en un vínculo muy unido. Sus hermanos lo apoyaban, sin importar lo que pasara. Y su madre había derramado parte de esa feroz determinación de construir una familia en esta casa, y en él. Se había sentido perdido desde que ella murió, como si sus cimientos hubieran desaparecido. En lugar de sentir la roca firme y tan estable como la tierra bajo sus pies, como lo hacía normalmente, se sintió como si estuviera en una balsa a la deriva a través del Atlántico. Vivo, pero cagado de miedo, sin tierra a la vista.

Todo lo cual le hacía sentir como un maricón. No podía hablar de ello con ninguno de sus hermanos. Le patearían el trasero y le dirían que madurara. Así que sufrió solo. Eventualmente lo superaría, pero mantener la casa de la manera en que su mamá siempre la había mantenido le ayudó a aferrarse a ella.

Le hizo sentir que ella estaba menos ausente. Triste. Patético. Y cien por ciento cierto.

Los mismos sofás marrones llenaban la sala de estar, sofás en los que se había echado una siesta, llorado y pasado los días viendo dibujos animados cuando estaba enfermo de gripe. Los mismos afganos tejidos a mano fueron cubiertos en la parte de atrás del sofá, tejidos por su madre; ella había hecho uno para cada uno de los niños en su treceavo cumpleaños. Una anticuada mecedora de cereza descansaba en el rincón cerca de un par de estanterías del suelo al techo que hacían juego. Esa era su silla favorita, el lugar donde había pasado muchas horas felices en el regazo de su madre cuando era pequeño y ella le leía cuentos.

La extraña colección de porcelana antigua de su madre llenaba un estante en el comedor y los pisos de madera estaban cubiertos por un gran surtido de alfombras de colores. La casa se veía exactamente igual desde que tenía memoria. Su mamá se había ido por un año, pero él no tenía interés en cambiar nada. Le parecía familiar. Cuando entraba por la puerta, se sentía como en casa.

-- ¿Dónde está el papeleo? ¿La oficina? -- Claire se fue por el pasillo principal hacia la oficina de atrás y Jake se apresuró a seguirle el ritmo. Conocía la distribución de la casa casi tan bien como él. Había pasado la mitad de su infancia aquí.

-- Siéntate y yo te lo paso. -- La siguió hasta la oficina, que había sido de su dominio durante el último año. Antes de que se enfermara, su mamá se había encargado de la contabilidad y se había mantenido al día con todos los registros. Pero en el último par de años, Jake se había hecho cargo gradualmente, y el espacio lo reflejaba. Desaparecieron las plantas en maceta y las velas. La oficina parecía el dominio de un trabajador, con barro en el suelo, tachuelas en los asientos y botas fangosas junto a su silla donde las había echado la noche anterior. Montones de manuales de entrenamiento de caballos, facturas, horarios de los empleados y formularios de pedido de alimento llenaban el escritorio, justo al lado del gigantesco monitor de la computadora.

Jake se sentó detrás de su escritorio. Claire se sentó en la silla de cuero corta frente a él y sacó un montón de papeleo del archivador de dos cajones debajo de la ventana. -- La primera página es un comunicado para atención veterinaria de emergencia. El resto son instrucciones de alimentación, medicación y preguntas de entrenamiento. --

-- De acuerdo. -- Clair tomó el papeleo, acercándose un poco mientras colocaba un mechón de pelo castaño oscuro detrás de su oreja mientras leía la primera página. -- ¿Tienes un bolígrafo? --

Jake sintió la necesidad de abofetearse a sí mismo, pero se contuvo y le dio un bolígrafo del cajón central de su escritorio. Un pequeño fruncir el ceño estropeó su frente mientras se concentraba en el papeleo, y él intentó no mirar fijamente. Realmente lo hizo, pero algo sobre Claire Miller siempre había captado su atención. Siempre.

Cuando tenía ocho años y había entrado en el aula de tercer grado de la Sra. Burnett, había sido la forma en que Claire se había deslizado en la habitación como una princesa, con su largo cabello castaño fluyendo a su alrededor como las chicas que había visto en los videos musicales. Entonces ella se sentó frente a él y sonrió.

Se acabó el juego. Sabía, en ese mismo momento, que se iba a casar con ella. Nueve años de edad, y tenía toda su vida planeada.

Desafortunadamente, Claire tenía otras ideas. Y sentada aquí, en la misma habitación, con su aroma a sol y naranjas que inundaba todo el lugar, y llegaba hasta él a través del gigantesco escritorio de roble, esa versión de sí mismo de nueve años de edad gritaba triunfante. *¡Ha vuelto!* En lo más profundo de sí mismo, no podía evitar que ese pequeño bastardo celebrara y saltara dentro de su caja torácica como una pelota saltarina.

Pero no había sido ese niño ingenuo en mucho tiempo. No desde que Claire lo miró a los ojos y le rompió el corazón.

Su corazón y su mente estaban en una guerra civil por el control de su cuerpo, y lo desgarraban en dos mientras él observaba cómo sus dientes blancos y lisos se fijaban en su labio inferior en concentración. Estaba más hermosa que nunca. Su grueso pelo castaño cayó sobre sus omóplatos en la cola de una elaborada trenza. Su cara estaba desnuda de maquillaje, pero su pálida piel parecía lisa y refinada. Y sus ojos, esos ojos de color café, estaban enmarcados por unas pestañas tan gruesas que le gustaba hacerse cosquillas en los labios con ellas.

Se ajustó en su silla para luchar contra el creciente interés de su entrepierna. No está bien. Sólo había pasado unas pocas noches con ella, pero el pequeño cabrón de sus pantalones quería más. Cada célula de su cuerpo quería más. Mierda, él todavía la amaba. Probablemente siempre lo haría. Lo que hizo que toda esta situación apestara en tantos niveles que ni siquiera pudo empezar a contarlos todos.

Su teléfono sonó en su bolsillo trasero y lo revisó rápidamente para asegurarse de que no era nada urgente. Cuando vio el mensaje de texto del grupo de sus hermanos confirmando su noche de chicos de mañana, contestó para hacerles saber que estaría allí y devolvió el teléfono a su bolsillo. Su hermano, Chance, se casaba en seis meses con el amor de su vida. Chance estaba de vuelta en la ciudad para la boda de un amigo abogado este fin de semana y la noche de mañana la reunión de chicos se estaría tomando como la despedida de soltero.

Normalmente, Jake tenía muchas ganas de ver a sus hermanos, pero salir y beber con una habitación llena de idiotas borrachos que no conocía no era su idea de pasar un buen rato. Él iría de todos modos, porque la verdad es que había dejado pasar la oportunidad desde que su hermano se había enamorado y dejado Denver atrás. La prometida de Chance, Erin, era una músico actualmente de gira con su nuevo sello discográfico y Chance siempre estaba de viaje con ella.

Ayer, Jake estaba pensando en que insulto darle a su hermano. Ahora, mirando sus propios problemas de mujer, no estaba de humor para burlarse de ninguno de sus hermanos por causas del sexo opuesto. No cuando estaba sentado aquí, recibiendo una paliza por la lujuria de una mujer que lo había dejado frío hace mucho, mucho tiempo.

-- Creo que eso es todo. -- Claire firmó la última página y le echó un vistazo.

-- De acuerdo. -- Jake cruzó el escritorio y le quitó el papeleo, haciéndole una inspección minuciosa. Cuando se trataba de mujeres, era un maldito idiota. Pero cuando se trataba de caballos, no jugaba y no se arriesgaba. -- ¿Qué tal montar a caballo? ¿Quieres salir a ejercitar Starlight, o quieres que lo haga uno de mis chicos? --

-- No he montado un caballo en mucho tiempo. -- Claire frunció el ceño y sus hombros se inclinaron mientras se giraba para mirar por la ventana. Por primera vez notó las líneas cansadas alrededor de su boca y las ojeras bajo sus ojos. Quería tirarla a sus brazos y abrazarla, pero no se atrevía a moverse. Se veía como si hubiera pasado por un infierno, y con su padre en el hospital él podía relacionarse totalmente.

-- Entonces tenemos que cambiar eso. -- Jake levantó la pila de papel blanco y la colocó en una pila ordenada que había en el escritorio. -- Te encanta montar, Claire. Siempre te gustó montar. --

Ella se volvió para mirarle y él juró que vio el destello revelador de

lágrimas no derramadas empezar a acumularse en sus ojos. Pero tan pronto como dejó los papeles y se acercó, el brillo desapareció.

-- Tienes razón. Saldré y la montaré yo misma. --

-- Excelente. -- No sólo no necesitaría cambiar los horarios de su personal, sino que vería a Claire casi todos los días. No es que le importara. Fue por el bien de Starlight. El caballo amaba a Claire casi tanto como él. --
¿Dijiste que sólo estarías en la ciudad por unas semanas? --

-- Tres semanas. --

-- De acuerdo. -- Tres semanas de guerra civil interna. Cada vez que la veía, su corazón y su cabeza batallaban. Lo que estaría bien. Podía manejar eso, siempre y cuando su pene se mantuviera al margen. -- Eso me dará tiempo suficiente para reorganizar los horarios de ejercicio de los otros caballos. --

Incapaz de sentarse y mirar fijamente, y necesitado por otro minuto, Jake se puso de pie y se dirigió a la puerta. Casi lo logra. Casi. Pero ella se puso en pie, extendió la mano y se la envolvió alrededor del antebrazo mientras él pasaba.

Un toque, y su cuerpo se detuvo en reacción, no porque quisiera evadir ese toque ardiente, sino porque quería deleitarse con el calor de la mano de ella en su brazo. Se sentía como una marca de hierro. Él seguía siendo de ella. Él siempre sería de ella. Esta debilidad, esta necesidad de ella, iba a arruinar su vida. Había intentado seguir adelante, de verdad. Incluso se había aguantado y se había comprometido en la universidad con una chica que esperaba le hiciera feliz. No hubo tal suerte. Ella había visto a través de él y siguió adelante. Su obsesión con Claire ya le había costado un compromiso roto y años de soledad. Después de que su prometida, Courtney, lo dejó, trató de conocer gente nueva. Su imbécil hermano, Mitchell, había publicado una foto sin camiseta de Jake trabajando con uno de los caballos y creó un perfil de citas en línea sin el permiso de Jake. Le había seguido el juego y había probado lo de las citas en línea. Se había acostado con otras mujeres a lo largo de los años. Pero al final, ninguna de ellas había estado a la altura de Claire.

Su vida sería mucho más fácil si no entendiera las razones de Claire para irse, si pudiera odiarla a muerte.

-- Gracias, Jake. Muchas gracias por ayudarnos de esta manera. --

-- No hay problema. -- Miró hacia la mano de ella, donde descansaba sobre su brazo, porque necesitaba que ella se la quitara. Sacudirse su toque no era una opción para él. Ella tendría que ser la que rompiera el contacto. Era un

maldito masoquista.

En vez de liberarlo, ella hizo algo peor. Ella se inclinó y apretó esos labios suaves como pétalos contra su mejilla. Menos de un segundo de contacto, y tuvo que morderse la lengua para mantener la rabia y el dolor que marchita su cuerpo en una cáscara muerta. Esta agonía era su vida ahora. Este anhelo y arrepentimiento de que las cosas nunca serían diferentes. Que él no podía ser lo que ella necesitaba que fuera.

Pero ahora era un hombre, con siete años de infierno a sus espaldas. Claire era su kryptonita. Él lo sabía, aunque ella no lo supiera, lo que significaba que tendría que hacer todo lo posible para mantenerla a distancia. Se marchaba en tres semanas, ¿y quién sabía cuánto tiempo estaría fuera esta vez? ¿Un año? ¿Diez?

Podía herir, codiciar y controlarse durante veintiún días. Pero no podía dejarla volver a entrar. No podía tocarla, ni hablar con ella, ni besarla. Nunca. No si quería tener alguna esperanza de sobrevivir el resto de su vida sin convertirse en un viejo amargado y enojado. Demonios, él aún sangraba por su último encuentro, y en ese momento ella solo era una chica delgaducha de diecisiete años.

Claire era alta y curvada como una diosa de fantasía que cobra vida. Y tan peligrosa como eso.

Con un suave suspiro se echó hacia atrás y rompió todo contacto. Un momento después ella se había ido, pero Jake permaneció arraigado en el lugar hasta que escuchó el estruendo del motor diesel de su camión alejarse. Cuando el sonido se desvaneció, volvió detrás de su escritorio y sacó el sobre blanco del cajón de arriba.

Sus manos temblaron cuando abrió la tapa y sacó la tarjeta. En el exterior de la tarjeta había una foto cómica de un caballo castaño con gafas de sol y un sombrero de fiesta. Pero no era el exterior lo que le preocupaba. Abrió la tarjeta y leyó el primero de los tres elementos de su lista por centésima, diablos, por milésima vez. Esperaba sin entusiasmo un milagro, una bendición de la intervención divina que cambiaría lo que había escrito.

No hay tal suerte. La misma tinta. Las mismas palabras. Y lo mismo sigue siendo el número uno de la lista, escrito en mayúsculas con tinta roja brillante.

Cásate con Claire Miller

CAPITULO 4

Claire condujo a casa, se deshizo del remolque de caballos y se dirigió a la ciudad. Se suponía que se encontraría con su madre para almorzar en el hospital. Según los mensajes de su madre, la cirugía iba bien y todo estaba bajo control. Las buenas noticias ayudaron a Claire a relajarse un poco, pero no lo suficiente. Cuarenta y cinco minutos después, cuando entró en el estacionamiento del hospital, todavía no había dejado de temblar. Con la mirada puesta en el parabrisas, tuvo que trabajar muy duro para prestar atención a donde estaba conduciendo. Su mente seguía volviendo a Jake, a su colonia de cuero y pino, a esos honestos ojos azules y esos enormes hombros. Cuanto más tiempo se quedaba sentada, más recordaba.

Tenía que salir de este camión. Camina. Muévete. Distráete.

Aparco el camión en los bordes exteriores del estacionamiento donde no habían otros autos, apagó el motor y apoyó su frente contra sus manos en el volante.

Verlo de nuevo había dolido. Ella sabía que así sería. Pero el dolor también confirmó un hecho innegable, ella amaba a Jake Walker. Siempre lo haría. Pero no habría sido feliz descalza y embarazada con un caballo en el establo y un bebé en las caderas. Nada había cambiado. Necesitaba más de la vida que eso.

¿Pero Jake? Jake estaba atado a la tierra. Tenía raíces tan profundas que probablemente moriría y sería enterrado en el pasto detrás de la casa. Nunca dejaría la tierra o los caballos atrás. La suciedad y el barro estaban en su sangre, en su maldito ADN. Simplemente no encajaban.

Lo que significaba que dejarlo atrás para construir una nueva vida seguía

siendo la elección correcta. Y eso fue algo bueno, porque iba a tener que despedirse de nuevo en tres semanas.

Claire agarró su bolso y se apresuró a entrar en el nuevo complejo hospitalario. Se suponía que se encontraría con su madre en la cafetería en diez minutos. La cirugía del hombro de su padre había salido bien y estaría en recuperación por un par de horas.

Una anciana sonriente con una pegatina gigante de Volunteer en su camisa saludó a Claire mientras caminaba hacia el mostrador de información. Este lugar era enorme, y ella no tenía idea de dónde estaba la cafetería.

-- Hola, señorita. ¿Puedo ayudarle? --

-- Sí. Necesito encontrar la cafetería. --

-- ¿Cuál? --

¿Qué? ¿Desde cuándo los hospitales tienen dos cafeterías? -- Um, no lo sé.

--

-- ¿Ala este o ala oeste, cariño? --

-- No estoy segura. Un segundo, preguntaré. -- Claire sacó su teléfono y le envió un mensaje de texto a su mamá. Unos segundos más tarde, un sonido de un pájaro chirriando indicó que su madre había respondido. -- Oeste. --

-- Correcto. Estás en el ala este ahora mismo. -- La mujer colocó un mapa de papel encima del mostrador que ls separaba y comenzó todo el discurso. Claire se perdió después del segundo cambio de ascensor. Era pésima leyendo mapas.

-- ¿Claire? Claire Miller? --

Claire se giró a su derecha y su corazón cayó a sus zapatos. Justo lo que no necesitaba, otro hermano Walker. -- Hola, Mitchell. -- Ella le echó una ojeada y no dejó de notar que seguía siendo guapo como siempre, si te gustaba el tipo sexy, sensual, típico city-boy, alto, moreno y arrogante, ese era Mitchell Walker. -- ¿Así que los rumores son ciertos? -- Se aseguró de inspeccionar su uniforme y la bata blanca del médico. -- ¿Realmente te dejan abrir a la gente? -

-

-- Lo hacen. -- Él le sonrió, y sus ojos no estaban llenos de ira, ni heridos, como los de Jake. Su mirada verde oscura miró fijamente a su alma y ella lo imaginó inclinado sobre la mesa de operaciones, intenso y sexy con esa cara delgada y cabello oscuro. Las enfermeras de por aquí probablemente se peleaban entre sí para pararse a su lado y pasarle los utensilios. Gracias a Dios que era inmune. Sabía demasiado sobre Mitchell Walker. Era como un hermano mayor.

-- Supongo que no les dijiste que solías arrancarle las patas a los saltamontes y quemar bichos con tu lupa. --

-- En realidad, eso era un prerrequisito para el trabajo. -- Su sonrisa se amplió y ella le devolvió la sonrisa. Mitchell siempre fue divertido... problemático, pero divertido.

-- Bueno, entonces. La gente está en buenas manos. --

Saludó a la voluntaria e inclinó un codo sobre el mostrador para inspeccionar su mapa. -- ¿Qué estás haciendo aquí? --

-- Vine a ver a mi padre. Le han operado del hombro esta mañana. Se supone que debo encontrarme con mi mamá para almorzar en el lado oeste. --

-- Genial. Voy para allá a hacer las rondas. Te acompaño. --

-- Gracias. --

Ella agradeció a la mujer mayor pero dejó el mapa. Si tuviera que hacerlo, saldría y daría una vuelta por el exterior del edificio, necesitaba aire fresco. Ella prefería el aire libre a este tipo de laberinto de ratas cualquier día de la semana.

El silencio se sentía acompañable, por lo que no sentía la necesidad de romperlo. En realidad, esperaba salir de aquí antes de que Mitchell pudiera interrogarla para obtener respuestas. Una cosa que los hermanos Walker hicieron fue cuidarse las espaldas. ¿Y ella y Jake? Bueno, no habían sido exactamente un secreto. Había pasado casi tanto tiempo con los hermanos de Jake como él.

-- ¿Sigues viviendo en California? -- La pregunta casual de Mitchell sería sólo el comienzo y en su interior, gimió. Aquí vamos con la Inquisición Española.

-- Sí. --

-- ¿Sigues en UCLA? --

-- Técnicamente, sí. Acabo de terminar mi maestría. --

-- Genial ¿Qué estudiaste? --

-- Doble especialización en antropología y arqueología, maestría en arqueología. --

-- ¿Eso te convierte en qué, Lara Claire Croft, saqueadora de tumbas? -- Esperaron el primer ascensor y ella se acercó para dejar más espacio para una camilla y una silla de ruedas mientras los dos pasaban empujados por el personal del hospital que no sonreía.

-- No exactamente, pero salgo del país a cavar un par de veces al año. Pasamos el resto del año catalogando y estudiando los descubrimientos, o

preparándolos para exhibiciones. -- Ella trató de no respirar muy profundamente porque el olor del antiséptico del hospital, la medicación y la muerte llenaban su cuerpo con cada respiración. Odiaba los hospitales. Odiaba ese olor.

-- Entonces, ¿qué vas a hacer después de tener oficialmente tus títulos? --
¿Ir al doctorado? -- Se acercó y le pellizcó la mejilla como cuando era niña. --
¿Vamos a tener que llamarte Profesora Miller? --

Ella le dio un golpecito en la mano y se rió. -- No lo creo. Estoy trabajando en un par de cosas diferentes, y estoy en un par de proyectos que están esperando la aprobación de la subvención. UCLA está cofinanciando una excavación con un museo estatal. Si lo conseguimos, estaremos cavando en un importante sitio azteca por unas semanas la próxima primavera. -- Museos y universidades de todo el mundo siempre estaban buscando nuevos proyectos y nuevos artefactos para exponer. Claire y Emily se habían vuelto muy buenas investigando para algún museo o universidad, descubriendo lo que les interesaba adquirir, y escribiendo una propuesta esbozando cómo podían conseguirlo. El dinero para los viajes de excavación y el estudio podría provenir de una multitud de fuentes, desde un donante privado hasta becas de estudio financiadas por los contribuyentes. El truco era proponer la idea correcta a la gente correcta, gente que estaba hambrienta de la idea de una exposición azteca, o de un nuevo descubrimiento en Pompeya.

El ascensor se abrió y Mitchell sostuvo la puerta para poder entrar primero. Inmediatamente cerró los ojos y comenzó a contar. Odiaba los ascensores. Cada vez que entraba en uno tenía que hablarse a sí misma sobre la ciencia de las pesas y poleas. Una cueva oscura, y ella estaría bien. Pero si la ponía en un aparato hecho por el hombre, como un ascensor o un avión, tenía que recordarse a sí misma que debía respirar.

La suave risa de Mitchell penetró su mantra mental. -- ¿Todavía claustrofóbica? --

-- No soy claustrofóbica, sólo odio los ascensores. -- Ella sonrió. No pudo evitarlo, no cuando él usaba su voz súper encantadora. -- ¿Derek todavía le teme a las alturas? --

-- Aterrorizado, pero nunca lo admitirá. -- Ambos se rieron y se relajaron, como en los viejos tiempos. Derek era el hermano mayor de los Walker, oscuro, melancólico y mandón. Derek creía que él dirigía las cosas y, durante la mayor parte de sus primeros años, sus hermanos se lo permitieron. -- Deberías pasarte por el rancho, a cenar. Reuniré a mis hermanos y tú puedes

traer a tus padres. Sería como en los viejos tiempos. --

-- Uh, gracias. Pero creo que tendré que posponerlo. Mamá va a necesitar mucha ayuda en la casa y no creo que papá pueda hacerlo por un tiempo. --

Mitchell asintió con la cabeza cuando el ascensor dejó de moverse y salieron a su piso. El inconfundible olor de una cocina la alcanzó y ella sabía que estaban cerca, pero no lo suficiente.

-- ¿Ya has visto a Jake? --

Ella trató, fuertemente, de mantener el rubor fuera de sus mejillas. -- Sí. Dejé los caballos de papá hace un par de horas. --

Mitchell la miraba con esos intensos ojos verdes, con ojos de doctor, y ella sentía como si estuviera haciendo una cirugía abierta en su alma... sin anestesia. -- Hace tiempo que no voy por ahí. ¿Cómo le está yendo? --

¿Cómo le estaba yendo? Grande, fuerte y más sexy que nunca. Así es como lo estaba haciendo. -- Um, es bueno. Parece estar bien. --

-- Bien. -- Mitchell sonrió y abandonó el tema. Gracias a Dios.

Los cuatro hermanos habían sido adoptados por la Sra. Walker cuando estaban en la escuela primaria. Los tres mayores venían de entornos jodidos con drogas, alcohol y abuso. Pero Jake, había tenido mala suerte. Sus padres murieron en un accidente automovilístico cuando él tenía cuatro años y no tenía ninguna otra familia que lo acogiera. Por lo que ella había recopilado a lo largo de los años, los tres hijos mayores trataron a Jake como si fuera su pequeña mascota personal hasta que tuvo la edad suficiente para molestarse en serio. Pero cuando su nueva madre se puso en contacto con ellos, sin importar sus antecedentes, los amó y les enseñó una nueva manera de vivir. Claire siempre la había admirado por eso, y estaba agradecida. Sin la determinación de la Sra. Walker de salvar a sus cuatro hijos, Claire nunca hubiera conocido a Jake. Y aunque sus vidas no funcionaban juntas, ella siempre estaría agradecida por toda la diversión que habían tenido a lo largo de los años.

Mitchell caminó con ella hasta la cafetería, e incluso se detuvo por un minuto para saludar a su madre. Los chicos Walker siempre fueron caballeros, y Claire sintió una punzada en el pecho. No se había dado cuenta de cuánto extrañaba su hogar hasta ahora. Los Walker también eran su familia. Tanto como su propia sangre.

Con la promesa de revisar a su padre, Mitchell la dejó sola con su madre y Claire se desplomó en la silla de plástico duro con alivio. Se sentía estresada, como si hubiera pasado quince horas estudiando para un examen final y apenas hubiera aprobado el examen.

-- ¿Cómo está papá? --

-- El doctor dijo que la cirugía salió bien y que podemos ir a verlo en una hora más o menos. -- Las lágrimas de alivio brotaban de los ojos azules de su mamá y la vista de ellos sacó a Claire de su fiesta de lástima.

-- Papá es duro. Se levantará y contará sus chistes horribles en un santiamén. -- Claire cruzó la fría y dura superficie de la mesa del almuerzo y agarró la mano de su mamá. Nadie que hubiese conocido era peor que su padre contando chistes, y él parecía tener un suministro ilimitado y entusiasmo por ese trabajo.

Su mamá se rió y limpió el agua de ambos ojos con una servilleta del dispensador que descansaba en el centro de la mesa. -- Va a volver locas a las enfermeras. --

Claire sonrió. -- Probablemente le darán más analgésicos para mantenerlo callado. --

Se pararon y se abrieron paso a través de la línea del buffet. Su mamá tomó sopa y una baguette mientras que Claire tomó un sándwich de pollo, papas fritas, algo de fruta y un brownie. El chocolate era automedicación por el dolor de ver a Jake. Ella lo sabía, y no le importó. Nop. También se tomó una galleta de caramelos, por si acaso.

Se sentaron a la mesa y descargaron sus bandejas. Claire pensó que tal vez su mamá estaba tan callada y retraída porque estaba preocupada por papá. Equivocado.

-- ¿Le llevaste los caballos a Jake esta mañana? --

-- Sí. -- Y aquí viene. Claire tiró de una servilleta blanca del dispensador y la colocó sobre su regazo.

-- Entonces, ¿cómo está? -- Su madre no estaba comiendo. ¿Por qué no estaba comiendo?

-- Bien. -- Claire cogió el brownie y lo mordisqueó en la esquina. En ese momento tenía sentido guardarlo, necesitaba la dulce explosión de glaseado de chocolate para poder tener valor ahora.

-- ¿Han hablado? --

-- Sí. --

-- ¿Te preguntó sobre California? --

-- No. ¿Por qué lo haría? --

-- ¿Le dijiste que te mudas a Denver? --

-- No lo hare. Sólo tengo que hacer esta entrevista para mantener contentos a los políticos. El Dr. Pierson se arriesgó por mí, así que tengo que

presentarme; pero aún así creo que sería mejor si tomo el trabajo en UCLA. Y si mi beca es aprobada en la reunión de la junta directiva del departamento universitario la próxima semana, estaré fuera del país por al menos cuatro semanas esta primavera, y de nuevo este verano. Ningún hombre quiere una esposa que nunca esté cerca. --

-- Las familias de militares lo hacen todo el tiempo. --

-- Sí, mamá, pero no estoy sirviendo a mi país. Estoy haciendo esto para mí misma. Hay una gran diferencia. -- Claire tenía el mayor respeto por los militares y sus familias.

Tuvieron que lidiar con la separación y el sacrificio, pero estaban respondiendo a un llamado más elevado, no escarbando en la tierra por el puro gozo de ello.

-- Tienes que volver a casa, cariño. Relajarte. --

-- No, no lo sé. Nada ha cambiado, mamá. Aunque acepte el trabajo de Denver, estaré fuera del país durante semanas. Jake necesita una chica de campo que quiera quedarse en casa y hacer bebés, y esa no soy yo. No estoy segura de querer tener hijos y sé que no los quiero ahora. -- Le dio un mordisco más grande a su brownie y se dio mucho tiempo para dejar que el chocolate se derritiera en su lengua. Cuando desapareció, la lavó con un sorbo de leche y se encontró con la mirada preocupada de su madre. -- No puedo ser la esposa de un ranchero. No puedo vivir esa vida. Me volvería loca. Yo sería miserable, y haría miserable a Jake, también. Nada ha cambiado desde que tú y yo tuvimos esta misma conversación hace siete años. --

-- Tienes razón en que nada ha cambiado. Aún lo amas y apuesto a que él aún te ama. --

-- Es demasiado tarde, mamá. Yo no puedo cambiar lo que soy, y él tampoco. Sólo queremos cosas diferentes. --

-- Sigo diciendo que es un error, cariño. Una carrera no puede hacerte feliz. --

Claire suspiró. -- Y tampoco puede un hombre. Necesito más que eso. No puedo evitarlo. No puedo hacer lo de la ama de casa. Y no gasté cien mil dólares en mi educación para mudarme al rancho y palear mierda de caballo. -

-

-- Claire Leanne Miller, cuida tu boca. --

-- Lo siento. -- Claire mantuvo sus manos ocupadas untando el contenido de sus paquetes de mayonesa y mostaza en la mitad superior del panecillo para sándwiches. Claire no se atrevía a mirar hacia arriba, no a esos ojos. Su

madre lo sabía todo. Ella lo vio todo. Claire pensó que su madre tenía que ser una especie de psíquica o algo así. Debería tener su propio programa en la tele por cable donde con solo mirar a alguien pueda romperlo como un huevo.

-- ¿Qué quieres que haga, mamá? --

-- Sólo quiero que seas feliz. Y Jake te quiere. --

-- Eso fue hace mucho tiempo. Yo lo haría miserable. Siguió adelante. Se comprometió. -- Claire miró alrededor de la cafetería, en la mesa, en su comida, en cualquier lugar menos en la cara de su mamá. Había por lo menos veinte personas comiendo en el espacio brillantemente iluminado. Cada mesa tenía un pequeño jarrón con un clavel a la vista. En varias ventanas, los vitrales aportaron un toque de color y belleza a la sala, por lo demás estéril. La gente estaba aquí con sus seres queridos, igual que ella. Gente que tenía hijos muriendo de cáncer, gente que tenía problemas mucho más grandes que ella. Necesitaba recordar eso.

-- Pero no duró. Courtney también lo dejó. --

-- Yo no lo dejé, mamá. Lo dejé ir. Me aseguré de que ambos pudiéramos tener el tipo de vida que queríamos. -- Courtney. Dios, ella odiaba ese nombre.

-- Eras una gallina, Claire Miller. Ese chico te amaba. Deberías haberle dejado tomar la decisión. --

-- Él eligió. Se quedó aquí. Podría haber ido a California conmigo, pero esa no era la vida que quería. --

-- Eso no es justo para Jake. -- Su mamá acosó como si ella hubiera ganado la discusión, pero Claire no había terminado.

-- No, no estás siendo justa conmigo. Teníamos diecisiete años. Nada importa cuando tienes diecisiete años. ¿Pero diez años después? Me habría arrepentido de haberme quedado. Me habría sentido miserable, y resentido con él por retenerme aquí. Quiere vivir en esa tierra para siempre y pasársela a sus propios hijos. Bebés, mamá. No puedo ser una madre decente, no con mi trabajo. -- El calor se acumuló detrás de sus ojos, como puñaladas de atizadores calientes, y sintió el ardiente derrame de lágrimas caer sobre sus mejillas. Llorando. Estaba llorando, carajo. Había vuelto a la ciudad en menos de un día y ya estaba perdiendo la cabeza. -- Él no quería dejar el rancho, y yo no podía quedarme. Si me hubiera quedado, habríamos terminado hiriéndonos más. --

-- Creo que te equivocas, cariño. El verdadero amor es raro. Sólo tienes que ceder un poco. --

-- No, mamá. No hay término medio aquí. Nunca lo hubo. Y ambos lo sabíamos. -- Claire pulió la galleta y siguió adelante. Sumergió una papa frita en el ketchup de su plato y se la metió en la boca.

Tomó un bocado de pollo, pan y lechuga. El pan estaba seco y desmenuzado, el tomate era blanco y duro, y la lechuga estaba tan flácida que tenía que tener una semana. Claire fingió que era lo mejor que había comido, estudió la pechuga de pollo como si fuera una obra de arte mientras su madre la miraba. Podía sentir esos ojos clavados en su cráneo.

-- Los chicos de diecisiete años no saben una mierda. --

Claire se atragantó con su sándwich y tuvo que tomar un gran trago de agua para lavarlo. Su madre nunca decía vulgaridades. Nunca. -- Nada ha cambiado. --

Su mamá suspiró y miró al espacio por un momento. -- Entiendo. Es tu vida. Tienes que tomar las decisiones. -- Su mamá inclinó la cabeza hacia un lado, y sus ojos azules pálidos perforaron a Claire como agujas directamente en su alma. -- Pero también tienes que vivir con las consecuencias, y Jake también. --

-- Lo sé, pero así es como tiene que ser. -- Claire se limpió las mejillas con la servilleta gruesa y le aclaró la garganta. Ella había terminado de hablar de esto. Listo. Jake quería diez niños corriendo por la tierra haciendo pasteles de barro y vadeando el arroyo. Quería vivir y morir en el rancho con sus caballos, una gran familia y una esposa que amara el rancho tanto como él. Esa era su vida de ensueño, y no había lugar en ese escenario para una mujer de carrera que trabajaba cincuenta horas semanales y pasaba tres meses al año en otro país. -- Es increíble, mamá. Una chica de campo brillante y sexy se enamorará de él y le dará los diez hijos que quiere. Estará feliz. --

-- ¿Pero qué pasa si eso no es lo que él quiere? ¿Y si lo que él quiere eres tú? --

-- Creo que yo quemé ese puente. --

-- Yo no estaría tan segura. El verdadero amor nunca muere. --

-- Confía en mí, está muerto. Y sé exactamente lo que Jake quiere. -- Otros querían irse de casa y conquistar el mundo. Jake no. Le encantaba el rancho. Durante todos los años que lo había conocido, él sólo había hablado de dos sueños, de una gran familia y de criar caballos.

Terminaron su almuerzo en silencio y Claire se alegró. Vería a su padre un rato, y luego volvería a casa y tomaría un largo y agradable baño. Se sentía como un trozo de cristal roto. Un fuerte empujón en la dirección correcta, y se

rompería en un millón de pedazos.

Tenía que salir de este estado lo antes posible.

Jake necesitaba una chica de campo. Y algún día, se enamoraría y se casaría con una linda rubia que hornearía galletas y sabría cocinar, una mujer que amara el rancho, amara los caballos y quedaría embarazada cada vez que Jake la mirara. Entonces sería feliz, tendría la vida que siempre quiso. Sería perfecto.

Claire no podía quedarse a ver lo que pasaba. Saber que probablemente nunca se casaría y nunca tendría hijos era difícil, pero había llegado a un acuerdo con lo que su pasión por su carrera le iba a costar. ¿Ver a Jake hacer hermosos bebés con otra mujer?

Dios, eso sería su propio infierno personal. Ella era lo suficientemente fuerte como para alejarse y seguir sus sueños, pero no podía ver eso. Eso dolería demasiado.

Nop. Ella había hecho su elección, y también Jake. El rancho ya no era su casa. Ella realmente, realmente necesitaba recordar eso.

CAPITULO 5

Jake levantó su vaso y esperó con el resto de los idiotas borrachos en la habitación a que Mitchell terminara su brindis.

-- Beban, porque quién sabe cuándo nos golpeará la flecha de Cupido y no nos volveremos a a ver aquí. -- Mitchell terminó su brindis y catorce hombres levantaron sus copas con una ovación.

Por fin.

Jake levantó su vaso y bebió un trago. Tenía dos botellas vacías más en la barra junto a su cerveza. Mitchell llevaba sus pantalones caros de siempre, camisa verde abotonada y una sonrisa. Olía como un comercial de loción de afeitar. ¿Qué carajo...? ¿Se metió en esa mierda? ¿Y Cupido? ¿Cuándo empezó Mitchell a soltar poesía?

-- ¿Qué carajo fue eso? -- Derek se inclinó y puso su vaso vacío en la barra y no es la primera vez que Jake se preguntaba si su hermano mayor podía leer su mente. La mayoría de las veces, si Jake lo estaba pensando, Derek lo decía.

-- Minna Thomas Antrim. -- Mitchell sonrió y Derek le dio una palmada en el costado de la cabeza, lo suficientemente fuerte como para ser molesto, pero no para empezar una pelea.

-- ¿Poesía? Esto es una maldita despedida de soltero. ¿Ves esas strippers? -- Derek señaló a las dos mujeres jóvenes vestidas como enfermeras sexys en medio de la habitación. -- Se supone que deberías estar gritando por tetas y cerveza como un bárbaro, no recitando malditos sonetos. --

Mitchell levantó una ceja y se apoyó en la barra mientras el camarero colocaba otra ronda de bebidas frente a ellos. Mitchell envolvió su mano

alrededor de su vaso y giró el alcohol hasta que giró en un remolino en miniatura. -- ¿Tetas y cerveza? He pasado a las mamadas y al whisky. --

-- Tienes que dejar de follarte a todo lo que se mueve y encontrar una chica decente con la que asentarte, como Chance. -- La sugerencia de Derek hizo que la cabeza de Jake diera vueltas. ¿Qué carajo...?

-- Le dijo la tetera a la olla. -- Mitchell levantó su vaso de whisky y tomó un sorbo.

-- No tengo tiempo para esa mierda y no necesito el dolor de cabeza. --

-- Al menos ponte las pilas, hermano. Vas a lastimarte la palma de la mano con toda la acción que debes tener. Debes estar en bancarrota pagando suscripciones de aceite para bebés y porno. --

Jake se atragantó con su cerveza riéndose de las burlas de Mitchell hacia su hermano mayor. Derek estaba vestido con los típicos vaqueros negros, camiseta negra, botas negras y actitud negra. Cómo demonios su hermano funcionaba así en el día a día, Jake nunca lo entendería. Pero Derek era confiable, y duro como un clavo. Jake se alegró por eso, y aceptó el resto de la mierda de chico malo que vino con eso.

¿Necesitas esconder un cadáver? Llamaría a Derek. Diablos, todos lo harían. Derek se ocupaba de sus líos sin importar lo sucio que se pusiera la situación. Jake había mantenido su nariz bastante limpia, pero Mitchell y Chance tenían sus cuentos de días salvajes robando autos, fumando marihuana, y generalmente actuando como idiotas cuando eran más jóvenes. Si no fuera por Derek, Jake pensó que todos ellos probablemente habrían terminado en la cárcel.

Derek se dio la vuelta para ver a su hermano, Chance, reírse y golpear al novio que ninguno de ellos conocía por la espalda. -- Está tan jodidamente feliz que no soporto hablar con él. --

-- Sí, bueno, nuestra nueva hermana Erin está muy buena. -- Mitchell dijo la verdad sobre la prometida de Chance y Jake estuvo de acuerdo en silencio. No le importó una mierda cómo era ella. Podría tener verrugas y el pelo morado. Erin amaba a su hermano con todo en él. Por eso, los tres hermanos de Chance la apoyaron. Ahora era de la familia, pura y simple. Oficialmente adoptada, que era lo mejor que podían ofrecerle los chicos Walker. Ser adoptada era el honor más alto que podían darle.

Jake tomó su cuarto trago de whisky y lavó la quemadura con un sorbo de su segunda cerveza. Normalmente, habría parado después de tres o cuatro cervezas. Se emborrachó, se desmayó y vomitó en la universidad. Y ya lo

había superado. Pero esta noche, tenía ganas de ahogar sus penas.

El problema era que, cuanto más bebía, más Claire Miller parecía expandirse en su cabeza, hasta que literalmente no podía pensar en otra cosa.

-- Dame otro. -- Jake deslizó su vaso vacío por la barra hacia el barman, quien asintió con la cabeza. Eso fue suficiente. Jake se dio la vuelta para ver el espectáculo que tenía delante. Dos mujeres vestidas de enfermeras arrastraban a Chance, que era el padrino, y al novio al centro de la habitación. Uno de los amigos de Chance de la universidad se iba a casar la semana que viene, y Chance tendría que ponerse un traje de pingüino, tratar de no perder el anillo, y fingir que no odiaba las bodas mañana por la noche. Los eventos de esta noche fueron idea de Chance, la despedida de soltero para su amigo. ¿Y los tres hermanos de Chance? Diablos, ni siquiera sabían que el pobre tonto se iba a casar, sólo iban de paseo.

Chance y el novio ahora se sentaban en sillas en el centro del cuarto trasero del bar. Las strippers eran decentes, con tetas falsas y demasiado maquillaje. Jake pensó que los trajes de enfermera tuvieron que ser idea de Mitchell. Mitchell trabajaba en un hospital de la ciudad, y no era ningún secreto que pasaba mucho tiempo conociendo al personal de enfermería.

Derek, esparramado en su taburete, con los brazos cruzados y riendo mientras Chance se veía forzado por una multitud de neandertales borrachos a sentarse y dejar que le bailaran en su regazo como un hombre. La despedida de soltero no era para el novio. Todo el mundo lo sabía. El libertinaje de borrachos se trataba de hombres adultos y una excusa para divertirse.

Jake se apoyó en la barra y se sentó con Derek y Mitchell en silencio mientras observaban a la primera stripper sacar las esposas de su bolsa médica y sellar las manos de Chance detrás de él en la silla. Chance se rió. El novio se levantó y bailó con la otra stripper en el borde del ring.

Jake se giró mientras el camarero dejaba caer otro trago de whisky con el sonido revelador de un vaso lleno que golpeaba la barra de madera. La mirada de Derek lo inmovilizó en su lugar como un insecto bajo una aguja.

-- ¿Qué estás mirando? -- Jake sabía que estaba actuando mal esta noche, y no, no quería hablar de ello.

-- Al diablo si lo sé. -- Derek bebió una cerveza y se veía como él mismo, como un escuadrón gótico de un solo hombre. Incluso tenía el pelo negro liso hacia atrás en la cabeza, en lugar de dejarlo caer en su cara. -- ¿Qué te pasa esta noche? --

Jake no quería hablar de eso. Hora de redirigir. -- ¿Qué coño te has hecho

en el pelo? Tu cabeza parece un saco de pelotas mojado. --

-- Meditabundo e insultante. Ahora sé que algo pasa. -- Derek levantó las cejas cuando Mitchell regresó a ellos después de tomar su turno de meter un billete de cinco dólares en las bragas de ambas strippers. Las chicas estaban en topless ahora, una a horcajadas en el regazo de Chance, la otra trabajando con la multitud por dinero. Sus dos brutales guardaespaldas observaron la acción desde el borde de la habitación. Esta fiesta era mansa, como las despedidas de soltero. El pobre Chance parecía dolorido, lo que hizo que Jake quisiera reír. A Chance no le interesaba ninguna de las strippers, aparte de las distracciones habituales para los ojos. No, su hermano estaba demasiado enamorado de Erin para eso.

Jake tampoco estaba interesado. Desde ayer, sólo ha estado pensando en una maldita mujer. De la que había estado colgado desde la escuela primaria. La única mujer que conocía, de hecho, no tenía ningún interés en él.

Derek le golpeó en la cabeza.

-- ¡Ay! ¿Qué carajo, viejo? --

-- ¿Estoy hablando solo? Dije, ¿qué te pasa, Jake? --

Mitchell apoyó el codo contra la barra para poder ver el programa y escuchar a escondidas al mismo tiempo. -- Mejor deja en paz a tu hermanito, Derek. Claire Miller ha vuelto a la ciudad. --

-- Oh, mierda. -- Derek respiró hondo y apoyó ambas manos en la barra que tenía frente a él, como si necesitara apoyo después de escuchar tan malas noticias. -- Maldita sea, hombre. Tienes que superar lo de esa chica. --

-- Lo hago. Pasó por el rancho ayer para dejar los caballos de su padre. Eso es todo. Fin de la historia. Volverá a California en tres semanas. --

-- Mentira que ya la superaste. -- Derek dio la vuelta para ver Chance. El novio y el padrino ahora tenían dos pechos desnudos a centímetros de sus caras mientras sus amigos aullaban animando el momento.

Jake ignoró a Derek y se volvió hacia Mitchell. -- ¿Cómo supiste de Claire? --

Mitchell le hizo señas al camarero y ordenó una hamburguesa con papas fritas. Levantó las cejas ante Jake, que agitó la cabeza. No tenía hambre. Mitchell le guiñó un ojo. -- Vino al hospital a ver a su padre. -- Mitchell le meneó las cejas a Jake. -- Se ve jodidamente increíble. Si realmente terminaste con eso... --

-- Cierra la puta boca. -- Jake sabía que su hermano le estaba tomando el pelo, pero no pudo detener la reacción instintiva.

-- Eso es lo que pensaba. -- Mitchell sonrió y buscó cerveza. -- Te alegrará saber que ella tampoco te ha olvidado. --

Derek se rió. -- Eso es mentira. No podía irse lo suficientemente rápido. --

Jake asintió a su hermano para reconocer el apoyo. Derek no iba a joder con esto, sabía que le dolía mucho a Jake. Mitchell, por otro lado, no tuvo piedad alguna.

-- Le pregunté por ti. --

-- Jesucristo, Mitchell. ¿Por qué carajo harías eso? Ella se fue. Se acabó el juego. --

Los ojos oscuros de Derek ardían de ira y Jake compartía esa indignación. Claire lo había mirado a los ojos y le había dicho que la vida que quería no iba a ser suficiente. Esa noche de verano, con una luna llena brillando en su cabello y grillos cantando bajo el porche, ella incluso le había sugerido que dejara el rancho y se fuera con ella a California.

Demonios. Debería haberle pedido que le cortara las piernas y se arrastrara tras ella.

Él no se iría, y Claire no se quedaría. Así que Claire Miller se había alejado de él, del rancho y de sus sueños. Y nunca miró atrás. Pero había algo encantado en sus ojos el día que se fue. Todavía estaba allí.

-- ¿Qué dijo ella? -- Jake no pudo evitarlo. Necesitaba saberlo. Y estaba esa innegable tendencia masoquista que tenía cuando se trataba de Claire. No pudo evitarlo.

-- Ella no dijo nada. Fue la mirada en su cara. Aún le gustas. --

-- Mentira. -- Derek tosió la palabra en su puño cerrado.

Jake quería detalles. -- ¿Por qué crees que le gusto? --

-- Deberías haber visto su cara cuando pregunté por ti. Se sonrojó. Totalmente rosa en la cara. --

-- Eso es porque se siente culpable por haberse ido como lo hizo y romperle el corazón a nuestro chico -- , dijo Derek.

-- No. No lo creo. Conozco esa mirada. Ella quiere su pene. -- Mitchell tomó un sorbo de su bebida y se giró para ver a Chance, que ahora estaba atrapado en el suelo con las dos mujeres sentadas sobre él, una en su regazo y otra en su pecho, sacudiendo sus tetas por encima de su cara. Jake agitó la cabeza ante la expresión resignada de Chance. La verdad es que a algunos tipos les gustaba esta cosa de stripper, y a otros no. Chance y Jake entraron en la categoría de -- no. --

-- Eres grosero, amigo. -- Jake agitó la cabeza con disgusto, -- y te

equivocas. --

Mitchell volteó la cabeza para ver a Jake, y era muy serio. -- Nunca me equivoco con las mujeres. Ella te quiere a ti. -- Mitchell agitó su vaso para que los cubitos de hielo chocaran contra el costado. -- La cosa es que tú también la quieres a ella. Así que, ¿por qué no divertirse un poco mientras ella está aquí? Sácala de tu sistema. --

-- Sólo estará aquí por tres semanas -- , señaló Jake.

-- Exactamente. -- Mitchell sonrió. -- La quieres a ella. Ella te quiere a ti. Ambos saben lo que hay que hacer. Así que, ¿por qué no la llevas a dar un paseo? --

-- Eres un imbécil. --

-- Tal vez. ¿Pero quieres sacudir ese cuerpo, o no? Me imagino que las amigas con beneficios podrían ser un buen resultado para ti. Tres semanas. Entonces finalmente se acabó y puedes seguir adelante. Tres semanas y no tendrás que volver a preguntarte. --

-- Me pregunto qué? --

-- Qué calor habría hecho si no hubieras ignorado el consejo de tu hermano mayor. No se coman mi hamburguesa cuando llegue, idiotas. Enseguida vuelvo. -- Mitchell levantó su copa en señal de saludo y regresó a la fiesta. Pero era demasiado tarde. Jake sabía que lo único en lo que iba a pensar por el resto de la noche era si Mitchell tenía o no razón sobre Claire, y sobre lo que ella quería de él. Y si tendría o no las pelotas para dárselo.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Jake se paró en su porche y observó a Claire mientras guiaba a Starlight hacia el granero al otro lado de la propiedad. Se veía increíble. Un par de jeans apretados abrazaban su curvilíneo trasero y su cabello oscuro se desprendía de su trenza para enmarcar su rostro. Sus mejillas estaban sonrojadas, ya fuera por el aire caliente de la mañana o por la emoción de estar de nuevo en Starlight. Ojalá supiera cuál.

Derek se unió a Jake en el porche delantero en un par de jeans y descalzo. Sostenía una humeante taza de café en una mano y dos aspirinas en la otra. Se

tragó la aspirina con un gemido y se sentó en el columpio del porche delantero detrás de Jake. -- Mitchell se equivoca. Perseguir esa cola no es más que una mala idea, hermanito. Y no es sólo este dolor de cabeza el que te habla. --

-- Lo sé. --

-- Los odio, chicos. --

Jake se dio la vuelta para ver a Derek inclinarse hacia adelante con un gemido para poner su taza de café en la mesa de mimbre blanco, y su cabeza en sus manos.

Jake se rió. -- Yo no fui el que te metió whisky en la garganta anoche. --

-- No, ese era Mitchell. Debería haberse metido con Chance. Fue el idiota que organizó la maldita despedida de soltero. -- El cabello negro de Derek aún estaba mojado por la ducha, y había cambiado su camiseta negra por una blanca. Un verdadero aventurero su hermano mayor.

-- Chance tenía que ir al aeropuerto a recoger a Erin para que pudieran ir a la boda. Mañana vuelan a Nueva York. --

-- Lo sé. Me estoy haciendo demasiado viejo para esta mierda. -- Derek tenía veintisiete años, y ya no era muy fiestero. La mayor parte del tiempo estaba demasiado ocupado en su tienda de motocicletas para salir, o tener una vida.

-- Espera. -- Jake rastreó cada movimiento de Claire hasta que desapareció dentro del granero. Una vez que ella estaba fuera de vista, entró a la casa para sacar la pequeña jarra de la cura familiar para la resaca que tenía en el refrigerador. Jake lo había mezclado para Derek cuando oyó la ducha. Era la receta de Mitchell y funcionaba bastante bien. Los hermanos nunca preguntaron el cómo o el por qué, pensando que el título de médico de Mitchell le daba una idea mágica de lo que un cuerpo necesitaba para recuperarse de una noche de estupidez.

Jake vertió el brebaje verdoso en dos vasos y se dirigió de nuevo al porche. Se sentó junto a Derek en el columpio del porche y le dio a su hermano un vaso lleno. -- Toma. Deja de lloriquear como un bebé. --

-- Gracias. -- Derek tomó su vaso y lo levantó en el aire. -- Un brindis. Por Chance enamorándose. Nunca pensé que ese hijo de puta caería. --

-- Por Chance. El pobre bastardo nunca recuperará su pene. -- Y no volvería a casa nunca más. Maldita sea. Jake estaba feliz por su hermano, pero también pensaba que eso apestaba. Chance era la primera persona a la que Jake llamaba cuando la mierda caía al ventilador. Ahora, no se molestaría en llamarlo. ¿Qué coño iba a hacer Chance por él desde Nueva York o Miami?

Hace un par de semanas, Chance y Erin habían estado en el condenado Canadá. No es que Jake no amara a sus tres hermanos, pero Derek y Mitchell solían ser más molestos que simpáticos. Para esos días, la única gente alrededor de Jake sentía que podía hablar con cuatro putos cascos y no podía contestar.

Tocaron sus vasos y sorbieron la bebida con sabor a fruta. Era picante y dulce, con una mezcla de jugo, verduras y vitaminas en la que Jake no quería pensar. ¿Qué carajos era col rizada, de todos modos?

Derek sorbió la mezcla, golpeando constantemente en el brazo del columpio con la punta de los dedos. -- Eché un vistazo a la oficina, Jake. --

-- No empieces. -- Jake metió una mano en el bolsillo de su chaleco y miró a su hermano. Cuando su madre murió, se aseguró de que todos los chicos recibieran una parte igual, y Jake quería el rancho. Era suyo ahora, y también lo era la responsabilidad de mantenerlo funcionando. Cómo lo haría era asunto suyo.

-- Necesitas contratar ayuda. --

-- Otra vez esto no. Yo puedo hacerlo. Sólo necesito pasar algún tiempo poniéndome al día. --

-- Has estado diciendo eso desde que mamá se enfermó. -- Derek levantó las cejas. -- Eso fue hace dos años. Y tienes facturas y correo sin abrir de hace más de un año. Necesitas ayuda. Puedes permitirte contratar a alguien, así que por qué no lo haces. --

-- No he tenido tiempo, ¿de acuerdo? Sólo, déjalo. Me pondré en ello. -- Jake estaba mintiendo y lo sabía, pero no tenía ganas de recibir una regañina de su hermano en este momento. Esa pila creciente de papeleo lo mantenía despierto por las noches, pero no quería a un extraño en su casa, y ninguno de los miembros de su equipo de campo podía manejar el lado de los negocios. Conocían los caballos y el heno, no la facturación ni las conciliaciones bancarias. Había ido a la universidad sólo para aprender a hacer esta mierda, así que lo hizo. Eventualmente. Sólo tuvo que forzarse a sentarse y pasar por todo eso.

-- Si tú lo dices, okay. -- No había rastro de humor en la cara de Derek ahora. -- Sé que consideras esa oficina el espacio sagrado de mamá, pero se ha ido. Se fue hace casi un año. Es hora de seguir adelante. Dirijo un negocio, y te lo digo, si no te pones encima de ese montón de papeleo, las cosas se pondrán feas. --

-- Lo tengo. ¿De acuerdo? Retrocede y dame un poco de espacio. -- Jake

tomó un sorbo de su propia sustancia viscosa verde y apretó el puño sobre su muslo. Derek tenía razón, esa habitación era la habitación de su madre, y Jake no quería que nadie más se metiera en ella. No quería las cosas de nadie más ahí. No quería el bolso de una secretaria, ni el abrigo de un contador en el gancho. Él no quería que nadie reorganizara los archivadores de su mamá ni que se ensuciara la forma en que a ella le gustaba apilar los bolígrafos y lápices en los cajones. Cuando él estaba en su casa, todavía se sentía como si su mamá estuviera allí, como si en cualquier momento pudiese verla caminar a la vuelta de una esquina en cualquier momento y sonreír. Y no estaba listo para dejarlo pasar. Todavía no. De hecho, ni siquiera había derribado su habitación todavía, y seguía durmiendo en su antigua habitación en lugar de en la suite principal.

Claire tenía razón, no le gustaba el cambio.

-- ¿Qué vas a hacer con tu otro problema? -- Derek bebió cerca de la mitad de la sustancia viscosa verde y sostuvo el vaso medio lleno sobre su muslo. Dejó caer su cabeza hacia atrás en la parte trasera del columpio y cerró los ojos como si el mundo siguiera girando.

-- ¿Qué otro problema? --

Derek resopló, pero no abrió los ojos. -- Claire. --

Jake se giró para mirar fijamente el exterior del granero rojo y blanco de dos pisos. El edificio parecía la estrella de una revista de estilo de vida campestre. Todo el rancho era así. Árboles por todas partes. El olor del pino y el aire fresco de la montaña. Pintoresco, así lo llamaba Claire cuando estaban en la secundaria. Imagen perfecta.

Y habría sido perfecto, si se hubiera quedado. Ya se habría casado con ella, tendría un par de hijos gritando y causando problemas. Habría tenido todo lo que siempre quiso, y lo más importante, habría tenido a Claire calentando su cama todas las noches.

¿Qué iba a hacer con Claire?

-- Al diablo, si lo sé. -- ¿Qué pasa con el corazón a corazón? --

-- Mira, sé que Chance no está aquí y él es con quien normalmente hablas de esta mierda. Pero, te conozco, hombre. Sé que la amas. -- Derek giró su cuello para poder mirar a Jake sin levantar la cabeza. Los ojos marrones oscuros de Derek parecían charcos casi negros. -- Pero ella no se quedara, Jake. Así que si te acuestas con ella, asegúrate de que sea por la razón correcta. --

-- ¿Y qué es eso? -- Debería ser más fuerte. Debería decirse a sí mismo

que no y marcharse. Pero algo sobre estar con Claire el otro día lo volvió a poner del revés. Entonces su estúpido hermano, Mitchell, tuvo que abrir la maldita boca y hacer que Jake se preguntara si Claire todavía sentía algo por él.

Derek suspiró y volvió a cerrar los ojos, volviendo su cabeza a la posición de mirar fijamente al techo. -- Porque eres un maldito masoquista y no tienes ganas de ahorrarte una tonelada de dolor. --

Jake volvió a sorber su bebida y miró las nubes blancas hinchadas a la deriva en un cielo azul perfecto. -- Tal vez Mitchell tenga razón y yo sólo necesito sacarla de mi sistema. --

-- Mitchell es un idiota. Acostarte con Claire hará que la quieras más. Y nada ha cambiado desde que se fue. Aún quieres vivir aquí, criar caballos, casarte y tener hijos. Ella todavía quiere irse. Fin de la historia. --

Jake no tenía una respuesta para eso, al menos no una que pudiera admitir ante su hermano. Quererla más no era posible. Ya la deseaba tanto que apenas podía respirar. Acostarse con ella de nuevo no iba a cambiar eso, o empeorarlo. Su hambre de tocarla no podía ser peor.

Si Derek o Chance hubieran dicho que Claire seguía interesada, habría ignorado el comentario de su hermano sobre acostarse con Claire como una de las peores ideas en la historia de la humanidad. Pero Mitchell conocía a las mujeres, entendía exactamente lo que las hacía funcionar. Llamaron a Jake un susurrador de caballos. Si eso fuera cierto, entonces Mitchell era un susurrador de mujeres. Veía cosas que nadie más ve. Descubría lo que las mujeres pensaban mejor que los otros chicos Walker. Imbécil. Realmente no era justo.

Si Mitchell dijo que Jake tenía la oportunidad de estar con Claire, entonces había una razón. Mitchell debe haber visto algo en su expresión, o ella le había dicho algo.

Jake quería desesperadamente saber qué era ese algo. Porque si Claire aún sentía algo por él, todo lo que se había dicho durante los últimos siete años estaba mal. Tal vez ya estaba lista para sentar cabeza. Tal vez había cambiado de opinión sobre volver a casa. Tal vez ya había visto suficiente del mundo. Tal vez.

A los diecisiete años, ella le rompió el corazón. Inmediatamente se dio cuenta de que no había visto todas las señales. Ella había aplicado a más de una docena de escuelas fuera del estado. Hablaba sin parar de viajar por el mundo. Ella lo mantuvo a distancia hasta que él la empujó hacia él. Estaba tan

cansado de estar atrapado en la zona de amigos que forzó el asunto. Él la había besado, y ella se había rendido. Sabía que ella lo amaba. Eso era un hecho. Pero cuando le quitó la virginidad, pensó que ella se quedaría, como si tener sexo fuera a atarla mágicamente a él y evitar que se fuera de la ciudad, evitar que se fuera a la universidad. Él ingenuamente pensó que tener sexo la haría soñar con una vida con él, en lugar de una vida propia.

Eso está muy mal, carajo. Sólo hizo que su partida le doliera más a los dos. Demasiado tarde entendió que ella había estado tratando de protegerlo. Pero Claire siempre había sido más inteligente que él en muchas cosas.

-- Bueno, supongo que me apetece el dolor. Voy a ir a hablar con ella. --

-- Es tu funeral. -- Derek se levantó y tomó su taza de café medio llena de la mesa. -- Me voy de aquí. Tengo tres trabajos personalizados esperándome. --
-- Extendió el vaso verde vacío a su hermano. -- Gracias por dejarme dormir aquí. --

-- Estabas demasiado borracho para conducir a casa. --

-- Sí. Lo que significa que mi Jeep sigue en el bar. ¿Puedes llevarme a la ciudad? --

-- Claro. Sólo dame unos minutos. --

-- Te daré diez. Puedes terminar y volver a metértelo en los pantalones para entonces, ¿verdad? -- Derek sonrió y Jake apiló su vaso vacío sobre el de Derek para que su hermano mayor lo llevara a la cocina.

-- No estás ayudando. --

-- Lo intenté. No es mi culpa que seas un imbécil maricón. --

-- Imbécil. -- La sonrisa de Derek era contagiosa, pero Jake esperó a que su hermano desapareciera dentro de la casa antes de dirigirse al granero. No hay necesidad de una audiencia para presenciar este naufragio.

Claire tenía las puertas del granero cerradas y le tomó un minuto a sus ojos ajustarse a la luz tenue una vez que entró. Los caballos estaban cómodos en sus establos con cubos llenos de avena. Mindy debe haberles dado de desayunar a todos.

Buscó en el granero a la mujer mayor, pero ahora estaba vacío excepto por los caballos, y Claire. La oyó antes de verla. La punta de un cepillo se asomó sobre la parte superior de la espalda de Starlight, viajó por el costado del caballo y desapareció. Claire se acercó a la yegua mientras la cepillaba, y el suave sonido de la voz de Claire agitó los ánimos. Cuanto más tiempo escuchaba, más duro se ponía.

Jake se movió silenciosamente por el pasillo central, agradecido de que

los caballos a ambos lados de él estaban demasiado ocupados comiendo para darle su saludo habitual. Se acercó incluso al puesto de Starlight y se apoyó en la viga de madera frente a la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Observando. Escuchando. Esperando.

Esperaría ahí y hablaría con ella, a ver si podía averiguar de qué hablaba Mitchell. Tal vez sólo necesitaba presionarla un poco, irritarla.

Tal vez un beso o dos haría temblar su autocontrol súper estricto...

CAPITULO 6

Claire tarareó suavemente a Starlight mientras terminaba de cepillar la preciosa melena de la yegua y le daba de comer la última rebanada de manzana que había guardado escondida en el bolsillo de su sudadera. El aire fresco de la mañana la tomo de las manos y le acaricio las mejillas como si fueran amigos perdidos. Echaba de menos este aire seco y el cambio de estaciones. El sur de California era hermoso, pero todos los días eran iguales: soleado, lo suficientemente cálido para pantalones cortos, y predecible. Habían pasado siete años desde que ella había estado rodeada por el olor del heno, los caballos, y el aire de la mañana, tan crujiente que olía a hielo, incluso en el verano. Los picos de las montañas todavía estaban cubiertos de una capa blanca de nieve y la nieve se aferraba a los bordes de las zanjas y a la sombra en el lado norte de los troncos de los árboles más grandes. Echaba de menos el olor de los pinos, la salvia y la nieve.

-- Yo también te extrañé, chica. -- Frotó la nariz de Starlight y le dio unas palmaditas en el lomo mientras guardaba el cepillo en la bolsa que colgaba a un costado del gran recinto. El cubo y el agua de Starlight estaban llenos y no había nada más que hacer aquí, no había más excusas que pudiera usar para retrasar el regreso a casa. No más arrastrar los pies con la estúpida esperanza de que pueda ver a Jake.

Abrió el corral y salió al centro del granero, caminando hacia atrás para poder cerrar la puerta detrás de ella. -- Te veré mañana. --

Starlight relinchó y puso su gran cabeza sobre la parte superior de la puerta como última palabra. Claire sintió una alegría agrisulce al volver a estar con la yegua. -- Lo sé, chica. Lo siento mucho. Ojalá pudiera quedarme

más tiempo. --

-- ¿Entonces por qué no lo haces? -- La pregunta de Jake la había agarrado desprevenida, y esperaba sólo estar escuchando cosas. Sin suerte, el vaquero grande y guapo se paró a menos de tres pasos de distancia, luciendo tan sexy como recordaba, con botas, vaqueros y una camisa de cuadros escoceses con el azul justo para resaltar el tono de sus ojos. Su cara se asomó por debajo del borde de un sombrero de vaquero bronceado, sus vaqueros abrazaban sus muslos duros como una segunda piel. Era material de fantasía. Y él estaba hablando con ella.

-- ¿Qué? -- Claire dio un paso atrás y se topó con el puesto de Starlight. -- Hola, Jake. No sabía que estabas aquí. --

-- Obviamente, porque es la primera vez que oigo hablar a la verdadera Claire desde que llegaste a casa. --

-- Esta no es mi casa, Jake. Ya no más. --

-- ¿Por qué no has vuelto de visita? Siete años, y ni siquiera viniste a casa para Navidad. -- Jake estaba recostado con los brazos cruzados sobre el pecho y una rodilla doblada. Usó su pierna doblada para tomar impulso desde la viga de madera para poder dar un paso hacia ella. -- ¿Tienes miedo de volver a verme? ¿Te sientes culpable? --

-- No. No te tengo miedo. Rompimos. Eso es todo. -- Claire metió las manos en los bolsillos de la sudadera para asegurarse de que Jake no las viera temblar. -- Ocurre en todo el mundo, todos los días. --

-- Nunca fuiste una buena mentirosa, Claire. Me has estado evitando durante siete años. ¿Por qué? -- Se acercó, y con un par de pulgadas de altura añadidas por sus botas, sus seis-cuatro pulgadas se elevaban sobre ella. Dios, sí que era guapo. Y grande. Y tan hermoso que dolía mirarlo.

Habría retrocedido, pero no tenía adónde ir. Sintió la puerta del corral de Starlight apretarse contra su espalda, y la cabeza de la gran yegua bajó para descansar sobre su hombro izquierdo en solidaridad. Era como si la yegua supiera que necesitaba una amiga ahora mismo. Apoyo femenino.

Jake cerró la distancia entre ellos hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para alcanzar por encima de su hombro y acariciar la cabeza de Starlight. La yegua relinchaba y hablaba con Jake como si fuera un viejo amigo. Traidora.

Cuando Jake saludó a la yegua y robó todo el aire del pequeño espacio que los separaba, le devolvió la atención, y ella deseó no haberlo hecho. Sus ojos azules de bebé, por lo general tan abiertos y tranquilos, listos para reír, eran

duros y exigentes. -- ¿Qué pasa contigo, Claire? ¿Intentas volverme loco? --

¿Ella lo estaba volviendo loco? Claire respiró hondo en un intento de reunir su ingenio, pero se dio cuenta de que eso era lo peor que podía haber hecho, ya que el olor de pino y cuero de Jake llenaba su cabeza y nublaba sus sentidos. Él olía tan bien, que ella sólo quería presionar su cara contra su cuello y respirarle allí durante horas.

Jake dejó caer su mano derecha de la yegua y se movió de modo que la tenía atrapada, con un brazo a cada lado de su cabeza. Era alta, acostumbraba a mirar a los ojos a la mayoría de los hombres, incluso a unos pocos más bajos que ella, pero Jake se asomaba sobre ella, y su ira apenas reprimida irradiaba de su cuerpo como olas de calor. Literalmente podía sentir la intensidad de sus emociones girando bajo la superficie.

Su cara estaba tan cerca que todo lo que ella tenía que hacer, si quería besarlo, era inclinarse un poco. Sólo unos centímetros. Y con ese pensamiento traidor, su mirada se dirigió a inspeccionar su boca.

Dios, ella extrañaba su boca.

-- ¿Claire? --

-- ¿Qué? -- Ella levantó la mirada y quedó atrapada por el calor y la atención que vio en sus ojos. Estaba cien por ciento concentrado en ella ahora mismo.

-- ¿Vas a contestarme? --

-- No estoy haciendo nada, Jake. -- Ella bajó la mirada a su pecho porque sabía que estaba a punto de mentirle de nuevo, y no podía mirarlo a los ojos mientras lo hacía. -- Rompimos. Me fui. Siento que no funcionara entre nosotros. --

Jake se inclinó más cerca, hasta que sus labios rozaron su mejilla mientras hacía su siguiente pregunta. -- ¿Y ahora? ¿Podrían funcionar las cosas ahora? -

-- ¿Y ahora qué? Nada ha cambiado. -- Oh, mierda. ¿Adónde quería llegar con esto? Y por qué no pudo encontrar la fuerza para decirle que la dejara en paz y que la dejara ir.

Porque en sus brazos estaba exactamente donde ella quería estar.

-- ¿Te vas en tres semanas? -- Susurró la pregunta contra su oído y el calor de su aliento le hizo temblar la piel.

-- Sí. Me voy en tres semanas. --

-- Dame tres semanas, Claire. --

-- ¿Qué? -- Iba a hiperventilar si su corazón intentaba latir más rápido. O

peor aún, golpearía tan fuerte que Jake lo oiría.

Levantó sus manos de la puerta y las deslizó detrás de la espalda de ella. Cuando ella miró hacia arriba, sus miradas se cerraron y él tiró de su cuerpo cada vez más cerca, hasta que estaban cadera a cadera y pecho a pecho. Su erección era sólida y ansiosa por saludarla, y ella retuvo un gemido mientras su cuerpo ardía en llamas en aquel contacto íntimo.

Su mente podía gritar todo lo que quisiera, pero su cuerpo conocía estos brazos y este olor. Su corazón se apretó con la necesidad mientras los recuerdos de la gruesa longitud de Jake poseyendola se elevaban a la vanguardia de su conciencia. Habían sido siete largos años, pero ella podía recordar cada toque de las grandes manos de Jake, cada caricia de sus labios, cada sensación como si fuera ayer.

Incapaz de negarse a sí misma el placer de estar en los brazos de Jake, no se resistió ni lo alejó.

Ella sabía lo que se avecinaba, y lo deseaba tanto que habría vendido su alma para conseguirlo.

Y entonces, sucedió. Jake apretó sus labios contra los de ella y ella estaba demasiado hambrienta como para recordar todas las razones por las que no debía besarlo.

Con un suave llanto, ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y se abrió a su beso mientras él la probaba y exploraba. La besó como un hombre hambriento de su sabor, un hombre que necesitaba su toque tanto como necesitaba del aire.

Continuó hasta que Claire se mareó, jadeó y no pudo pensar. Por fin, rompió el beso y descansaron con sus frentes apretadas y el aire caliente entre sus labios mezclándose en el espacio entre sus labios.

-- Te deseo, Claire. --

Ella se puso rígida y trató de retroceder, pero él se negó a dejarla ir, sus brazos eran fuertes como el acero a sus espaldas. -- No, de ninguna manera. No puedo hacer esto. Me voy en tres semanas. --

-- Lo sé. Pero aún me quieres. Y te quiero a ti. Estamos solteros. Libres. Saquemos esta cosa de nuestros sistemas. -- La besó de nuevo, un suave y persistente beso en sus labios y ella suspiró cuando él se alejó. -- ¿Has oído hablar de los amigos con beneficios? --

-- ¿Pero...? -- Antes de que pudiera encadenar tres palabras, Jake la besó de nuevo.

-- No pienses en ello, Claire. Sólo quédate conmigo. Tres semanas. Es

todo lo que pido. Sin ataduras. Nada de tonterías. Sólo sexo. --

-- Me voy, Jake. --

-- Lo sé. -- Se acercó y la besó en la nariz, -- pero tú me vuelves loco. Somos explosivos juntos. El sexo sería intenso. Y te quiero en mi cama, aunque sólo sea por tres semanas. --

-- No importa cuántos orgasmos tenga, no cambiaré de opinión. No puedo quedarme. Aún queremos cosas diferentes, Jake. Nuestras vidas no funcionarán juntas. -- El corazón de Claire latía con fuerza y la discusión entre su corazón y su cabeza se había convertido en un completo colapso mental. Su cabeza no iba a ganar esta vez.

-- Lo sé. No estoy pidiendo nada más. Sólo tres semanas. Lo prometo. --

Claire agitó la cabeza. Esto fue una locura. -- No lo sé. --

Jake besó su mejilla y retrocedió. -- Piénsalo, ¿de acuerdo? Ven a cabalgar conmigo mañana por la mañana. Puedes montar a Starlight y yo me encargaré de Widowmaker. Puedes decirme lo que decidas mañana. --

Claire asintió con la cabeza y salió corriendo. Jake, todo suyo, durante tres semanas ¿Sin ataduras? Si se quedaba un minuto más en el granero, tiraría a Jake al heno y se treparía sobre él como una ninfómana.

Le dolería cuando se fuera, pero irse iba a arrancarle el corazón de todos modos. Igual que la última vez.

¿Pero tres semanas con Jake? Ella ya sabía cuál iba a ser su respuesta. Ella nunca había dejado de amarlo. Ella lo quería de todas las formas posibles. Esta era una oferta a la que no sería lo suficientemente estúpida como para rechazar.



CLAIRE SE INCLINÓ MÁS ABAJO sobre el cuello de Starlight y trató de superar al gran semental que los perseguía, y al sexy vaquero en la silla de montar. Ella sonrió por encima de su hombro y se rió cuando lo vio levantar las riendas para dejarla ganar.

Las pezuñas de sus caballos golpeaban el suelo duro y seco como tormentas eléctricas en miniatura mientras ella corría con Jake de vuelta a los

establos. Starlight era rápida, pero doce años mayor que el semental, y más baja. Widowmaker tuvo que cargar con mucho más peso. Jake tenía seis-cuatro pulgadas y era grueso en el pecho y la espalda. Era fuerte, tan fuerte que solía levantarla sobre su cabeza y tirarla al heno antes de besarla. Y ella no era exactamente una mujer pequeña.

Esa fuerza era sólo una cosa más que ella amaba de él, una cosa más que iba a extrañar cuando se fuera.

De vuelta en el establo, trabajaron rápida y eficientemente para cuidar de los caballos y el equipo. Volver a caer en el viejo ritmo era tan fácil, tan cómodo. Él tomó las monturas, ella las tachuela. Él revisó las patas y la salud general de los caballos mientras ella les daba golosinas y les decía tonterías.

Tan familiar. Tan perfecto. Todo con Jake siempre se sintió como en casa para ella.

Desde ese beso en el granero de ayer, no había podido comer, ni dormir, ni pensar en nada más que en estar con él de nuevo. Incluso ahora, en el aire fresco de la mañana, con sus manos entumecidas dentro de sus guantes, sus mejillas ardiendo en el viento, y sus piernas gritando de dolor porque había pasado tanto tiempo desde que se había montado, se sentía caliente, tan caliente por Jake Walker.

Cuando terminaron y se ocuparon de ambos caballos, Jake le dio esa mirada particular y ella se quedó quieta como una estatua mientras él cerraba la distancia entre ellos.

-- Vamos. Vamos adentro. --

-- De acuerdo. --

La tomó de la mano y la llevó a la casa grande, al cuarto junto a la puerta trasera. Ambos saltaron de un lado a otro, quitándose las botas, que estaban cubiertas de barro del arroyo, excremento de caballo y heno. Jake la ayudó a quitarse la sudadera con capucha, se la tiró por encima de la cabeza cuando se atascó y la colgó en una estaca de madera mientras rellenaba su sombrero y los guantes de montar en un cubículo justo encima de ella.

-- ¿Chocolate caliente? --

-- ¿Qué tal un café? -- Necesitaba cafeína, no azúcar.

Jake levantó una ceja. -- ¿Estás segura? Tengo malvaviscos. --

-- Estoy segura. --

-- Vamos. -- Jake la llevó de la mano a la cocina grande y abierta. La isla en el centro estaba desnuda excepto por un bloque de cuchillos y una tabla de cortar incorporada al lado de un fregadero de acero inoxidable donde ambos

se lavaron las manos. Los armarios eran de roble dorado y los mostradores de un mármol marrón, gris y amarillo. La habitación era luminosa y alegre, como lo había sido la Sra. Walker.

Claire pasó su mano por el mostrador de mármol liso y sonrió. -- Esta siempre fue mi habitación favorita. Me recuerda a tu madre. -- La madre de Jake había pasado incontables horas horneando y regañando a sus hijos en esta habitación. La mesa sencilla y las sillas de madera aún mantenían su lugar de honor al otro lado de la cocina, junto a un gran ventanal. Claire había pasado muchas horas felices sentada junto a Jake en esa mesa haciendo los deberes, luchando con ecuaciones cuadráticas o pinchando insectos indefensos con agujas para un proyecto de ciencias.

-- Yo también. Prácticamente vivía aquí. -- Jake le sonrió encima de la cafetera. Dosificó algunas cucharadas de café molido en la máquina y la encendió. El agudo olor del café llenó el aire mientras sacaba dos tazas grandes del gabinete. Claire mantuvo sus manos ocupadas caminando hacia la despensa y agarrando el azúcar. Una vez que dejó eso, abrió el cajón y seleccionó dos cucharas.

Todavía sabía dónde estaba todo. Los cubiertos y las copas de vino. El especiero y las bandejas para hornear. -- Todo sigue en el mismo lugar. --

-- A mamá no le gustaban los cambios. --

Claire se rió cuando vio que un montón de correo sin abrir aún estaba en la misma canasta, en la misma esquina del mostrador. -- Tú tampoco. -- No le gustaban los cambios. A Jake le gustaban las zapatillas viejas y las colchas gastadas. No le gustaban las botas nuevas hasta usarlas durante al menos seis meses, y había usado el mismo desodorante y la misma colonia desde que tenía trece años.

-- Eso es verdad. -- Jake sirvió dos tazas de café y se acercó para darle una de ellas. -- No sé cómo tomas tu café. No solías beberlo. --

Temblando un poco, Claire tomó la taza y se empapó de la calidez de estar tan cerca de él. Sus dedos estaban fríos y el piso de baldosas no le ayudaba a calentar los pies. -- Yo lo haré. Gracias. --

Mientras Jake observaba cada movimiento, Claire midió dos cucharaditas de azúcar en su taza y la remató con la mitad y la otra mitad que Jake le dio cuando terminó con ella. Ella levantó el azucarero, pero él agitó la cabeza.

-- No, gracias. Ya soy lo suficientemente dulce. --

Claire tomó un sorbo de su propio café y suspiró de felicidad. Café caliente. La cocina de Jake. Jake. Esto se sentía como en casa otra vez, como

en los viejos tiempos, al menos por el momento.

-- Vamos. -- Jake inclinó la cabeza hacia la sala de estar y Claire lo siguió al espacio hogareño que ella conocía casi tan bien como su propia casa.

Dos grandes sofás estaban uno frente al otro con una mesa rectangular entre ellos. Una gran chimenea ocupaba la mitad de la pared en un extremo de la habitación, y un televisor gigante colgaba de la pared al otro lado. Sobre los respaldos de los sofás se habían colgado mantas de estilo suroeste y la habitación estaba decorada con caballos de todas las formas, pequeñas estatuas, colgadas en las paredes, y entretejidas en la alfombra del área que cubría el piso.

En el centro de la mesa había una solitaria botella de soda vacía.

-- ¿Es eso...? -- Mierda. ¿Lo había guardado?

-- Sí. --

-- Oh, no. -- Claire dio un paso atrás, pero demasiado tarde. Jake cerró las puertas de doble vidrio detrás de ella, encerrándolos en la habitación. Las ventanas estaban colgadas con cizallas unidireccionales y las puertas de vidrio estaban cubiertas con persianas. Estarían completamente solos. Incluso si alguno de sus hombres entrara en la casa desde fuera, no podrían entrar. Claire lo sabía, porque le había dado a Jake su virginidad en esa alfombra hace siete años.

Y al igual que esa noche, hace tanto tiempo, Jake hizo clic en la cerradura de la puerta, lanzando la mente de Claire en un flashback. Cuerpos calientes retorciéndose en el suelo frente a la chimenea. Jake cubriendo su cuerpo, tomando su inocencia como ella tomó la de él, ambos demasiado abrumados por la emoción para hablar. Cerró los ojos para bloquear la imagen de la chimenea, pero no era lo correcto. La habitación olía a cuero y... a él.

-- Esto fue una mala idea. -- La voz de Claire sonaba de pánico y no había nada que pudiera hacer al respecto. Sola. Con Jake.

Jake se quedó helado. -- Entonces, ¿esa es tu respuesta? ¿No? --

Claire se acercó al sofá y se sentó. Puso su taza de café en la mesa, justo al lado de esa botella de refresco de cuello largo que la había ayudado a entregarse a Jake todos esos años atrás. Miró fijamente la botella de vidrio durante un minuto. Ella todavía quería a Jake. Ella sabía que estar con él iba a doler. Pero ahora, era el momento de adaptarse y poner las cosas en marcha. Podría sentarse aquí recordando el pasado y todo lo que había perdido... o podría girar esa botella y desnudar a Jake.

Se acercó y dejó la botella sobre su costado. Con un movimiento de

muñeca la movió girándola en un círculo perfecto. -- Siéntate, Jake. --

-- ¿Todavía recuerdas las reglas? -- Jake abandonó su puesto en la puerta y se hundió junto a ella en el sofá, como la última vez.

-- El lado oeste de la mesa soy yo, el lado este eres tú. -- Cuando la botella dejó de girar, estaba apuntando directamente a ella, y cerró los ojos en anticipación cuando Jake susurró la pregunta que le había causado a su corazón todos los problemas que podía manejar. Sólo tres palabras. No eran -- Te amo -- , pero estas tres palabras eran muy poderosas, y mucho más peligrosas en este momento.

-- ¿Verdad o reto? --

CAPITULO 7

Jake dejó su taza de café al otro lado de la mesa y esperó su respuesta. ¿Verdad o reto?

-- Reto. --

Esa era la respuesta que quería, y no podía evitar que la sonrisa se extendiera por su cara, o que la erección cobrara vida en sus pantalones. -- Arrástrate a mi regazo y súbete a mí. --

Claire levantó una ceja, pero se levantó de donde había estado posada en el borde del sofá y se movió para pararse frente a él. -- Eres un hombre peligroso, Jake Walker. --

-- Justo aquí. -- Jake se inclinó lo más atrás posible en el cojín del sofá y se dio palmaditas en el muslo mientras esperaba, como un adolescente sobrecargado, a que la mujer de sus sueños se subiera a su regazo. Así es como empezaron las cosas entre ellos la última vez. Exactamente igual. Luego la había besado, y todo el infierno se habría desatado dentro de él. Y al igual que aquella fatídica noche de hace siete años, lo había planeado con antelación. Tenía dos condones en el bolsillo y una manta suave escondida, lista para extenderse en el suelo frente a la chimenea.

Claire colocó sus manos sobre sus hombros mientras ella se posaba en su regazo. Estaban frente a frente ahora, y un toque de naranja se burló de él por la trenza que descansaba sobre su hombro. Le dolía tocarla y no podía resistir la tentación de subir y bajar sus manos por la parte exterior de sus muslos. Él quería tomarla de los lados, agarrar su trasero y acarrear su cuerpo hacia arriba apretado contra su erección, pero esperó, saboreando el momento.

-- ¿Ahora qué? -- Sus ojos marrones oscuros cayeron a sus labios, pero él

negó ambos. Todavía no. Se estaba divirtiendo demasiado.

-- Mi turno. --

-- No puedes alcanzar la botella. -- Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

-- Entonces, supongo que tendrás que alcanzarla y girarla para mí. --

-- No me dejes caer. -- Su mirada burlona se entrecerró con la suya mientras ella se inclinaba hacia atrás, apartando la espalda de él, para alcanzar la botella que estaba sobre la mesa y ponerla a girar. El dobladillo de su camisa llegaba justo por encima de su cintura y Jake no pudo resistirse a mover su mano hasta la piel desnuda de su cintura para soportar su peso.

-- ¿Alguna vez lo he hecho? --

Sus ojos se nublaron y ella miró hacia otro lado, mirando la botella girar sobre la mesa. No es lo correcto, imbécil. La había lastimado antes, empujando, igual que ahora. Ella trató de mantenerlo a distancia en la escuela secundaria, trató de mantener su relación platónica, pero él no estaba contento con eso. Él quería más. Él la quería a ella.

Pero la vida en el rancho y sus ambiciones profesionales no encajaban. Él lo sabía. Siempre lo supo. Pero él quería lo que quería, y como un idiota miope de diecisiete años, había conseguido exactamente lo que quería... Claire, desnuda y más caliente que el fuego que había ardido en la rejilla la noche que se la llevó.

El sonido de la botella zumbando sobre la mesa de madera llena la habitación. Miró fijamente la delicada curvatura de su mandíbula y la suave curvatura de sus labios durante un momento antes de ver como la botella se detenía. Ella cambió su peso y él sofocó un gemido mientras presionaba su entrepierna, con fuerza, sobre su regazo.

-- ¿Verdad o reto, Jake? -- Su pregunta sin aliento hizo que su pulso subiera un poco. Y por mucho que él quisiera saber a qué lo retaría ella a hacer a continuación, él también necesitaba saber lo que estaba pasando por su cabeza. Durante diez años, ella le había contado todo. Todo. Entonces había sido estúpido e impaciente y lo había arruinado todo. Ya no era tan arrogante como antes. Sólo tenía que convencerla de que podían volver a ser amigos, de que ella podía volver a confiar en él.

-- Verdad. --

La cabeza de Claire le dio latigazos y ella lo miró fijamente, tomándose su tiempo para considerar su pregunta. Ella sólo tiene una oportunidad. Esas eran las reglas. La mirada en sus ojos se profundizó de excitada a seria.

-- ¿Por qué haces esto, Jake? --

Oh, mierda. La Claire que conoció a los diecisiete nunca le habría hecho esa pregunta de frente. ¿Cómo demonios iba a responder sin asustarla o sonar como un imbécil? Tonto. Debería haber aceptado un reto.

Sosteniendo su mirada, levantó sus manos para enmarcar su cara antes de jalarla suavemente hacia él. Redireccionar. Esa era su única opción segura, porque en algún momento entre ese beso ardiente en el granero ayer y ese momento se había dado cuenta de la verdad.

La verdad era el anillo de diamantes en el cajón superior de su cómoda en una caja de terciopelo negro. Quería que volviera a casa. Quería que se quedara.

¿Fue una tontería? ¿Irracional? ¿Imposible? Sí. Todas esas cosas, pero él no podía decirle eso. A su corazón no le importaba. Cuando se trataba de Claire, su corazón siempre había dominado su cabeza. Algunas cosas nunca cambiaron.

-- Esta es la razón. -- Jake la empujó hacia él y le reclamó los labios. No se contuvo, no esta vez. En el granero, tenía miedo de asustarla. Pero ahora, puso siete años de anhelo en ese beso. Quería que supiera a qué sabía la desesperación.

Claire le abrazó la cabeza y le dio todo lo que quería. Ella se abrió a él y le permitió saborear y explorar, saquear y reclamar. Cada instinto primario que él había rugido a la vida mientras la mantenía en su lugar y exigía rendición.

Pero esta vez no era una chica inexperta, y se echó hacia atrás, su lengua y sus labios enfrentándose a su pasión empuje a empuje. Ella dio, y exigió en igual medida, el flujo y reflujo de la sumisión y la agresión sintonizó todo su cuerpo con el de ella hasta que el mundo se desvaneció. Ya no sintió el sofá a su espalda ni oyó ningún ruido, sino los gemidos temblorosos que se le escapaban de los labios. Cuando sus manos llegaron a los botones de su camisa, no tenía intención de resistirse a ella.

Acercándose a la camisa de ella, sus manos temblorosas jugaron con los botones de ella hasta que quitó los tres primeros. Impaciente, agarró el dobladillo y lo levantó por encima de su cabeza para revelar su suave franelilla rosa. Antes de que ella pudiera alcanzar de nuevo su camisa, él la tiró hasta que ella levantó los brazos de nuevo y también pudo tirar de la delgada tela elástica sobre su cabeza. Las camisas cayeron, olvidadas, al suelo al ver su sostén rosado de encaje y sus hombros desnudos. Tanta piel, y

quería probar cada centímetro.

Se inclinó hacia delante y mordisqueó su camino a lo largo de su clavícula hasta su cuello, animado por su suave suspiro mientras ella dejaba caer su cabeza hacia atrás para darle más acceso.

Demonios, sí.

-- Te deseo, Jake. --

Él no contestó, sólo besó y chupó su suave piel hasta que ella se retorció fuera de su regazo.

-- ¿Qué...? -- Jake la alcanzó, pero ella lo detuvo con un ligero movimiento de cabeza. Sexy como el infierno, ella desenrolló su pelo de la trenza hasta que las ondas oscuras largas cayeron más allá de su hombro, parecía una diosa hecha realidad. Sonriéndole ahora, se desenganchó el sostén y lo dejó caer al suelo junto a su camisa. Él la agarró de nuevo, y ella agarró sus manos, levantándolas para ahuecar el peso pesado de sus pechos llenos. Rastreó sus pezones con sus pulgares, deseoso de arrastrarla de vuelta a su regazo, pero sus manos cayeron a su cintura y ella tiró de sus vaqueros para pararse desnuda ante él.

Mierda.

-- Dije que te deseo. --

Jake amasó sus pechos, satisfecho con la forma en que ella presionaba hacia adelante, al tacto. -- Estoy justo aquí. --

-- Ahora mismo. -- Se arrodilló frente al sofá y cogió el botón de sus vaqueros. Ella lo miró como si fuera su caramelo favorito mientras le quitaba las dos capas de la camisa, sobre su cabeza en un movimiento rápido y eficiente mientras ella le desabrochaba y le bajaba la cremallera de los pantalones. Mientras ella tiraba, él levantaba las caderas y la ayudaba a desnudarlo tanto como ella.

Él estaba listo para mudarse al piso, o tirarla hacia abajo con él en el largo sofá, pero Claire tenía otros planes.

Claire estaba impaciente, apenas llevaba los pantalones por los tobillos antes de que su boca se cerrara sobre la cabeza de su pene como un relámpago líquido. Se congeló al tocarla. Que Dios lo ayude, él no pudo resistirse, no cuando ella introdujo su glande sensible en su boca, saboreándolo con su lengua, no cuando ella usó sus manos libres para apretarle el pezón y jugar con sus testículos.

La dejó salirse con la suya hasta que no pudo soportarlo más. Quería estar dentro de ella. Quería tocar...

-- Claire. Detente. -- Jake gimió, ella lo ignoró, llevándolo más profundo, hasta que su glánde golpeó la parte posterior de su garganta y casi perdió el control. Enterró sus dedos en su pelo y tiró de su cabeza hasta que ella retiró su boca. -- Jesús, Claire. --

Ella le sonrió. -- Déjame adivinar, ¿condón en tu bolsillo delantero izquierdo? --

Sin esperar una respuesta, buscó el condón en el bolsillo de sus vaqueros y lo levantó triunfante. -- Lo sabía. --

La conmoción lo mantuvo quieto. ¿Era realmente tan predecible?

Antes de que pudiera recuperarse de ese pensamiento, Claire ya había colocado el condón y estaba subiéndolo de nuevo a su regazo. -- Claire, esto no es... --

-- ¿Qué, Jake? ¿No quieres esto? -- A horcajadas sobre él ahora, la frente de Claire se apretaba contra la suya mientras inclinaba sus caderas y frotaba su húmedo núcleo sobre la parte superior de su dura longitud. Ella se hundió sobre él, de modo que sólo la punta de su dura longitud entró en su cuerpo. -- ¿Quieres que pare? -- Respiró la pregunta con sus labios rozando los de él.

¿Quería que parara? Diablos, no. Pero esta no era la forma en que se imaginaba las cosas entre ellos. Esto no era lo que él tenía en mente, pero no podía evitar querer que ella tomara cada centímetro de su dura entrepierna tan profundo como pudiera.

-- No te detengas. Móntame. -- No había mucho que pudiera soportar, y su cerebro estaba arruinando el momento. No está bien.

Claire se apoderó en su dura longitud y él la dejó ir despacio, sabía que era grande. Ella se deslizó hacia abajo y hacia arriba un par de veces, probando el viaje, y sus límites.

Esta no era la Claire que recordaba, suave, dulce e inocente. La chica que lo dejaría tomar el control. La chica de corazón blando que se llevó su corazón cuando se fue.

Cuando supo que ella podía manejarlo, soltó su sujeción y reclamó sus labios mientras la empujaba por primera vez. Él le robó el suave gemido de su boca y hundió sus manos en sus caderas para acercar su cuerpo al de él, para sentirla frotando contra su abdomen. Ella no le había dejado probarla, no le había dejado explorar o jugar.

Lo remediaría la próxima vez. Pero ahora mismo, ella no le negaría su liberación.

Se balanceaban uno contra el otro, demasiado fuerte, demasiado rápido,

como dos trenes desbocados incapaces de cambiar de vía o detenerse. Ella gimoteaba, tan cerca, y él sabía que no iba a durar lo suficiente como para llevársela con él, así que tomó su clítoris y la acarició, áspero y rápido. Con un agudo grito, ella pulsó alrededor de su dura longitud mientras su orgasmo la atravesaba, llevándolo justo sobre el borde con ella.

La envolvió con sus brazos alrededor de su espalda y la sostuvo quieta en su regazo, besándola una y otra vez porque tenía que hacerlo, porque no podía conseguir suficiente, porque no podía mirarla de frente, todavía no. Cuando al acto de amor y deseo terminara, tendría que mirarla a los ojos y dejarla salir de aquí.

Y demasiado tarde, sabía que sus dos hermanos tenían razón. Claire lo quería, de acuerdo. Pero la predicción de su hermano mayor fue la que prevaleció. Como siempre, las duras palabras de Derek habían sido la verdad. Se sentó, con los testículos enterrados en lo profundo de una mujer que apenas conocía. La inocente chica de ojos estrellados de la que se había enamorado hacía tiempo que había desaparecido.

¿Y qué de la mujer que acababa de atropellarlo, que había tomado exactamente lo que quería?

Claire era adulta, sexy y más sexy de lo que se había imaginado.

Y estaba metido en una mierda muy, muy profunda.

CAPITULO 8

El teléfono celular zumbando en su bolso, Claire lo sacó discretamente y miró el mensaje. Estaba en medio de una entrevista de trabajo y sabía que debía ignorarla, pero se dio cuenta de que no podía resistirse. Ella sabía, incluso antes de mirar, que el texto sería de Jake. Ayer, ella se había vuelto un poco loca con él, un poco primitiva. Pero no parecía importarle. No, le clavó sus grandes y fuertes manos en las caderas y la bajó encima de él. Duro y rápido, como ella quería.

-- ¿Quieres dar otro paseo? --

-- ¿En ti? ¿O los caballos? -- Ella apretó el botón de enviar y sonrió. ¿De dónde había salido este lado travieso? Jake parecía ser el único que podía sacárselo.

-- Los caballos primero. Luego yo. Tardaré más tiempo. --

La sonrisa se transformó en una sonrisa total antes de que ella pudiera detenerla. Mañana era martes, y estaba completamente libre. Sus dedos volaron sobre la pantalla. -- Mañana. 9:00. --

-- ¿Y si quiero montarte? --

Claire quería gritar -- ¡Sí! -- a todo pulmón, pero no se atrevió. Sí, en el piso, en el granero, sobre la parte de atrás del sofá, en la ducha, por detrás mientras ella estaba con las rodillas y manos sobre su cama, en esa alfombra frente a su chimenea, sí. Se controló y escribió dos letras. -- Sí. --

-- Tengo que probarte primero. -- Los pies de Claire dejaron de moverse mientras todo su cuerpo gritaba otro gigantesco -- ¡SI! -- a eso. El calor se extendió a través de ella al pensar en su boca, pero ella no respondió. En lugar de eso, puso el teléfono en modo avión y lo volvió a meter en su bolso,

agradecida de que el Dr. Levinson no la hubiera atrapado con el teléfono fuera. Se apresuró a alcanzar al hombre que le estaba dando un recorrido por los sótanos del museo. Jake era una distracción, una distracción caliente, sexy, totalmente inapropiada, y no podía permitirse el lujo de estar preocupada en este momento.

Los tacones altos de Claire golpearon los pisos pulidos del museo en un ritmo constante mientras ella seguía al superior del museo en el departamento de antigüedades a través del laberinto del arte y de los artefactos que el público nunca llegó a ver. El olor a humedad de las reliquias antiguas, el polvo y las cajas de madera que la rodeaban, los olores y las vistas eran familiares y reconfortantes.

-- Como pueden ver, tenemos un buen comienzo en la expansión de la exposición de Pompeya, pero necesitamos adquirir más piezas antes de poder finalizar los planos de construcción. -- El Dr. Levinson llevaba un par de caquis y un polo rojo, ambos cubiertos de polvo de cualquier proyecto que su entrevista estuviera interrumpiendo. El Dr. Levinson estaba llegando a los sesenta años, pero sus ojos eran brillantes y tenía un ingenio agudo. También tenía un doctorado de Yale y más de veinte años de experiencia en el campo. Ya había vivido la vida soñada de Claire, y esta gira le había dado hambre de volver al mundo y ensuciarse.

-- Es increíble. Sabes, mi colega Emily Davis y yo enviamos una propuesta de investigación al museo el año pasado sobre Herculano. -- La ciudad era menos conocida que Pompeya, pero había sido destruida por la misma explosión volcánica mortal que aniquiló tres ciudades. Y siempre quiso ir a Italia.

-- No sabía eso. Fantástico. ¿Has oído algo? --

-- No, pero no lo esperaba. Era una posibilidad remota. --

-- Ya veo. Déjame mostrarte el resto. -- El Dr. Levinson señaló algunas de sus piezas más impresionantes para la exposición, incluyendo un molde de yeso de dos cuerpos tomados en 1864 de los restos enterrados en Pompeya por el famoso arqueólogo Giuseppe Fiorelli. Los moldes estaban hechos de cuerpos encontrados a la vista y eran casi perfectos en sus detalles, desde la expresión en la cara del difunto hasta su vestimenta. La visión de tal angustia desnuda hizo que Claire se abrazara y temblara.

-- ¿Cómo los consiguió? No creí que permitieran que los castings salieran del país. --

-- Ah, son réplicas prestadas por el departamento de arqueología. -- Él le

sonrió. -- Tengo muy buenos amigos en Nápoles, querida. --

-- Vaya. Supongo. Estos son increíbles. --

-- Sabía que los apreciarías. --

Claire ya había respondido a todas las preguntas, enviado sus credenciales por correo electrónico y saltado a través de todos los aros. Ella había solicitado el trabajo porque el Dr. Howard Pierson, el líder de su excavación en Brasil, la había recomendado al Dr. Levinson. Habría sido grosero, y una mala política, no seguir adelante con la solicitud. Tan pronto como ella le dijo al equipo que volaría a casa a Denver y que estaría en la ciudad por un tiempo, el Dr. Pierson había hecho su llamada. Con la recomendación personal del Dr. Pierson y su extenso trabajo de campo para alguien de su edad, esta entrevista fue una formalidad, y ambos lo sabían. El trabajo en adquisiciones estaba sobre la mesa, la cuestión era si Claire iba a aceptarlo o no. Hace una semana, ni siquiera había considerado la posibilidad de mudarse a Denver. Pero hace una semana, no había estado en casa, ni se había acostado con Jake.

El Dr. Levinson completó su recorrido por los niveles inferiores y Claire quedó más impresionada. El museo era enorme, el más grande de la parte central del país, y tenía un número notable de exhibiciones y artefactos. Pero ningún museo estaba satisfecho con lo que tenían en las bóvedas. Siempre querían más. Algo nuevo y emocionante. Algo para mantener al público atravesando las puertas y a los donantes firmando cheques.

-- Gracias por la visita, doctor, estoy impresionada. --

El Dr. Levinson la llevó a su pequeña oficina y se sentó frente a ella detrás de un escritorio no mucho más grande que el que usaban la mayoría de los escolares. -- Sabía que lo estarías. Este es un buen lugar para estar, Claire. Espero que consideres unirme a nuestro equipo. --

Claire se puso de pie, pasó sus sudorosas palmas por su falda para asegurarse de que estaba recta, y extendió su mano derecha. -- Gracias. Aprecio su tiempo y la generosa oferta, pero necesito tiempo para pensarlo. -- No estoy segura de estar lista para dejar el trabajo de campo todavía. --

-- Oh, sí. Lo entiendo completamente. -- El Dr. Levinson se levantó y estrechó su mano, su agarre cálido y amigable, y su sonrisa de completo acuerdo. Él movió su mano hacia arriba y hacia abajo en el aire con entusiasmo. -- Sé lo que es ser joven y libre. Sé lo que es amar tener tierra de hace tres mil años bajo las uñas. La emoción de descubrir algo nuevo. --

-- Sí. Gracias. -- Ella soltó su mano y dio un paso atrás, enrollando ambas manos alrededor de la correa de su bolso para evitar que temblaran. Este

trabajo no estaba en las cartas para ella. El Dr. Levinson estuvo genial. El museo fue increíble, pero tendría que dejar el trabajo de campo, dejar de viajar a lugares nuevos y exóticos, estar atrapada detrás de un escritorio en un sótano por el resto de su vida. De ninguna manera. -- Pensaré en su oferta. --

-- Excelente. No vamos a tomar una decisión oficial hasta dentro de un par de semanas, así que tiene tiempo para pensarlo. Estaremos en contacto. --

Claire asintió con la cabeza y salió de su oficina, apresurándose por el pasillo hacia los ascensores que la llevarían de regreso hacia arriba y afuera. Necesitaba un poco de aire fresco.

Aceptar este trabajo arruinaría sus planes. Y todavía tenía otras tres propuestas bajo revisión. Si uno de esas se daba, estaría en un jet tan pronto como pueda hacer las maletas. No podía comprometerse con este trabajo de escritorio. De ninguna manera.

Pero podría tener a Jake.

Claire se secó una lágrima de su mejilla mientras las puertas del ascensor sonaban y entró. ¿De dónde había salido eso?

Esto no era sobre Jake. Esto era sobre ella. Había estado en varios países, incluido Egipto, y quería volver. Y había por lo menos dos docenas de países alrededor del mundo que ella quería explorar. Arraigarse y asentarse en el papel tradicional del matrimonio y cambiar pañales simplemente no le atraía. Tal vez en diez años. Tal vez no. Y no podía pedirle a Jake, ni a ningún otro hombre, que esperara tanto tiempo cuando no estaba segura de poder cambiar de opinión.

Le encantaba la aventura, viajar, explorar el mundo. Y ella no estaba lista para colgarlo, todavía no. Su carrera fue importante para ella, viendo el mundo, explorando nuevos sitios arqueológicos. Había dejado atrás al único hombre que había amado por su carrera. No iba a renunciar a sus sueños por un escritorio enterrado en una pequeña habitación del sótano de un museo. Ella podría ser una de esas antiguas reliquias allí abajo, recogiendo polvo y dejándola pudrirse.

Y por mucho que se hablaba en círculos, todo el asunto era deprimente. Ella amaba a Jake. Siempre lo había hecho. Probablemente siempre lo haría. Pero tener un hombre y formar una familia nunca sería suficiente para ella. Algunas mujeres querían esa vida, y ella las admiraba por ello. Criar una familia era difícil, y ella lo sabía. El precio emocional y físico era uno que ella definitivamente respetaba, razón por la cual había decidido que ese tipo de vida no estaba en las cartas para ella. ¿Le encantaría tener hijos y un

marido? Tal vez algún día. Pero esa simplemente no era su prioridad principal. Necesitaba más.

Ella podía verlo ahora, ella y Jake, casados y con cuatro hijos. Ella tendría un bebé grande de ojos azules en su regazo y tres pequeños adorables más sentados en esa mesa grande en la cocina de Jake, coloreando o haciendo la tarea. Cocinaba algo para la cena, lavaba la ropa y le daba el biberón al bebé al mismo tiempo. Su pelo estaría flácido por no haberse duchado por tres días, llevaría un extra de veinte libras de peso que nunca tuvo tiempo para trabajar, y los círculos debajo de sus ojos serían profundos, que ni el maquillaje podría cubrir. Su mayor aventura de la semana sería dejar el rancho y arrastrar a cuatro niños al supermercado sin perder la pista de uno de ellos, o matar a uno de ellos, y su única conversación adulta sería con su marido durante una hora por noche entre el momento en que los niños se fueran a la cama, y luego desmayarse de cansancio viendo el Discovery Channel mientras transmitían especiales de televisión que destacaban reliquias antiguas, tumbas y sitios arqueológicos que en realidad nunca llegaría a ver.

Veinte años después, seguiría queriendo a Jake y a sus hijos. Pero una parte de ella también los odiaría. Una parte profunda de ella se hincharía en descontento, luego de ira, y finalmente llegaría a resentirse con Jake, con los niños y su vida juntos.

No hay manera de que ella pudiera hacerle eso a él, o a ella misma. O a sus totalmente hipotéticos, pero adorables, futuros hijos. Eso sería cruel, egoísta y estúpido. Los niños necesitaban dos padres que los amaran y estuvieran felices de que existieran. No una madre que los miraba y viera oportunidades perdidas y sacrificios.

No, ella sabía quién era y qué necesitaba. Y no importaba lo increíbles que fueran los orgasmos con Jake, el sexo caliente con un vaquero precioso no era suficiente para ella, no importaba cuánto lo amaba.

El ascensor dejó de moverse y ella caminó a pasos agigantados hacia el camión grande de su papá. El frío viento y los escupitajos de lluvia helada le picaron la cara y las manos, tornando la blusa de seda azul que llevaba puesta como hielo azotando su piel. Las oscuras nubes grises de una tormenta al final de la tarde colgaban en el cielo sobre las llanuras, con relámpagos que se bifurcaban a través de ellas en una dramática muestra de poder que se podía ver a kilómetros de distancia. Maldita sea. Había estado soleada y fresca cuando entró al mediodía, pero se había visto forzada a estacionar el doble de distancia en la calle a dos cuadras de ahí. Esa cosa estúpida no encajaba en

esos pequeños aparcamientos del centro de la ciudad.

Temblando, se subió a la cabina y arrancó el motor diesel. Debería haberlo sabido mejor. No importaba en qué época del año fuese en Colorado, el clima siempre era soleado y cálido un minuto, cincuenta grados menos y tormentoso una hora más tarde.

Tirando de la chaqueta del traje que había descartado antes en el asiento del pasajero, la colocó sobre sus hombros y escuchó el familiar resoplido del motor, que fue un retroceso total a su infancia. Todas las mañanas, ella escuchaba este sonido fuera de la ventana de su dormitorio en el segundo piso mientras su padre se dirigía a alimentar a su puñado de ganado y caballos. Todas las mañanas a las cinco y media, como un reloj. El resto de los niños en la escuela se habían quejado de despertarse con sus alarmas, pero ella nunca había necesitado una. Siete días a la semana, su alarma había sido un motor diesel.

Confiable. Predecible. Estable. Igual que Jake.

Y Jake sería un padre increíble y un marido cariñoso y protector. Ella no dudó de él, ni por un segundo. Diablos, si eso fuera todo lo que ella quería, ya estaría casada con él.

Si pudiera tener ambas vidas, lo haría. Pero los hechos eran los hechos. Y la mentira más grande del mundo era que una persona podía tenerlo todo. Pregúntale a cualquier mujer mayor de veinte años, y te dirán que es una gran mentira. Veinticuatro horas en un día. Punto. A menos que los científicos inventaran un transportador y algo que congelara el tiempo, tenerlo todo era imposible.

Tratar de tenerlo todo haría que cualquier mujer perdiera la cabeza. Niños. Sin hijos. Casado. Soltero. Carrera. Maternidad. Demasiadas opciones.

Claire sacó su teléfono y llamó a Emily. Su amiga debería llegar a casa hoy de la excavación. Dos timbres y la voz cansada pero feliz de su amiga sonaba en el altavoz.

-- Hola, Claire. --

-- Hola. ¿Estás en casa? --

-- Durante diez hermosas horas. Todavía estoy tratando de averiguar cuándo puedo ir a dormir sin arruinar completamente mi reloj biológico. ¿Cómo está tu padre? --

Claire sonrió. -- Lo está haciendo bien. Su cirugía salió bien y debería irse a casa en unos días. --

-- Gracias a Dios. Estoy contenta. ¿Cómo es estar de vuelta? ¿Sigue por

aquí el Sr. Vaquero Caliente? -- ¿Lo has visto? --

Mierda. ¿Le había contado a Emily lo de Jake? Debe haberlo hecho. Quizás había tomado demasiado tequila durante una de sus noches de margarita y había derramado toda la trágica historia. -- Todavía está aquí. Y en realidad, estamos saliendo. --

-- Oh, Dios mío. Trabajas rápido. -- Su amiga bostezó y Claire sintió su necesidad de dormir a miles de kilómetros de distancia.

-- No es así. Fue idea suya. --

-- Umm hmm. Correcto. -- Claire oyó el estallido de una lata de refresco de aluminio al otro lado de la llamada.

-- ¿Cerveza de raíz? --

-- Mountain Dew. Necesito cafeína. Si no, no puedo estar despierta otras seis horas, como mínimo, estoy jodida. -- Emily se mantenía alejada de la cafeína la mayor parte del tiempo, bebiendo té de hierbas y agua de Seltz, ambas cosas que Claire pensaba que sabían a agua estancada. Café. Ese era su dios de los viajes.

El jet lag apestaba. No hay duda. Y ambas habían aprendido por las malas que la mejor manera de vencerlo era permanecer despiertas ese primer día el mayor tiempo humanamente posible. -- Escucha. No es gran cosa con Jake. En serio. Es sólo por dos semanas. Un trato de amigos con beneficios. --

Emily tuvo el valor de reírse de ella. -- Y pensé que eras inteligente. --

-- ¿Qué se supone que significa eso? --

-- Ustedes tienen historia. Eso lo hace un gran problema. Yo, en la playa de Cancún saliendo con un surfista que nunca volveré a ver? No es gran cosa. ¿Tú, con tu verdadero amor del instituto? ¿El único tipo que nunca superaste? Gran cosa. --

-- Cállate. --

-- No digas que no te lo advertí. --

-- Lo que sea. ¿Cómo fueron los últimos días en Brasil? ¿Cuánto conseguimos? --

-- Fue increíble. Deberías haberlo visto. Teníamos siete mesas llenas de artefactos. Casi doscientos. El señor Gomes estaba encantado, y su gente ha accedido a darnos dos años en préstamo para limpiar y mostrar antes de que tengamos que devolverlo. --

Claire rebotó de arriba a abajo en su asiento. ¿Doscientos? Esa ha sido su mejor excavación hasta ahora. -- ¿Empacaste mi marihuana? --

Emily se rió. -- No te preocupes, tu preciosa marihuana está en camino a

SoCal ahora mismo en el interior de un 747 con el Dr. Pierson y, conociéndolo, una escolta armada con armas automáticas. --

Claire trató de imaginar al súper serio profesor sentado dentro de un avión rodeado de cajas de plástico y soldados con ametralladoras. Emily tenía razón, la imagen era cómica. -- No es tan malo. Me pidió un favor y me consiguió una entrevista en el museo aquí en Denver. --

-- Perra, no. No puedes estar hablando en serio. No puedes dejarme. --

-- No lo hago. Ya sé que voy a rechazarlo. Pero deberías ver las cosas que tienen de Pompeya. --

-- No, Claire. No empieces con esa mierda de Italia otra vez. Lo intentamos y no conseguimos nada. Nos vamos a México, mujer. O Egipto. Italia no está en el radar. -- Emily tomó un sorbo muy fuerte de su refresco sólo para irritar a Claire. -- No hay hombres italianos sexys. No es una opción. --

-- Sí, sí. Lo sé. -- Claire sonrió. Habían trabajado juntas en sus propuestas de subvenciones, habían hecho una lista de los mejores sitios, los que tenían más probabilidades de ser aprobados porque no habían sido explorados a fondo. Esta vez, se habían establecido en un lugar remoto en Egipto y en un pueblo azteca poco conocido en México. Pompeya había sido un sitio de excavación durante más de doscientos cincuenta años. Aún así... -- Muy bien. Sólo quería comprobarlo. Volveré en un par de semanas. Para entonces, deberíamos saber de nuevo de la excavación azteca. --

-- De ambos. Y no te preocupes. Sólo dejaré que los gatos callejeros orinen en tu cama cada dos noches. -- Emily se rió pero Claire no estaba preocupada. Su compañera de cuarto era una persona muy ordenada y limpia. Ambas viajaban tanto que no tenían mascotas, ni siquiera peces. Además, Emily era alérgica a los gatos.

-- Nos vemos, Em. -- Claire colgó y encendió su GPS para poder buscar una ruta alternativa desde el centro de la ciudad. Demasiadas calles estrechas y unidireccionales. Y con el tráfico de la tarde, estaba condenada a pasar más tiempo del que le iba a gustar en la cabina de este camión.

Claire se metió en el tráfico y decidió dejar de enfurruñarse. Ahora mismo, tenía el mundo en la punta de los dedos. Ella quería arrastrarse en cada cueva, probar cada comida exótica, viajar por el mundo y conocer gente de nuevas culturas. Ella quería vivir la vida, no sacrificarlo todo para mantener a un hombre.

Pero de nuevo, Jake era un gran hombre.

-- Cállate, Claire. Sólo, cállate. -- Subió la radio para distraer su cabeza y no volver a hablar en círculos. Estaba cansada y hambrienta y todavía tenía que dejar algunas cosas para su madre en el hospital. Su padre había sido trasladado a un ala de rehabilitación y estaría en casa en poco más de una semana. ¿Y una semana después de eso?

Ella se habría ido.



EL TRAYECTO hasta el hospital duró veinte minutos, y diez minutos después llevó la pequeña maleta erguida detrás de ella a la nueva habitación privada de su padre, con una bañera de hidromasaje, un sillón reclinable mecedor como en el que se sentaba para ver fútbol en casa, y grabados artísticos de caballos galopando en la pared.

Su mamá, que parecía agotada pero feliz, estaba leyendo un libro en el sillón reclinable, que también se convirtió en el colchón extraíble de su madre. Su padre roncaba suavemente en su cama. Claire se inclinó y le dio a su mamá un beso en la mejilla.

-- Hola, mamá. --

-- Hola, cariño. --

El viejo hacia su infancia la hizo sonreír. -- ¿Cómo está? --

Su mamá llevaba pantalones suaves y un suéter color crema, pero sus zapatos de cuero estaban junto a la puerta. Dos pantuflas rosas de elefante cubrían sus pequeños pies. Claire tenía un par a juego en su apartamento. Los usaba cada vez que sentía nostalgia. Su madre se los había enviado para Navidad hace dos años. -- Bonitas zapatillas. --

-- Gracias. Te ves bien, querida. ¿Cómo te fue en la entrevista? -- Su mamá colocó un marcapáginas en la gigantesca novela histórica que estaba leyendo y la colocó encima de la mesa ajustable del hospital de su papá, justo al lado de una botella de agua medio llena y un recipiente redondo sin abrir de gelatina verde derretida. Qué asco. Mejor habitación, la misma comida horrible.

Claire tiró de la silla de plástico duro para visitantes desde el lado opuesto de la cama y la colocó junto a la silla de su mamá. -- Estuvo bien. Te

lo dije, fue sólo una formalidad. --

-- Hmm. -- Su mamá inclinó la cabeza hacia un lado y Claire se retorció un poco bajo el atento escrutinio. Línea directa para psíquicos, aquí viene. -- Así que, no hay posibilidad de que consideres tomar el trabajo y volver a casa. --

Claire suspiró, y cuando el aliento salió de su cuerpo le drenó toda la pelea, hasta los dedos de los pies, que todavía le dolían de su anterior caminata de dos cuabras en estos ridículos tacones altos. -- No. Te lo dije, no ofrecen ningún trabajo de campo. Nada. Me pasaría el resto de mi vida pudriéndome en su sótano, catalogando cosas que otras personas tienen que encontrar. --

-- De acuerdo. --

-- Quiero quedarme donde estoy, mamá. Si mi beca es aprobada, me voy por ocho semanas en abril para una excavación azteca en el sur de México. --

-- De acuerdo. --

-- ¿De acuerdo? ¿Eso es todo? -- Claire se desplomó en su silla y estudió la cara de su madre. Su madre había envejecido bien. Tendría cincuenta años en su próximo cumpleaños, pero su piel era lisa y los únicos signos de su edad eran las rayas grises en su cabello rubio y las líneas de expresión alrededor de sus ojos y boca color avellana.

-- Eso es todo. -- Su mamá se acercó y agarró la mano de Claire, entrelazando sus dedos en una suave muestra de amor y aceptación que trajo lágrimas a los ojos de Claire. Después de lo que su mamá le había dicho hace unos días en la cafetería, Claire se sorprendió.

-- ¿Sin discusiones? ¿No hay -- y si -- ? Sin preguntas sobre Jake, o cuando voy a sentar cabeza y darte nietos? --

Su madre se rió y apretó la mano de Claire. -- No. Me cansé de juzgar tus decisiones. Le conté a tu padre lo de nuestra conversación en la cafetería. Y, como él señaló, te criamos para que fueras un pensador independiente. Todo lo que siempre quise fue que fueras lo suficientemente feliz y fuerte como para pararte sobre tus propios pies. Y lo eres. Así que, vete. Trabajo bien hecho. --

Claire sonrió. Los elogios de su madre le calentaron el corazón y le levantaron el ánimo. -- Gracias, mamá. --

-- De nada, cariño. --

-- ¿Qué soy yo? ¿Hígado picado? -- El gruñido de su padre desde la cama hizo reír a ambas mujeres.

-- Sí. Todo el mundo sabe que la mujer hace todo el trabajo. -- Los ojos de su madre parpadeaban de malicia mientras ella respondía a su marido.

-- Y se lleva todo el mérito. -- Su papá se rió, obviamente aún muy enamorado de su esposa. Cuando sus cálidos ojos marrones se volvieron hacia Claire, ella se derritió, aliviada al ver que se veía tan bien, tan alerta. Las últimas veces que había estado en esta habitación, su padre parecía cansado y dolorido. Era difícil ver a un hombre que por lo general era tan vital y fuerte, débil con dolor, sus ojos vidriosos y oscuros por toda la medicación en su sistema.

-- Te ves bien, papá. --

-- Por supuesto que sí. -- Su padre le extendió la mano y la hizo señas para que se acercara. -- ¿Dónde está mi abrazo, nena? No aprietes las costillas. --

Claire se acercó a él y se inclinó sobre la cama para abrazarlo. -- Me alegra que te sientas mejor. --

-- Estoy bien. Tú eres el que me preocupa. ¿Qué vas a hacer? -- La apretó, fuerte, y sus brazos eran como bandas de acero. Fuerte y fiel, y lleno de amor incondicional, como el de Jake.

-- Le dije al Dr. Levinson que lo pensaría, pero no estoy lista para dejar el trabajo de campo. -- Claire se echó hacia atrás y se arrugó el pelo de sal y pimienta. Ese pelo oscuro, esos ojos oscuros... los veía cada vez que se miraba al espejo.

-- Sí, lo he oído. -- Él la miró y su sonrisa fue triste, -- pero yo estaba hablando de Jake. Tú lo amas. Y ese chico te quiere. Te ha amado toda su vida. --

Ella agitó la cabeza. -- Lo sé, pero no queremos las mismas cosas. No queremos la misma vida. --

Su padre resopló. -- La vida es corta, Claire. Y luego te mueres. Nada de repeticiones. --

-- Lo sé. ¿Por qué me dirías eso? -- Ella amaba a sus padres, pero algunos días, eran raros.

-- Sólo asegúrate de que lo que sea que decidas, no te arrepientas. No dejes nada sobre la mesa. No puedes volver por unos segundos. --

Claire no tenía ni idea de qué decir al respecto, pero se salvó de recibir una respuesta de Mitchell Walker. El hermano de Jake llamó a la puerta y entró vestido con su habitual ropa de médico. Ella tuvo que admitir que él se veía sexy. Probablemente estaba rompiendo corazones por todas partes, porque si había algo que no había cambiado, era el amor de Mitchell por la persecución. En el instituto, había sido salvaje. ¿Después? Después de la graduación de Mitchell, cuando el hermano mayor de los Walker, Derek, asumió la culpa por

la estúpida broma de la infancia de Mitchell, Derek había ido a la cárcel por unos meses, y Mitchell había pasado de ser un cazador de faldas amante de la diversión a un playboy oscuro y melancólico que rara vez pasaba más de un par de semanas calentando la cama de una mujer. Las historias que Jake le había contado cuando todavía estaba en la escuela la habían hecho querer patear a Mitchell en las pelotas en nombre de las mujeres de todo el mundo.

Mirando a los ojos del Dr. Mitchell Walker, Claire reconoció esas mismas sombras que habían perseguido los ojos de un joven hace siete años. Sólo una cosa más que no había cambiado desde que ella se fue.

-- ¿Cómo se siente, Sr. Miller? -- Mitchell conversó con todos ellos durante unos minutos, y su madre invitó a todos los chicos Walker a cenar tan pronto como su papá llegara a casa del hospital. No, su madre no los invitó, exigió su presencia como agradecimiento por cuidar de los caballos de su padre.

Mitchell sonrió, le guiñó un ojo y le dijo que todos estarían allí.

Genial. Justo lo que necesitaba, todos los Walker en una habitación.

Y Jake en su casa. Tal vez hasta encontraría el camino a su dormitorio.

Sip. Como en los viejos tiempos.

CAPITULO 9

Jake le dio una palmadita en la nariz a Widowmaker y condujo al caballo hasta el pequeño arroyo que bordeaba el lado oeste de su propiedad. Capas de hielo cubrían las orillas donde el agua se movía más lentamente y era más propensa a congelarse, pero en el centro fluía rápido y fría, y no volvería a congelarse por unos pocos meses más. No había muchos árboles allí, pero el lago Sandbeach, con su arena blanca, pinos altos y la suavidad del agua reflejándose en todo lo que lo rodeaba, incluyendo el cielo azul brillante, parecía un anuncio de una guía de viajes. Este lugar había sido su santuario desde que era un niño. Y traer a Claire aquí otra vez se sintió como un salto en el tiempo. Habían cabalgado el sendero docenas de veces antes. Hacían un picnic en la arena y se bañaban desnudos en el agua helada. Tenerla aquí casi le hace olvidar siete años de echarla de menos.

Se bajó de la silla de montar de Starlight y caminó con la yegua hasta el agua para unirse a ellos. -- No ha cambiado en absoluto. --

-- No. Esa es una de las razones por las que me encanta estar aquí. -- Jake no podía dejar de mirar sus brillantes mejillas rosadas o el brillo de sus ojos. Obviamente le gustaba montar a caballo, y tenía buenos recuerdos de su escondite secreto.

Se tomó su tiempo, disfrutando del aire fresco y de la compañía, deleitándose con el panorama. Un espeso bosque de pinos cubría las colinas inclinadas que subían desde las orillas del lago. El pino calizo milenario crecía junto al pino bristlecona, el pino lodgepole y el pino ponderosa. Los árboles eran tan gruesos que no podía ver los pedazos de roca que formaban el suelo en ninguna parte, excepto a lo largo de los bordes de las crestas, a

cientos de metros de distancia. Estaban a más de ocho mil pies de altura con el límite de la madera claramente visible, los picos desnudos de las dos montañas más cercanas flotando al norte y al oeste de ellas como centinelas protegiendo su dominio privado. La labor del escarabajo de pinos no había afectado tanto esa parte, sólo se veía unos pocos pinos grises muertos sobresaliendo como pulgares adoloridos entre el resto, por lo demás, todo era un mar de color verde. Alrededor de las orillas del lago y a lo largo del sendero, las flores silvestres y Lady Tresses blancas se alineaban en su camino como bienvenidas.

Lady Tresses era la flor favorita de su madre. Siempre pensó que parecían una cuerda alta y verde a la que le salían flores blancas. Ella solía recoger puñados de esas y llevarlas a la casa, luego le alborotaba y enredaba su pelo, para finalmente colocar las ya marchitas orquídeas en el centro de la mesa de la cocina como si fueran la cosa más hermosa que había visto. Sus hermanos se burlaban de él, por supuesto. Pero a Jake no le importaba. Era tan rudo como sus hermanos a su manera. No era tan ruidoso como ellos, y tampoco necesitaba oírse hablar de ello.

Caminó hasta el borde del agua y liberó un largo tallo verde. Su parte superior estaba cargada con unas ocho pequeñas flores blancas. La levantó hasta la nariz para disfrutar del dulce aroma de vainilla y jazmín antes de dársela a Claire. Su madre incluso había pedido flores para su habitación, cuando yacía enferma y moribunda. Y él venía aquí, a este mismo lugar, a recogerlas para ella.

Claire tomó la flor y se la llevó a la nariz. ¿Qué diablos hacía parado en el lago oliendo flores como una niña?

Maldición, Claire estaba debilitando su lado varonil. Si Derek o Mitchell estuvieran aquí, publicarían esta mierda en Instagram y él nunca escucharía el final. ¿Pero Chance? Diablos, Chance probablemente escogería una docena, correría a casa, desnudaría a Erin y le frotaría los pétalos por toda su piel.

Era lo que Jake solía fantasear con hacerle a Claire.

Por eso le encantaba Colorado. Incluso en junio, la nieve cubría las orillas del lago y las cimas de las montañas permanecían blancas. La tierra podría estar salpicada de nieve y orquídeas al mismo tiempo.

Jake dejó beber a los caballos, luego tomó las riendas de Starlight de las manos de Claire y ató a ambos a una rama rígida al borde de la pequeña arboleda. Los caballos llevaban una hora corriendo y estaban listos para un descanso. Y él estaba listo para algo de tiempo con Claire.

Claire lo observó con curiosidad mientras abría sus alforjas y sacaba una manta gruesa, dos tazas de plástico y un termo. -- Aquí. Ayúdame. --

Él mostró las tazas y ella las envolvió con sus manos lo mejor que pudo a través de sus guantes. -- Lo tengo. -- Dudaba quitarse los guantes. Incluso en junio hacía frío a esta altitud.

Jake asintió con la cabeza y dio unos pasos hasta su viejo lugar en la base de un antiguo pino calizo y extendió la manta por el suelo. Se sentó, recargando su espalda contra el árbol, sus piernas lo suficientemente anchas como para que ella ocupase el espacio entre ellas. Golpeó el suelo entre los muslos. -- Ven aquí. --

-- Como en los viejos tiempos. -- La mirada de Claire parecía excitada, pero también triste, y comprendía muy bien la mezcla de emociones.

-- No exactamente. -- Levantó el termo. -- Café, no chocolate caliente. --

-- Vaya. Eres un hombre salvaje. --

-- Lo sería, si vinieras aquí. --

Claire se rió y el sonido hizo que el corazón le apretara el pecho. Ella se sentó en el suelo entre sus piernas y se recostó en sus brazos. Él le dio el termo y ella se tomó su tiempo para servirles una taza de café a cada uno. Ella le dio el suyo primero, y él sorbió el dulce líquido. Había añadido el azúcar al termo para ella. A él no le gustaba el café dulce, pero su sacrificio valió la pena cuando ella tomó un sorbo de su propia taza y gimió de alegría.

-- Dios, está bueno. --

-- De nada, pero puedes llamarme Jake. --

Claire le golpeó el muslo con su guante. Sonrió y terminó su café para poder dejar a un lado la taza vacía y concentrarse en ella.

Contento con abrazarla, la dejó sorber su café hasta que desapareció, luego le quitó la taza de las manos y la dejó junto a la suya. Ella suspiró y se relajó contra él. El suelo estaba frío, incluso a través de la manta, pero no le importaba. No sintió el frío.

-- Hace mucho frío aquí arriba, Jake. Esto es una locura. --

-- No tanto como el día que subimos aquí y saltaste desnuda al lago. --

-- Me apostaste 50 dólares a que no lo haría. -- Ella se rió del recuerdo y él también sonrió. No se trataba de empujarla al lago helado de la montaña, su único objetivo ese día había sido verla desnuda. A los trece años, estaba muy interesado en ver a Claire desnuda. Demonios, aún lo estaba. -- Y luego tuviste que pedirle dinero a Mitchell para pagarme. --

-- Sí, y ese imbécil me hizo limpiar su habitación durante tres meses. --

Jake se rió ahora, recuerdos del caos que solía ser el dormitorio de Mitchell volvieron a él. -- Mitchell solía tomar chocolate de la despensa y esconderlo en el cajón de su cómoda. Después de encontrarlo, hice que me diera la mitad.

--

-- Nunca me dijiste eso. ¿Por qué? --

-- Mitchell es un adicto al chocolate. Es peor que una chica. Mamá tuvo que dejar de comprar. Temía que terminara pesando 300 libras. Confía en mí, lo sé. Durante tres meses tuve que recoger todos los envoltorios de caramelos del suelo de su habitación. --

-- Pobre bebé. --

-- Valió la pena. --

Claire volteó la cabeza para mirarlo, y ella debe haber visto algún pequeño indicio de lo que él estaba pensando hacerle porque se le quedó sin aliento justo antes de que él le reclamara los labios en un beso.

Se movió un poco más, hasta que su hombro presionó el centro de su pecho. Jake se apoderó boca y no la dejó respirar mientras se quitaba los guantes y los tiraba a un lado, sin importar dónde aterrizaran. Necesitaba tener las manos libres.

Era hora de la venganza, hora de hacerle saber a Claire Miller que ella no era la única que había crecido y aprendido una o dos cosas. Quería que Claire supiera que él podía tomar el control cuando quisiera. Y ahora mismo, quería hacerla retorcerse, rogarle y olvidarse de todo menos de él.

Había estado planeando este momento durante horas, fantaseando sobre cómo se sentiría ella en sus brazos, imaginando cada pequeña cosa que él quería hacerle.

Jake levantó su brazo izquierdo y lo envolvió alrededor de la cabeza de ella, moviéndolo hacia abajo hasta el brazo de Claire, donde la agarró para mantenerla en su lugar y no pudiera escapar de sus besos, y otras cosas. Su derecha cayó a la cintura de ella y se sumergió bajo su ropa y hasta la copa de su pecho.

-- Jake... -- Ella le arrancó la boca y le agarró del brazo. No podía darse la vuelta y no podía alcanzar para cubrirse. Su mano derecha estaba atrapada contra su cuerpo, y la izquierda sostenida en su lugar por el firme agarre de su brazo.

-- Shh. Déjame tocarte. --

Sus miradas se encontraron y se sostuvieron inundándolos de calor. Su respiración se aceleró y sus ojos se dilataron al masajearle el pecho y

apretarle el pezón a través de la tela de su sostén. Su cuerpo se arqueó en su mano y sus ojos se cerraron. -- Esto es una locura. -- Sus susurrantes palabras estaban llenas de calor y necesidad.

-- Déjame. -- Jake deslizó su mano a través de la piel caliente de su abdomen hasta la parte superior de sus vaqueros y su erección creció mientras su vientre temblaba bajo su tacto suave. Esperó, con la mano en el botón de sus vaqueros, a que ella le contestara. Necesitaba que ella supiera lo que iba a hacer.

Necesitaba que ella lo supiera, y que estuviera tan caliente que no pudiese pensar con claridad. La necesitaba fuera de control. Necesitaba que se sintiera como él se sintió cuando ella se lo llevó a la boca y le quitó todo pensamiento cuerdo de la cabeza.

La respuesta de Claire fue levantar su cara y besarlo. Ella se relajó en sus brazos, y él se sintió como un héroe conquistador que acababa de ganar una batalla muy importante.

En segundos soltó el botón y le bajó la cremallera de los vaqueros. Afortunadamente, su ropa interior no estaba muy apretada y él no tuvo ningún problema en deslizar la palma de su mano sobre su suave piel hasta su centro caliente y húmedo.

Gimio cuando sus dedos golpearon ese fuego líquido. Ella ya estaba tan caliente e hinchada, tan húmeda que sus dedos se cubrieron instantáneamente. La frotó lentamente, disfrutando de la forma en que su aliento se entrecortaba y sus caderas empujaban hacia delante en un intento de conseguir más presión allí, donde ella más lo deseaba.

Pero no iba a dejarla ir tan fácilmente. No, quería que suplicara su liberación. Él disfrutó del momento, trazando la abertura de su núcleo, sumergiendo la punta de su dedo dentro, y luego deslizándose a través de su calor líquido hacia arriba para burlarse de ella de nuevo. Repitió el movimiento una y otra vez hasta descubrirla jadeando. Sus besos se volvieron rudos y urgentes, como si pudiera exigir con los labios y la lengua lo que quería. Ella trajo su mano izquierda hacia atrás para agarrar su muslo y las puntas de sus dedos se clavaron en sus músculos hasta el punto del dolor, pero él sólo sonrió y siguió adelante, torturándola con su toque hasta que ella dejó de besarlo para enterrar su cara en el costado de su cuello. Trató de apoyar su bota derecha contra el suelo para acercarse a él, pero su pierna izquierda estaba doblada a la altura de la rodilla y hacia arriba, donde él la quería, manteniendo su cuerpo abierto para él.

-- Jake. Por favor. --

-- Dame tu boca. -- Le encantaban los labios de ella en su cuello y el aire caliente que se deslizaba dentro del cuello de su camisa. Pero él quería besarla más.

Levantó la cara y ofreció sus labios. Jake ajustó su asiento, poniéndola de espaldas en su brazo donde podía cubrirla completamente. Quería que ella se sintiera completamente bajo su control, dominada y adorada. Nunca quiso que dudara de lo que sentía por ella. No, quería que lo sintiera hasta los huesos.

Reclamó su boca, invadiéndola con su lengua mientras finalmente le daba lo que ella quería, metiendo dos dedos dentro de su húmedo calor. Ella se retorció de placer y él capturaba sus suaves gritos con su boca mientras la sujetaba, empujándola fuerte y rápidamente a su cima.

Su explosión los sacudió a ambos, ella le arrancó su boca de los labios de él para liberar un gemido que él podía escuchar todo el maldito día. Y aún así, se negó a dejarla recuperarse, empujándola a otro orgasmo justo cuando pensaba recuperar el aliento.

Jake mantuvo sus dedos profundos, frotando su punto G y clítoris mientras sus músculos centrales pasaban por un ciclo de pulsaciones y apretones que arqueaban su espalda y levantaban sus caderas del suelo. Al verla retorcerse entre sus brazos, él suavizó el estallido besando su boca, no exigiendo ya una respuesta, sino suavemente bajándola del climax. Su mano estaba donde la quería, porque ahora mismo, era suya. Cada maldito centímetro de ella era suyo, y él quería que ella lo supiera. Siéntelo.

Reconoció su afirmación.

Pero esa era su quimera. Dos semanas. Eso era todo lo que le quedaba. Así que, durante dos semanas fue dueño de su cuerpo y alma.

Se besaron y él la abrazó como si supiera que ella quería ser abrazada, como si fuera preciosa y frágil, como si ella le importara más que respirar. Cuando ella tiró de su brazo, él la soltó, complacido de que ella usara su nueva libertad para envolver su brazo alrededor de su cuello y tirar de su cabeza hacia abajo para que sus labios se presionaran más firmemente contra los de ella.

Su beso fue un agradecimiento, y lo aceptó sin palabras. No necesitaban palabras. Él la conocía. Cada mirada. Cada sonido. Cada centímetro de su cuerpo.

Y ella lo conocía. Nadie lo había conocido como ella, ni sus hermanos, ni sus antiguas novias, ni siquiera su madre. Estar de nuevo con Claire fue dicha

y dolor máximo al mismo tiempo.

Dos semanas más.

Con un suspiro, terminó su beso y bajó su mejilla a su hombro, contenta de descansar contra él. Ella no le pidió que le quitara la mano de los pantalones, pero él tenía que renunciar a su control del cielo en algún momento. A regañadientes, la dejó ir y movió los brazos para enrollarlos alrededor de su cintura.

Los suaves sonidos del mundo real volvieron a él. Los caballos se movieron impacientes en el borde del pequeño claro al otro lado de los árboles. El pequeño arroyo burbujeara y gorgoteaba con un pequeño pero constante flujo de agua y una suave brisa hacía cosquillas en las copas de unos pocos álamos dispersos, haciendo temblar y agitar a su resistente puñado de tercas hojas. Y Claire, su sutil especia naranja lo rodeaba y su cuerpo lo calentaba, su armadura personal contra el aire frío.

Él la abrazó y ella parecía contenta de permanecer en sus brazos. Por ahora. Cerró los ojos y apoyó la mejilla contra la parte superior de su cabeza. Aquí es donde quería estar. Con Claire. Sosteniéndola. Amarla. Siendo todo lo que necesitaba.

Ella suspiró, y el sonido era tan profundo y torturador que sus hombros se tensaron antes de que él pudiera preguntarle qué le pasaba.

-- Te quiero, Jake. Lo sabes, ¿verdad? --

-- Sí. Lo sé. -- Las palabras que más quería oír, pero en lugar de hacerlo feliz, le hacían enfurecer y arder los ojos, le dolía el pecho como si un elefante que acababa de pisar su esternón. -- Pero eso no cambia nada, ¿verdad? --

-- No. -- Lo sacó de sus brazos y la dejó ir. Le dolía demasiado abrazarla ahora. Sólo tenía que decirlo, tenía que enfrentar las cosas. Claire siempre había sido así, una chica sin tonterías ni drama. Era una de las razones por las que la amaba. Pero a veces, él realmente deseaba que ella pudiera fingir por un momento.

La vio caminar hacia Starlight y enderezar su ropa. Su feliz resplandor había desaparecido, y el de él también. Se levantó, intentando enderezar las cosas dentro de él para poder tolerar el viaje de regreso al rancho. -- Supongo que deberíamos volver. --

-- Sí. -- Claire le dio la vuelta y agarró el termo y las tazas de café del suelo y él la siguió hasta su silla de montar, para que pudieran volver a empacar antes de salir.

Estaba enojado y un poco herido, hasta que vio las lágrimas en sus ojos.

Podía lidiar con la rabia. Escúpelos y llámalo imbécil. Mierda, lanza un puñetazo, pero no llores. Una mujer llorando lo hizo sentir como una trucha golpeando en las orillas del río. Indefenso y totalmente jodido.

-- No, Claire. Por favor. -- La cogió y ella fluyó en sus brazos como agua, derritiéndose contra él con total confianza. Como en los viejos tiempos. Y maldita sea si no dolió como el infierno.

-- Lo siento, Jake. No debería haber accedido a esto. Nos va a hacer daño a los dos. -- Ella agitó la cabeza y se acercó más a su hombro, aferrándose a él como si su vida dependiese de ello.

-- No, Claire. Yo quería esto. Ambos lo hicimos. Y ambos sabíamos, al entrar, que iba a doler. -- Apretó el agarre y bajó la cabeza para enterrar su nariz en el pelo de ella. Dios, él amaba el olor de ella... el sentimiento de ella en sus brazos. -- Quiero esto. Aunque sólo sean dos semanas, te quiero en mis brazos. --

En vez de acallar sus lágrimas, sus palabras abrieron las compuertas y ella sollozó como si su corazón se estuviera rompiendo. Tal vez así fue. Su maldito seguro estaba siendo destrozado.

-- Mira, Claire. Por favor, no llores. Sé que no queremos las mismas cosas, pero no te atrevas a negarnos esta vez juntos. No pienses en el futuro. No pienses en nada. Sólo quédate conmigo todo el tiempo que puedas. --

Sus manos se metieron en su camisa, apretando y soltando la tela como si no pudiera decidir qué hacer con ella. -- Ojalá pudiera ser diferente, Jake. Ojalá pudiera ser feliz en el rancho. Ojalá pudiera ser lo que tú quieres. --

-- Tú eres lo que quiero. --

-- En la cama, sí; pero no fuera de ella. Pertenece a mundos diferentes. Ojalá pudiera cambiar por ti, pero no puedo. --

-- Lo sé. Pero no te estoy pidiendo que cambies. Sólo quiero estar contigo. ¿De acuerdo? -- Jake apretó su mano cuando ella asintió, sus sollozos se ralentizaron y pasó a respirar suavemente mientras se limpiaba las lágrimas con su camisa. Acababa de mentirle a la mujer que amaba y no le había sentado bien. Porque la verdad era que él quería que ella cambiara. Quería que ella lo eligiera a él. Él quería que ella escogiera su vida, su hogar, y a ese corazón latiendo en su pecho que la había amado desde el tercer grado. Pero aquello había sido un movimiento pensado por su pene, y él lo sabía. Su madre lo crió para que respetara a las mujeres y sus decisiones. Si Claire se quedaba, se sentiría miserable, se odiaría por retenerla. Y él no podía vivir con eso.

No era suficiente para Claire Miller, y no importaba lo mucho que ese hecho le arrancara las tripas y le hacía sentir menos hombre, así eran las cosas.

-- Será mejor que volvamos. -- Jake besó su frente y la dejó ir.

Volvieron al granero y cuidaron de los caballos en un silencio acompañante pero deprimente. Cuando ella se acercó a su camioneta, él caminó junto a ella, pero se le acabaron las bromas amistosas. Sus ojos marrones oscuros tenían demasiado anhelo, demasiada tristeza. Sabía que si se miraba al espejo, vería exactamente lo mismo. Le dolía demasiado como para fingir que no estaba allí.

No podía dejarla ir completamente. No sin saber que no desaparecería en el aire. -- Noche de pizza, mañana. ¿Verdad? ¿Todavía vendrás? ¿A las seis en punto? --

-- Así es, supuestamente aprendiste a cocinar algo que no sea chili de una lata. --

-- Sí, lo hice, pero sólo una cosa. --

Ella sonrió. -- Los dos estamos locos, pero yo estaré aquí. -- Ella le dio un beso rápido en la mejilla, subió a la camioneta y se fue.

Ahí fue su plan para el resto del día. Él había querido llevarla a cabalgar, sacudir su mundo y luego traerla a casa, acostarla en su cama y pasar el resto de la tarde perdido en su cuerpo. Pero ahora mismo, esa no era una opción para él. Incluso si ella estaba de acuerdo, él no estaba de humor. Hacer el amor con Claire ahora mismo dolería demasiado.

Todo su plan para el día había salido mal con esas tres estúpidas palabras. Yo te quiero.

Sí. Él también la amaba.

Amarla estaba arruinando su vida, pero no podía detenerse.

Cuando ella estaba fuera de la vista, sacó su teléfono y le envió a Derek un mensaje de texto.

Eres un imbécil.

Menos de un minuto después, Derek respondió. Y, típico de su hermano mayor, sabía exactamente de lo que Jake estaba hablando, sin necesidad de preguntar.

-- *No necesitaba que te dijera que te iba a joder. Tu funeral. Eso es lo que pasa cuando piensas con tu segunda cabeza. --*

-- *A diferencia de ti, mi pene tiene un coeficiente intelectual genial. --*

-- *Obviamente. --*

Odiaba esto. No fue culpa de Derek, pero necesitaba desahogarse, y Derek era el único al que acudían todos los hermanos cuando la mierda se ponía crítica.

-- *Lleva un caballo al agua...* --

Sí. Sabía que era terco, pero maldición. Esto fue peor de lo que pensaba. Cuando no contestó, Derek envió otro mensaje.

-- *¿Quieres emborracharte? Traeré a Jack.* --

-- *No, gracias.* -- Emborracharse con el whisky de Jack Daniel en Tennessee no iba a ayudar. Acababa acurrucado como una pelota con la cabeza en el regazo de Derek, llorando como un bebé. Mitchell probablemente grabaría esa mierda, la pondría en línea, y sus hermanos nunca lo dejarían olvidarlo.

-- *Entonces ve a limpiar esa tormenta de mierda en la oficina de mamá.* -

Jake no pudo pensar en una buena respuesta y se dirigió a la casa. Se asearía, se ducharía con agua fría e iría a ver qué podía hacer en la oficina. Desde hace un año, dejaba pasar mucho de eso. Y Derek tenía razón sobre su apatía causando problemas. Hasta ahora, Jake no había pagado a un par de proveedores y sus dos últimos envíos de heno se habían retrasado. El teléfono de la oficina explotaba con llamadas de otras personas a las que se había olvidado de pagar, órdenes que necesitaba confirmar, veterinarios que necesitaban programar visitas con los caballos que estaba cuidando, y no tenía idea de qué huéspedes le habían pagado y cuáles no. Diablos, ni siquiera había enviado facturas en dos meses.

Es hora de ponerse sus bragas de niña grande y lidiar con el desorden.

Sería mejor que hacer algo útil hoy. De lo contrario, se sentaría y miraría al espacio y pensaría en Claire.

CAPITULO 10

Claire sorbió vino blanco de su copa y se echó a reír mientras Jake se ataba un delantal a la cintura con las palabras Besa al cocinero en azul brillante en la parte delantera. -- Oh, no, muchachote. No sé cocinar. Quemo tostadas, Jake. Has sabido este hecho durante dieciséis años. -

-
La sonrisa de Jake era contagiosa. Mientras movía las cejas, saco una bandeja grande de su refrigerador. -- Pero necesito que juegues con mis pelotas. --

-- ¿Qué? -- Ella repitió las palabras en su cabeza, pensando que debía haber algún error, hasta que él levantó la tapa de la bandeja y le mostró cuatro bolas perfectamente redondas de masa.

-- Si no juegas con mis bolas, no se esponjaran y no podrás comerlas. -- La tiró a sus brazos para darle un beso rápido que terminó demasiado rápido y ella le sonrió, contenta de descansar un momento con sus brazos a su alrededor.

-- Eres tan malo. -- Ella se rió, pero lo siguió hasta el mesón donde tenía un rodillo y harina esparcida, listos para empezar. El mesón de enfrente estaba forrado con pequeños cuencos de ingredientes que se utilizarían para cada porción hecha a medida. Había tres quesos diferentes, incluyendo grandes trozos de mozzarella cremosa, pepperoni rebanado, jamón, champiñones, hojas de albahaca verde, tomates, aceitunas, pimientos rojos y verdes, y salsa de tomate casera. El lugar parecía y olía como un restaurante italiano. Cielos.

Jake la guio a través del proceso de moler la masa, convertirla en la pizza de tamaño personal y seleccionar los ingredientes. Él era un gran maestro, y

ella no se había divertido tanto en mucho, mucho tiempo. Para cuando terminaron, tenía harina en la nariz y una sana excitación al ver las manos grandes y carnosas de Jake amasar y estirar la masa de pizza. Ella sabía exactamente como se sentía, cuando él amasaba su trasero, o acariciando sus senos....

-- Elige tu composición. -- Jake cortó su hilo de pensamiento, señalando los ingredientes que se alineaban en el mostrador opuesto, y luego llevar sus pizzas para hornearlas.

Eligió una pizza estilo Caprese con mozzarella, tomates, albahaca y aceite de oliva. Armo su pizza con casi todo y metió a ambas en el horno.

Hicieron su segunda pizza, la apartaron y luego empezaron a limpiar. Claire arrojó una seta a la cabeza de Jake y se rió de alegría cuando se le pegó en el pelo rubio. En su siguiente tiro, lanzo una rebanada de pimiento rojo en la parte delantera de su camisa de franela con botones.

-- Te estás buscando problemas. -- Jake se sacó el pimiento de la camisa y levantó una ceja. Recogió un puñado de hongos y los ofreció como advertencia.

-- Oye, jugué con tus pelotas. Me debes una. --

-- Te voy a dar más de una, mujer. Justo después de que te alimente y te llene de vino. -- Jake la atacó y evitó la explosión de hongos con facilidad. Justo encima de ella, recordó lo alto que era mientras la apretaba contra el mostrador, la envolvía en sus brazos y le reclamaba los labios. Sus besos le hacían cosquillas en todo el cuerpo, pero le dolía el corazón. Era Jake... agridulce, pero totalmente irresistible.

Cuando el beso terminó, él la sostuvo y ella quiso quedarse allí para siempre, las frentes apretadas, entre respiración.

Dejó pasar unos diez segundos antes de que su lado travieso se negara a callarse. -- Entonces, ¿cuántos me vas a dar, Jake? --

Espera, ¿ese era su lado juguetón, o su lado caliente hablando?

Sus ojos se oscurecieron con el deseo y ella sintió su creciente interés presionar su estómago a través de sus vaqueros. -- ¿Cuántos crees que puedes aguantar? --

-- ¿Cuánto tiempo estás dispuesto a dedicar a la causa? --

-- Toda la noche. -- Jake inclinó la cabeza hacia un lado para comprobar el reloj digital en el microondas blanco a su derecha. -- Lo que nos da unas 15 horas antes de que llegue mañana mi primera entrega de comida. -- Inclino la cabeza y besó su camino desde su mejilla hasta su mandíbula, y luego bajó

hasta las cuerdas de su cuello, donde mordisqueó el cuello de su suéter burdeos. -- Asumiendo que no quieres dormir. --

-- ¿Quién necesita dormir? -- Mierda, iba a volverse explosiva aquí mismo en su cocina.

En un movimiento rápido su cabeza giró, Jake la levantó de sus pies y la puso en el mostrador de la cocina justo al lado del queso mozzarella al final de su línea de montaje de pizza. Se posó entre sus piernas abiertas y tiró de su trasero hacia delante hasta que la parte inferior de sus cuerpos chocaron, su corazón palpó codiciosamente. Ella lo quería de nuevo, grande y duro y llenándola, como la última vez.

Con sus manos fuertes masajeadando su trasero y su boca exigiendo respuesta, ella se olvidó de la comida y envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y muslos, cerrándolo hacia ella.

Ella tenía sus dedos enterrados en su pelo y sus dientes mordiéndole la oreja cuando un fuerte zumbido la trajo de vuelta a la realidad. Jake se alejó, su enorme pecho temblando, su pelo despeinado, y sus labios rosados por su lápiz labial.

Nunca se había visto tan sexy. Se mojó los labios lentamente, y se aseguró de que él se diera cuenta mientras arrastraba sus uñas por la parte delantera de su camisa para acariciar sus pezones a través de la tela. -- Jake, tu pizza se está quemando. --

-- Dios, mujer. Eres peligrosa. --

A ella le encantaba poder hacerle olvidar dónde estaba, y tenía media docena de respuestas coquetas en la punta de la lengua, pero eran demasiado peligrosas para hablarlas en voz alta. Estaba ahí solo para él, pero ella cerró la boca y desenvolvió sus tobillos de la parte posterior de sus muslos. Esas tres palabras sólo la meterían en problemas. Una, eran verdaderas; pero también lo era la confesión que había sacado de las profundidades de su alma con la mano en los pantalones de ella y el latido constante de su corazón en el oído de ella. Ella había sido despedazada y recompuesta por su toque, y por la necesidad que había sentido en él. Le había abierto todas sus viejas heridas y cuando ella abrió su maldita boca, la verdad había salido de ella como ácido para quemar a ambos.

¿Yo te amo? ¿En serio? Ese no había sido su mejor momento.

De ninguna manera ella estaba cometería ese error de nuevo. Así que, optó por algo mucho, mucho más seguro. -- Tú tampoco estás tan mal. -- Ella le empujó el pecho y saltó desde el mostrador cuando él dio un paso atrás. -- Es

hora de que me impresiones con tu genio culinario. --

-- Se acerca una obra maestra. -- Jake extendió la mano e indicó que ella debía sentarse en la mesa donde había colocado dos platos de color verde cazador, cubiertos, una pila de servilletas blancas dobladas y su botella de vino a medio consumir encima de la gran mesa ovalada. Se quitó el delantal de cocina y se sentó en la silla de roble liso con un cojín de cuadros rojos que acolchaba el asiento. Un minuto después, Jake dejó dos pizzas pequeñas y humeantes.

-- Wow. Se ven fantásticas. --

-- Saben aún mejor. -- Jake las cortó con un cortador de pizza grande de media luna y le sirvió una rebanada. -- Te lo prometo, nunca has probado una pizza como esta. --

Claire le sonrió cuando le dio su primer mordisco. La masa se derritió en su lengua, se desintegró en una explosión de sabor que dejó la albahaca, el tomate y el queso para arremolinarse sobre sus papilas gustativas en un torbellino. Cerró los ojos de felicidad y dio un segundo mordisco que fue tan bueno como el primero.

Abrió los ojos para encontrar a Jake mirándola con intensos ojos azules.

-- ¿Y bien? ¿Mentí? ¿O es la mejor pizza que has probado? --

Aunque no fuera lo mejor, habría mentido para hacerlo feliz. Pero la verdad es que nunca había probado nada ni remotamente cercano. -- Es increíble. --

Sonrió y se devoró la mitad de su primer trozo en una gigantesca mordida.

-- ¿Cuándo aprendiste a hacer pizza? -- Ella había terminado su primera rebanada y había comenzado en la segunda. El Jake que ella conocía apenas se abría paso entre macarrones con queso.

-- Una abuela de 60 años me dio una lección en el restaurante de su familia. --

Casi se ahoga. -- ¿Qué? ¿Cuándo te fuiste a Italia? --

La sonrisa de Jake se desvaneció y parte de ella deseó no haber preguntado, porque sabía a dónde iba esto. Courtney. La prometida. Su madre le había dicho en el momento cuando Jake se comprometió. Claire recordaba esa llamada como si fuera ayer. Había colgado el teléfono, comido medio galón de helado de caramelo, visto Love Actually en Netflix, y lloró hasta dormirse.

-- Fui con Courtney justo después de graduarnos de la CSU. Estuvimos allí dos semanas. --

-- Guau. Apuesto a que fue increíble. -- Siempre había querido ir a Italia, especialmente a Pompeya, al Forum y al Coliseo. Había tantos yacimientos arqueológicos en el país, tanta historia. Ella había enviado su propuesta de Herculano a Denver el año pasado, cuando escuchó por primera vez los rumores sobre una exposición de Pompeya que llegaba a Colorado. Eso obviamente no había funcionado, pero ella estaba prácticamente babeando sólo de pensarlo. Podía pasar un año en Italia y no ver todo lo que quería ver. -- Siempre quise ir a Italia. Llegaré allí, algún día. --

-- Te encantaría. -- Jake terminó su segunda porción de pizza y se encogió de hombros. -- Fue interesante. Courtney era católica, así que hicimos toda la gira por Roma, el Vaticano y todo eso. --

-- ¿Cómo estuvo? --

-- Caliente. Apiñado. Me sentí como una sardina corriendo por un laberinto y vi suficiente arte para tres vidas. --

Claire sonrió pero no interrumpió. Típico de Jake. Los vaqueros y los museos de arte típicamente no se mezclaban, y el museo del Vaticano albergaba una de las colecciones de arte más grandes del mundo.

Pero Jake veía más belleza en un prado de montaña que en una obra maestra de Rafael o Miguel Ángel.

-- Luego pasamos unos días comiendo helado y bebiendo limoncello en la costa de Amalfí. Tomamos el tren a Pompeya y pasamos todo el día derritiéndonos... --

Ella suspiró y él levantó la mano con una sonrisa mientras terminaba su frase, . --..con un calor de noventa grados. Y sí, Pompeya fue una locura. Una ciudad entera está ahí de pie, vacía, aún hay pintura en las paredes dentro de algunas de las casas. --

Ella no interrumpió de nuevo, sólo tomó otro sorbo de su vino y asintió hacia él para que seguiera hablando. Ella quería saberlo todo.

-- ¿Tienes fotos? --

-- Probablemente, tomamos como quinientas. --

-- Oh, Dios mío. ¿Puedo verlas? -- Ella quería acurrucarse en el sofá con Jake y mirar todo, escuchar todo lo que él podía decirle. Y quería ver cómo se veía Courtney, la única otra mujer que caminaba por la faz del planeta que tenía que ser tan estúpida como Claire por alejarse de Jake Walker.

-- Claro, pero sólo me quedé con unas cincuenta. Courtney se llevó el resto. --

-- He visto muchas fotos. Se ve tan triste. -- Ella había visto una réplica de

los moldes del cuerpo de yeso justo ayer, en su entrevista de trabajo, pero no iba a abrir esa lata de gusanos.

-- Sí, pero la ciudad no fue tomada por sorpresa como siempre pensé. Para cuando el volcán explotó, habían evacuado la mayor parte de la ciudad. Sólo un pequeño porcentaje murió, junto con los pobres marineros romanos en el puerto que habían sido enviados allí para tratar de salvarlos. --

Ella apartó su plato, fascinada. -- Fue horrible. ¿Viste los moldes de yeso de los cuerpos? --

-- Sí. Eso fue perturbador. Trataron de evacuar, pero se les acabó el tiempo. Y no era exactamente una ciudad muy respetada. -- Jake se rió y se levantó para ir hacia el horno cuando sonó el timbre por sus segundas pizzas.

-- ¿Fuiste a Herculano? ¿O Stabiae? ¿Fue fantástico? --

Jake trajo las pizzas a la mesa y movió los recipientes de sal y pimienta de su ubicación central para colocar las pizzas allí: champiñones, aceitunas y pimienta en una, y jamón, pepperoni y tomate en la otra. Jake los cortó en pedazos de tamaño manejable y ella se sirvió una rebanada con champiñones. Su primer bocado lo confirmó, era la mejor masa de pizza, la mejor salsa de pizza que había comido.

Cuando Jake se asentó de nuevo, tomó un sorbo de vino y resumió su historia. -- Sí. Deberías haber visto los baños. Aparentemente, todos los ricos y famosos fueron allí a divertirse. --

Ella sonrió. -- ¿Orgías romanas antiguas? --

-- Sí. Me pareció un buen momento. --

Ella peló una seta cocida de su rebanada de pizza y se la tiró, donde se le pegó en la mejilla derecha. -- Eres un mentiroso, Jake. --

-- Dentro de poco tú también estarás llena de mí. -- Su respuesta totalmente inexpresiva la hizo reír a carcajadas. ¿De dónde salió este Jake? El chico que ella conocía había sido tan serio, tan compasivo e intenso. Nunca habría contado un chiste sobre eso.

-- Oh, Dios mío. Eres terrible. --

-- Por eso no puedes resistirte a mí. -- Él levantó su vaso en un brindis, y ella levantó el suyo. Ella no podía resistirse a él, era verdad. Brindaron, ella disfrutó un par de minutos viéndolo comer mientras se armaba de valor para preguntarle la única cosa que realmente quería saber. No mordisqueaba su comida como una niña, la devoraba como la devoraba a ella... con total concentración, disfrutando cada bocado.

-- ¿Qué pasó? ¿Con Courtney? -- Claire colocó las yemas de los dedos en

el tallo de su copa de vino e hizo girar el vaso en círculos sobre la mesa. Ella vio el líquido tambalearse, no podía mirarlo y hacer esa pregunta al mismo tiempo. Perdería el valor. -- Mi mamá me dijo que te comprometiste. Luego, un poco tiempo después, ya no lo estabas. --

Jake terminó su segunda pizza y se reclinó en su silla para estudiarla. Claire podía sentir sus ojos en su cara, pero ella era demasiado gallina como para mirarle a los ojos. Ella no sabía lo que él vería en sus ojos, y no quería que él supiera lo mucho que su corazón anhelaba una respuesta. Jake había amado a Courtney, esta mujer misteriosa que Claire nunca había conocido; la amaba lo suficiente como para querer casarse con ella. La madre de Claire había conocido a la prometida de Jake y le dijo que Courtney era guapa e inteligente, con el pelo castaño claro y los ojos azules. Su madre también había informado que Courtney era más baja que Claire, más corta, curiosa y de risa rápida.

La conclusión para Claire era que Jake le había pedido a otra mujer que pasara el resto de su vida aquí con él, teniendo sexo caliente y haciendo bebés lindos. Courtney había llenado el vacío que Claire dejó atrás.

Jake, su Jake, se había enamorado de otra persona. Y aunque ella lo había dejado atrás y quería que fuera feliz, ese conocimiento también la lastimó un poco.

El suspiro de Jake era largo y profundo, luego se inclinó hacia adelante y se preparó, con los brazos cruzados y los codos al borde de la mesa.

-- Conocí a Courtney en mi tercer año, en clase de oratoria. Se especializó en biología, pre-veterinaria. --

Claire finalmente lo miró. ¿Pre-veterinario? Así que, no sólo era inteligente, era inteligente como un cerebro. Simplemente genial. Claire le dijo al pequeño monstruo verde dentro de su cabeza que se callara, para poder escuchar al resto.

-- Era divertida e inteligente, y amaba a los animales. Pensé que, tal vez, podría funcionar. -- Terminó lo que quedaba de su vino y rellenó las dos copas, terminando la botella. -- Salimos poco más de un año. Ambos nos estábamos graduando, y ella se inscribió en la escuela de veterinaria de la CSU. --

Claire asintió. Cualquier nativo de Colorado sabía que CSU era famoso por su programa veterinario.

-- Ella entró. El campus está a sólo una hora en coche de aquí, así que sabía que sería difícil, pero pensé que podríamos hacerlo funcionar. Le

propuse matrimonio, dijo que sí, y fuimos a Italia a celebrarlo. Y funcionó... por un tiempo. --

-- ¿Pero? -- Claire lo miraba, fascinada cuando sus mejillas se volvieron rosadas. ¿Qué demonios...? ¿Se estaba sonrojando?

-- Pasó seis meses aquí, pero para Navidad, se fue. Escuché de una amiga en común que pasó la escuela y ahora es veterinaria, pero nunca volví a saber de ella. --

-- Pero, ¿por qué se fue? No lo comprendo. ¿Fue el viaje demasiado? ¿Había alguien más? -- ¿Jake ser infiel? Nunca pasaría, ella apostaría su vida por ello.

-- No. Encontró algo... y luego se fue. Dijo que no podía vivir en una casa perseguida por un fantasma. --

-- ¿Qué encontró? -- Claire sintió que la confusión le retorció las cejas. -- ¿Y qué fantasma? Tu casa nunca ha estado embrujada. --

-- El fantasma eras tú, Claire. Se fue porque dijo que nunca la amaría como te amé a ti. --

Oh, Dios mío.

Sus mejillas parecían sonrojadas. Y sí, se estaba sonrojando. Su lindo cutis de chico rubio se estaba volviendo rosa brillante. -- Lo siento mucho, Jake. --

¿Qué más podría decir? Eran una relación moderna, retorcida, enferma, completamente FUBAR. Jake y Claire. Claire y Jake. Siempre enamorados, pero nunca juntos. Apeataba, pero ella no podía cambiar el núcleo de quién era para tratar de hacerlo feliz. Ambos terminarían siendo miserables. Había tenido esta discusión consigo misma al menos mil veces en los últimos siete años. Cuando estaban juntos así, era tan fácil olvidar todo lo demás. Estar a solas con Jake era como beber una poción de amnesia, y su efecto desaparecía hasta que ya no compartieron el aire.

-- No lo siento, Claire. -- Giró la cabeza para mirarla a los ojos, y el calor que ardía en sus ojos la hizo respirar desde su garganta. -- Ella tenía razón. Y si me hubiera casado con ella, no estarías aquí ahora. --

-- Pero, Jake, sólo serán dos semanas más. Ella podría haber sido tuya para siempre. --

Jake se levantó y tomó su mano, poniéndola de pie para pararse ante él. -- Prefiero estar dos semanas contigo. --

Un cuchillo se retorció en su corazón. Ella lo entendió completamente. No importaba cuánto le iba a doler alejarse de nuevo, ella tampoco se rendiría

esta vez con él. Por nada del mundo. -- Esto es un desastre. --

-- No me importa. -- Jake levantó sus manos para enmarcar su cara y ella envolvió sus propios dedos alrededor de sus fuertes muñecas, necesitaba tocarlo. -- No me importa un carajo. --

Jake bajó la cabeza y la besó como si fuera la única mujer en el mundo que valiera la pena besar, como si estuviera tan hambriento de su sabor que nunca tuviera suficiente. Y el beso le dolía como una brasa caliente que rodeaba su corazón, y la única razón por la que el órgano torturado seguía latiendo era por él. Sólo para él.

Siempre fue Jake.

Sus brazos la envolvieron y cada pensamiento huyó de ella. Ella quería que fuera piel con piel. Ella quería que la llenara. Ella no quería pensar en dejarlo ahora mismo, sólo quería sentir.

CAPITULO 11

Jake la llevo a su habitación. No necesitaba mirar a su alrededor para saber que una cama gigante dominaba pegada a la pared, o que su tocador estaría a su derecha con al menos un par de botas de vaquero tiradas al piso junto a ella, y que un par de sombreros de vaquero bien usados estarían descansando sobre la madera nudosa.

Los labios se fusionaron, Jake cerró la puerta de una patada detrás de ellos y una emoción corrió a través de ella mientras la arrojaba sobre el suave edredón de color marrón y rojo. Encendió una lamparita y se paró junto a la cama. Él sostuvo su aturdida mirada mientras se quitaba su camisa y se despojaba de toda su desnuda gloria. Su pecho se había llenado desde que era un niño, la fuerza enjuta de su juventud ahora se remarcaba con pectorales y hombros masivos. La suave luz de la lámpara proyectó bordes oscuros en sus ojos y mandíbula, y le dio una oscura intensidad que hizo que su pulso diera un salto. No estaba formado como un hombre que pasaba horas en el gimnasio. Tenía los bordes afilados de un hombre que venía por fuerza naturalmente, a través del trabajo duro y el esfuerzo honesto.

Claire se recostó boca arriba y se apoyó con los codos para poder admirar la vista. Ella no podía apartar su mirada de él y él se paraba ante ella como una estatua de mármol, contento de dejarla saciada. Su mirada errante se elevó lentamente desde sus musculosos muslos hasta sus caderas recortadas, y sobre la innegable prueba de que él estaba tan excitado como ella. Ella estudió las líneas duras de su abdomen y pecho, inspeccionó el enorme poder de su alto cuerpo, y anhelaba probar cada centímetro.

Cuando su mirada finalmente chocó con la suya, el calor que vio en esos

ojos azul hielo podría haber derretido un glaciar.

-- ¿Terminaste? -- Jake levantó una ceja y supo que una vez que dijera que sí, no iba a tener otra oportunidad de mirarlo, al menos por un tiempo. Y maldita sea, eso no la hizo apretar las piernas para tratar de detener el dolor. Ella quería que se abalanzara sobre él. Lo deseaba. Ella quería ser consumida por él.

-- Sí. --

Jake se volvió hacia su mesita de noche y tomó varios condones del cajón de arriba. Los dejó caer sobre la mesa con deliberada lentitud.

Cuatro. Eran cuatro.

Ella tembló y volvió a mirarlo.

Sonrió y se arrodilló en el borde de la cama con una rodilla. Se sentó y le quitó el suéter por encima de la cabeza, arrojándolo detrás de él para aterrizar al azar dondequiera que cayera al suelo. Viendo como sus manos se movían hacia el cierre delantero de su sujetador rosado de encaje, ella olvidó respirar mientras él le liberaba los pechos y deslizaba las tiras por la mitad de sus brazos. Dejó allí las correas de seda y abandonó la tarea de acariciar sus firmes senos y pezones, girándolos suavemente con sus dedos.

Un suave gemido escapó de su garganta cuando Claire dejó caer su cabeza hacia atrás. Ella le empujó al tacto, hambrienta de él. Hambrienta de él. Dios, se sentía tan bien. Ella lo extrañaba tanto. -- Date prisa, Jake. --

-- Oh, no. Esta vez no. Esta vez, eres mía. -- Jake la recostó de nuevo en la cama y besó su camino desde su cuello, por el valle entre sus pechos, hasta la cintura de sus pantalones vaqueros, donde se detuvo, presionando sus labios contra cada pulgada de piel a lo largo del borde superior de su cintura.

Sus brazos estaban atrapados por las correas de su sostén, pero podía doblarlos a la altura de los codos. Enterró dedos temblorosos en su pelo rubio y se retorció. -- Jake. --

-- ¿Hmm? -- Su lengua se deslizó bajo el botón de sus vaqueros para burlarse de ella. Jadeó.

-- Date prisa. --

-- No. --

Iba a matarla. Eso fue todo. Sus bragas estaban tan mojadas de deseo por él que podía sentir el aire fresco en la habitación contra su núcleo y la parte superior de sus muslos a través de la tela. Había empapado sus vaqueros de lujuria.

Ella estaba dispuesta a mendigar, pero él se arrodilló a sus pies y le quitó

los zapatos. Cuando tomo el botón y la cremallera de sus vaqueros, ella ya se los había desabrochado. Agito la cabeza, mientras chasqueaba su lengua contra el paladar.

-- Chica mala, Claire. --

-- Te quiero dentro de mí. --

Jake la miró fijamente mientras le bajaba los vaqueros más allá de las caderas y los muslos, y se los quitaba. Había olvidado que existían antes de que tocaran el suelo. Pero Jake no tenía prisa. Se arrodilló sobre ella y admiró la tanga rosa de encaje que combinaba con su sostén. Su mirada se oscureció y Claire movió sus brazos sin las correas del sostén para levantar sus manos sobre su cabeza. Arqueando la espalda, abrió mas sus piernas para incitarlo. Se levantó a medio cuerpo de la cama, ofreciéndole su cuerpo sin reservas. Ella confiaba en él completamente. Podía tomar lo que quisiera. Lo que sea. Ella era suya. Siempre lo había sido.

No habló, sólo se arrodilló a un lado de la cama y la tiró hacia él por los tobillos, colocando uno sobre cada hombro. Su mirada se dirigió desde sus pezones hasta su núcleo derretido, donde su atención se detuvo.

Bajó la cabeza para acariciarla con besos de mariposa a lo largo de sus muslos internos, ella tembló y le dio un puñetazo a la cama. Si él no hacía algo pronto, ella iba a suplicar. Rogar en serio, lo decía en serio.

Claire cerró los ojos y gimió mientras él frotaba las palmas de sus manos desde el interior de cada tobillo hasta las rodillas de ella, a lo largo de la parte interna de sus muslos, hasta que las puntas de sus dedos descansaron a cada lado de su húmedo e hinchado centro. La pequeña tira de tela que la cubría no era suficiente para evitar que él la tocara, probara o la poseyera desenfrenadamente.

Jake abrió lentamente sus pliegues, engancho la tanga con un dedo para quitársela de su camino... y luego su boca estaba sobre ella. Chupo y lamió, y luego deslizó dos dedos dentro de ella hasta llevarla al climax, acompasado en un ritmo rapido y furioso que ella ni siquiera trató de combatir.

Jake acaricio sus pechos, sin dejarla recobrar el aliento para luego hacer de nuevo uso de su boca y forzar a su cuerpo a responder de nuevo. Nunca bajo del climax, nunca dejó de temblar, no podía pensar, no podía respirar, no podía hablar, sólo podía sentir.

Ella se rompió de nuevo y no reconoció el sonido salvaje que resonaba en su dormitorio, aquel gemido era demasiado primitivo, demasiado salvaje para haber salido de ella.

Jake se movió un poco, y ella apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que se estaba colocando un condón antes de ponerse de pie, levantó sus tobillos hasta los hombros y empujó hacia adelante, estirándola y llenándola.

-- Dios, estás apretada. -- Sus temblores se sintieron en sus muslos. Ella usaba sus pies sobre sus hombros como palanca para mover sus caderas y hacerlo más rápido, más profundo, abriéndose a él.

Él se deslizó hasta adentro y ella gritó, apretando con sus músculos internos sólo para disfrutar del sonido de sus torturados gemidos. Sabía que estaba hinchada por dentro, caliente y mojada. Y se sintió tan bien, que ella sabía que un toque más y explotaría de nuevo.

Y ella quería eso, quería sentir cada pulso y espasmo alrededor de su dura longitud.

Bajando la mano, encontró su pezón izquierdo con una mano y su clítoris hinchado con la otra. Ella se detuvo, esperando a que él la mirara para que supiera lo que estaba haciendo antes de acariciarse a sí misma en un orgasmo masivo sobre él.

-- Mierda, Claire. Eres tan jodidamente sexy. -- Jake miraba cada movimiento con una intensidad que debería haberla asustado, pero la hacía sentir más caliente.

Ella estaba jadeando, liberando todo, él soltó sus piernas, se inclinó y la levantó para colocarla debajo de él en el centro de la cama. Todavía conectado, él bajó encima de ella y presionó fuerte y profundamente hasta que tocó fondo dentro de ella. Ella envolvió sus piernas alrededor de las caderas de él con ánimo y tiró de su cabeza a la de ella para darle un beso.

Ella lo quería fuera de sí mismo.

Se metió en ella como un hombre poseído, como si no pudiera parar aunque quisiera. Y ella se abrió a él en todos los sentidos, chupándole la lengua mientras él le quitaba la boca con la misma ferocidad con la que él reclamaba el resto de ella.

Este no era Jake el virgen de diecisiete años, era Jake el hombre. Jake, fuera de control y salvaje, como ella había soñado.

Él la besó a través de su orgasmo, y ella se retorció para llevarlo más profundo cuando lo sintió endurecerse y sacudirse dentro de ella. Ella no quería que terminara. Todavía no.

Nunca jamás.

Se quedó donde estaba, se posó sobre ella con la mayor parte de su peso sobre sus brazos, y la besó. Siguió besándola mientras la tormenta se calmaba

y el mundo invadió de nuevo sus sentidos. Oía el olor a pino de sus muebles, el limpio olor a jabón y suavizante que flotaba en el aire sobre su ropa de cama, y a pino, cuero y hombre.

Cuando finalmente pudo respirar sin temblar, pudo oír algo más que su propio pulso latiendo en sus tímpanos, y los besos de Jake se habían convertido en exploraciones lentas y pausadas de su boca, Jake se echó hacia atrás y apoyó su frente en la de ella. Renuente a volver a la realidad, Claire suspiró y levantó la vista para encontrar a un Jake sonriente mirándola con el mismo diablo en sus ojos.

-- Ese es uno. --

Esa extraña voz había estado zumbando en su cabeza el último par de días. Había pasado las últimas tres noches con Claire, haciendo el amor, hablando de todos los lugares que había visitado y las cosas que había hecho, los lugares que había visto y todas las cosas increíbles que había aprendido. Sus ojos se iluminaron como luces navideñas cuando habló de su trabajo, y por primera vez desde que lo dejó hace siete años estaba empezando a entender la verdad. Ella amaba lo que hacía, realmente lo amaba tanto como él amaba la tierra. Era parte de su ser más profundo, algo que la hacía feliz, excitada y contenta con su vida. Comprendió el sentimiento, pero no pudo evitar el amargo hecho de que ella no podía hacer lo que necesitaba aquí, con él. No podía dejarlo y ser feliz, no importaba cuánto lo amaba. Y ella lo amaba. Lo veía en sus ojos todos los malditos días.

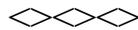
Casi deseó que no lo hiciera. Tal vez entonces esta situación de mierda dolería menos.

En resumen, las oportunidades que necesitaba no existían aquí. Punto. Lo que significa que Claire se iba. Otra vez. De eso no hay duda. Y lo que es peor, ni siquiera se le ocurrió pedirle que lo dejara. Y no podía salir del rancho. Esa tierra y esos caballos eran parte de él tanto como su carrera era parte de ella. Construyó la valla alrededor del granero con sus propias manos cuando tenía 15 años. Había colgado el columpio del porche para su madre con la ayuda de su hermano el Día de la Madre cuando tenía doce años. Habían pasado tres horas gritándose y maldiciéndose el uno al otro mientras la Sra. Miller los cubría llevando a su mamá de compras a la ciudad. Nunca olvidaría el orgullo que le había hecho hincharse el pecho como un gallo cuando su madre regresó a casa y encontró a sus hijos alineados a su lado. Ella había hecho un punto para sentarse en ese columpio todos los días durante meses sólo para asegurarse de que todos sabían lo mucho que le gustaba.

Cada roca y árbol del rancho tenía un recuerdo que lo anclaba. Todas las habitaciones de su casa estaban atormentadas por fantasmas, no sólo de Claire, sino de toda su infancia. Apenas recordaba a sus verdaderos padres, pero nunca olvidaría el dolor de perderlos. Cuando llegó a esa casa, estaba tan asustado y herido que no podía recordar su propio nombre. La tranquila belleza de la tierra lo había calmado casi tanto como el amor de su nueva familia. Dejarlo sería como arrancarle un trozo de su alma.

Es como perder a Claire.

Como Claire le había dicho muchas veces en los últimos días, esto estaba muy mal.



Mitchell pestañeó y empezó a imitar a Claire, lo que enojó a Jake. Tenía una mecha de unas tres millas de largo, pero Mitchell, de una manera verdaderamente fraternal, estaba a punto de quemarse hasta el final. Lo último que Jake necesitaba era que Claire abriera la puerta de este circo en el porche delantero, o que viera a Jake golpear a su hermano en la nariz, lo cual era una posibilidad real porque ahora Mitchell le estaba susurrando al oído insinuaciones sexuales como si fuera Claire hablando sucio. La mano derecha de Jake le dio un puñetazo en el costado justo cuando el dedo de Derek golpeó a Jake, con fuerza, en la parte posterior de la cabeza.

-- ¡Ay! ¿Qué carajo, viejo? -- Jake se volvió a su izquierda para mirar a Derek. Al mismo tiempo, Jake extendió toda la palma de su mano derecha sobre la cara de Mitchell y empujó al odioso mierdecilla a unos tres pies de distancia de él. También habría golpeado a Derek, pero tenía un ramo de flores en la mano para la Sra. Miller y no quería doblar los pétalos de las flores amarillas brillantes.

-- Jake, no te engañes. No dejes que Claire te arranque el pene. -- Derek asintió hacia la puerta justo cuando Claire la abrió para ellos.

Mitchell se rió. -- No te preocupes, Derek. El pene de Jake está chapada en titanio. --

-- Cierra la puta boca. -- Jake se quebró justo cuando se giró para encontrar a Claire parada en la puerta abierta. ¿Había oído eso? Mierda.

-- Ah, la encantadora Srta. Miller. Es un placer volver a verte. -- Mitchell hizo todo lo posible por recuperarse del empujón de Jake y recuperar el equilibrio, pero estaba saltando sobre un pie, tratando de atraparse a sí mismo

cuando Claire había abierto la gran puerta roja.

-- Mitchell. -- Puso a Mitchell en su lugar con una mirada bien practicada que hizo que Jake quisiera reírse a carcajadas y besarla sin sentido. Mitchell era odioso como el infierno cuando sólo eran los chicos, pero su madre nunca toleró la falta de respeto a una dama y todos los chicos de Walker habían aprendido bien.

Claire lentamente llevo la mirada de Mitchell para mirar a Derek, quien a su vez le devolvió la mirada. -- Hola, Derek. Ha pasado mucho tiempo. --

-- Siete años. -- Ni una pizca de amabilidad en ese tono, y Jake apretó la mandíbula enfadado. El maldito Derek no podía meterse en sus propios asuntos.

Las mejillas de Claire se volvieron rosas y Jake quería golpear a su hermano ahí mismo. Se conformó con tomar las flores a su mano y ponerse delante de Derek para romper el control láser que Derek tenía sobre la atención de Claire. -- Hola, Claire. --

-- Hola. -- Claire levantó sus ojos preocupados a los suyos y las sombras dejaron su suave mirada marrón mientras él la miraba, queriendo que ella pensara en él, no en sus estúpidos hermanos, y los mil besos que el había usado para rastrear cada zambullida y curva de su hermoso cuerpo anoche.

Debe haberse dado cuenta de algo porque el rosa suave de sus mejillas se convirtió en un rubor rojo brillante y lleno de vida.

-- Bueno, no se queden en la puerta, chicos. Entren. -- El padre de Claire cojeaba detrás de Claire para pararse en el vestíbulo. Su brazo estaba en cabestrillo, pero él estaba de pie y caminando, lo cual era una buena señal. Era nada menos que lo que Jake esperaba del viejo testarudo. El Sr. Miller estaba en la cincuentena, vestido con un overol con una camisa azul de manga larga y abotonada debajo. El hombre estaba bien afeitado, su cabello oscuro estaba salpicado de canas y usaba los mismos ojos oscuros e inteligentes que Claire solía ponerle a Jake para ver cada movimiento que hacían los hermanos Walker. Demonios.

-- Se ve bien, Sr. Miller. -- Jake entró y le ofreció su mano al viejo amigo de la familia.

-- Gracias, Jake. Me siento como un viejo y desgastado tractor al que le falta una rueda. --

-- Se recuperará enseguida, Sr. Miller. Lo estás haciendo muy bien. -- Mitchell entró y estrechó la mano del anciano como un perfecto caballero.

Qué montón de mierda. Jake quería golpear a Mitchell en la cabeza sólo

por ser un imbécil, pero prácticamente podía oír a su madre gritarles que dejaran el lío ya y cuidaran sus modales. Sin embargo, Jake no podía esperar a que una mujer viniera y pusiera a Mitchell en su lugar, preferiblemente de rodillas, rogando piedad.

-- Sr. Miller. -- Derek lo rodeó y Claire estrechó la mano de su anfitrión y Mitchell cerró la puerta detrás de todos ellos, atrapándolos en la casa.

Jake sólo rezaba para que no pasara nada realmente horrible antes de que pudiera echar a sus hermanos de la casa de los Miller.

CAPITULO 12

Jake y sus hermanos siguieron a Claire por el pasillo hasta el comedor, donde la Sra. Miller estaba de pie esperando con una sonrisa en la cara y un tazón gigante de ensalada en sus manos.

-- ¡Bienvenidos, muchachos! Estoy tan contenta de que pudieran venir. Y siento mucho lo de su madre. -- Las palabras de la Sra. Miller no eran necesarias. Había estado en el funeral, llorando como un bebé. Jake apenas recordaba ese día. Se había ido a casa y había pasado una semana emborrachándose cada noche con el radio a todo volumen, tratando de cubrir el nuevo silencio que había caído sobre la casa en ausencia de su madre.

-- Gracias. -- Mitchell se acercó y tomó el tazón de sus manos para ponerlo sobre la mesa. -- ¿Necesitas ayuda con algo? --

-- Oh, no, querido. Ustedes siéntense, muchachos. Este es mi regalo. Jake realmente nos ayudó. -- La Sra. Miller sonrió y Jake sintió que sus mejillas se calentaban. No quería ni necesitaba las gracias de los Miller. Prácticamente eran de la familia. Si se hubiera salido con la suya hace siete años, ya serían familia oficialmente.

Todos se sentaron, Mitchell y Derek a un lado de la larga mesa de roble, Claire y Jake uno al lado del otro en el lado opuesto, y los Miller a ambos lados. Jake luchó contra la sensación de déjà vu mientras la charla amistosa del Sr. Miller llenaba la mesa durante la siguiente hora. Había pasado mucho tiempo aquí, en su día a día, y se sentía extrañamente como volver a casa.

No había cambiado mucho. La cocina de la Sra. Miller todavía era de color amarillo brillante, decorada con adornos de gallos. Su vajilla era la misma vajilla blanca brillante con margaritas amarillas en el borde. Las

cortinas seguían siendo un feo diseño verde oliva que él siempre pensó que parecía césped regurgitado y los pisos de madera estaban abollados y desgastados, pero todavía brillaban como si acabaran de encerarse.

Había un televisor nuevo, mucho más grande, colgado en la pared de la sala de estar, y los viejos sofás con estampados de cachemir que recordaba habían sido reemplazados por un loveseat de cuero burdeos oscuro y dos sillones reclinables. Podía imaginarse fácilmente a la pareja mayor sentada allí con la chimenea rugiendo y el juego del domingo tan fuerte como la Sra. Miller lo permitiría.

El Sr. Miller era un fanático del fútbol, y las mantas que cubrían las espaldas del sofá eran azules y naranjas en apoyo de su equipo favorito.

Todo estaba igual. Y todo era diferente. ¿Cómo podía sentirse feliz de estar aquí, y triste de estar aquí al mismo tiempo?

Dios, odiaba envejecer. Odiaba haber crecido. Quería volver con ese chico de diecisiete años que había tomado toda esa felicidad como suya y darle una patada en el culo a ese pequeño e ingenuo cabrón. Lo tenía todo, y lo daba todo por sentado. Su madre. Los Klaskys. Sus hermanos. Claire...

-- Jake, ¿cómo le va a mi hijo en el rancho? ¿Ya mordió a alguien? -- El Sr. Miller sonrió como si la idea fuera emocionante.

-- No. Widowmaker ha sido un perfecto caballero. --

-- Eso es porque Jake no deja que nadie más lo monte. -- Claire dio un golpecito con los dedos junto a su plato vacío y sonrió. -- Creo que está tratando de ganarse a ese caballo para el lado oscuro. --

El Sr. Miller se rió. -- Ese caballo nació en el lado oscuro, cariño. Es el infierno en cuatro patas. --

-- Deberías venderlo, papá. --

El Sr. Miller frunció el ceño a Claire por eso. -- ¿Por qué haría eso? --

-- Una semana en el hospital, papá. Es por eso. -- Claire inclinó la cabeza como si fuera la única persona cuerda sentada a la mesa.

-- No fue su culpa, osito Claire. Los caballos se asustan. Tú lo sabes. Tuvimos un mal día. Debería haber prestado más atención al plomo de esa yegua. --

Claire se cruzó de brazos y se reclinó en su asiento, obviamente no muy contenta con la defensa del caballo por parte de su padre. Jake sintió que necesitaba opinar. El Sr. Miller tenía razón. Widowmaker era un buen caballo. No era mezquino ni estúpido, sólo de espíritu elevado.

-- Widowmaker no es tan malo. Tiene mejor temperamento que Derek. --

Jake miró a su hermano mayor para asegurarse de que entendía lo que quería decir. Derek se encogió de hombros.

-- Eso es porque no tiene tres hermanos menores idiotas volviéndolo loco.

--

Mitchell sorbió su té helado y tiró su servilleta sobre su plato para empezar a lavar los platos. -- Y en ese sentido, creo que la ayudaré a limpiar, Sra. Miller, antes de ceder al impulso y golpear a Derek en la nariz. --

-- Pruébalo. --

La risa de la Sra. Miller llenó la cocina y la sonrisa feliz de Claire pronto le siguió. -- Oh, los he echado de menos a todos, chicos. Es tan bueno ver que nada ha cambiado. --

Claire se apresuró a saltar sobre eso. -- ¿Todavía son odiosos? --

-- Adorable. Todos ustedes. -- La Sra. Miller asintió a Mitchell y se puso a limpiar. -- Me hace extrañar aún más a su mamá. Ella estaría tan orgullosa. --

-- Gracias, pero siéntase y déjenos lavar los platos. -- Jake respondió por sus hermanos y todos ellos se pusieron de pie para ayudar a limpiar la mesa. Prácticamente podía oír la risa de aprobación de su madre.

Trabajaron rápidamente con los platos, y cuando Claire se levantó para ayudar, Jake la empujó hacia abajo con una mano firme en el hombro. -- Siéntate. --

-- Pero. --

-- Siéntate. -- Jake la guiñó un ojo, pero miró al otro lado de la mesa para ver el enfadado fruncimiento de ceño de Derek en dirección a Claire. -- Derek. -- Una palabra. Esa fue la única advertencia que le iba a dar a su hermano. Una palabra.

Derek levantó su vaso vacío en señal de saludo antes de recoger todos los platos que podía llevar, que era un número considerable de platos apilados. Se había abierto camino en la universidad en bares y restaurantes. Probablemente podría llevar todo el contenido de la mesa a la cocina en un par de viajes.

Derek puso sus platos en el fregadero y regresó por más. Mitchell estaba tarareando en la cocina cuando Jake puso su propia pila de platos en el fregadero. Cargaron el lavavajillas juntos e hicieron todo el trabajo en menos de cinco minutos. Otra lección aprendida de su madre.

Jake regresó al comedor para encontrar al Sr. y la Sra. Miller riéndose de algo que el encantador Mitchell estaba diciendo. Miró alrededor de la habitación, buscando a la única persona que le importaba encontrar, pero Claire no estaba en ninguna parte para ser vista.

Y tampoco Derek.
Mierda.



CLAIRE TARAREÓ para sí misma mientras se secaba las manos en la toalla y revisaba su maquillaje en el espejo del baño. Se peinó el cabello con el dedo y se aseguró de no tener manchas oscuras de rímel negro bajo los ojos. Cuando estaba segura de que estaba bien, abrió la puerta para encontrar a Derek esperándola en el pasillo. Estaba apoyado contra la pared, mirando hacia la puerta como si hubiera estado allí un rato.

Se congeló como un ciervo en los faros.

No, no los faros. El punto de mira. Derek obviamente tenía algo que decirle, y a juzgar por el ceño fruncido de su cara, sus brazos cruzados y la rabia oscura y melancólica que fluía de él en oleadas, no iba a ser agradable.

-- Derek. --

-- Claire. --

Ella lo miró fijamente, con la barbilla en alto, y se negó a ceder o a hablar de nuevo hasta que él le dijera lo que él quería. Después de un minuto suspiró.

-- Mira, Claire, necesito que dejes en paz a Jake. --

-- ¿Qué? -- La sangre de Claire comenzó a calentarse, pero por primera vez en días el fuego que se elevaba para asfixiarla no era lujuria, sino ira.

-- Ya me has oído. Deja de acostarte con él. --

Docenas de posibles respuestas flirteaban con su lengua, pero ella terminó optando por lo obvio, y lo más importante. -- ¿Por qué? --

Derek se enderezó y se alejó de la pared, y Claire no dejó de notar que Jake no era el único hermano Walker que había crecido mientras ella no estaba. Derek era intenso con su pelo oscuro más largo y su onda sexy, e iba a destrozar el corazón de una pobre chica. Por suerte, era prácticamente su hermano, y eso la hacía inmune a su calor, pero también más vulnerable a sus palabras. -- Porque lo estás lastimando, Claire. Y eso es un movimiento egoísta. Ya lo dejaste atrás una vez. No le vuelvas a hacer esto. --

-- Yo no empecé esto. Fue idea suya. --

-- No, era de Mitchell. Y traté de advertirle de ti, pero como siempre, no me escucha. Así que, vas a tener que terminarlo. Igual que la última vez. Vete y deja de jugar con su cabeza. --

-- No estoy jugando con su cabeza. --

-- ¿No? --

-- No. --

-- ¿Te vas a quedar esta vez a jugar a las casitas? -- Cuando no contestó, Derek la miró fijamente. -- Eso es lo que pensé. Y si no crees que eso está jodido, Claire, revisa el cajón de arriba del tocador de mi hermanito la próxima vez que estés en su cuarto. Entonces dime que no estás siendo egoísta. Dime que no estás jodiendo con la cabeza de Jake. --

-- No lo estoy. Eso no es... -- Mierda. Sintió que las lágrimas que se acumulaban comenzaban a quemar la parte posterior de sus párpados y miró hacia abajo y hacia otro lado, incapaz de confrontar la absoluta convicción que vio en los ojos oscuros de Derek, la firme creencia de que lo que ella y Jake estaban haciendo estaba tan mal. -- Lo siento, Derek. Nunca quise hacerle daño. --

Claire limpió una lágrima perdida de su mejilla derecha y miró de nuevo a Derek para encontrarlo sacudiendo su cabeza, sus hombros menos apretados y ligeramente caídos. -- Mierda. Mitchell tenía razón. Estás enamorada de él. --

Se rió, pero el sonido era patético, no feliz. -- Desde tercer grado. --

-- Jesucristo. ¿Qué demonios pasa contigo? --

-- ¿Disculpa? --

Derek levantó sus manos para descansar sobre sus hombros y la miró directamente a los ojos. -- Lo amas. Él te ama. ¿Cuál es tu problema? --

Claire casi se ahoga cuando escucho la verdad a una de las pocas personas en el planeta que conoce a Jake al menos tan bien como ella, su hermano. -- Quiere una chica de campo, Derek, un ama de casa que se siente con él en el porche para que puedan envejecer juntos. Y esa no soy yo. --

-- ¿No te gusta la idea de los niños, o el columpio del porche? --

Claire se encogió de hombros. -- No me importa ninguna de esas cosas, pero no son suficientes para mí. Mi carrera es importante para mí, Derek. No puedo dejarla. Y Jake no quiere dejar el rancho. Así que estamos atrapados en dos mundos diferentes. Ambos sabemos lo que hay que hacer. Nada ha cambiado. --

Él inclinó la cabeza hacia un lado y la estudió, pero no estuvo en desacuerdo con su evaluación y eso, de una manera extraña, confirmó la

verdad. La aceptación pragmática en los ojos de Derek hizo que su corazón se abriera aún más que antes. -- Entonces térmalo, Claire. --

-- No tengo que hacerlo. Me iré en una semana. --

La dejó ir, moviendo la cabeza. -- No, no lo harás. No, no lo harás, carajo. Estarás aquí por años. --

-- ¿Qué? -- Claire estaba a punto de pedir una aclaración cuando Jake apareció al final del pasillo. Saltó alarmada y se alejó de Derek, dándose cuenta de lo cerca que estaban sus cabezas mientras hablaban, como dos mejores amigas compartiendo secretos.

-- Hola, Claire. -- ¿Estás bien? --

-- Ella está bien, vaquero. Estábamos hablando de columpios y de la escuela primaria. Un pequeño viaje por el carril de los recuerdos. -- Derek se acercó a Jake, le dio una palmada en el hombro y lo pasó a empujones, volviendo hacia el comedor. Claire lo oyó preguntarle a Mitchell si estaba listo para despegar.

Unos minutos más tarde, oyó el adiós de su madre y el portazo de la puerta principal. A pesar de todo, Jake se paró al final del pasillo a mirarla.

Se tragó su ira y confusión en una apretada bola que descansaba justo encima de su estómago y caminaba hacia Jake. Él abrió sus brazos y ella entró en ellos justo ahí, en el pasillo de su madre. Sus padres lo sabían. Ella se lo confesó todo a los dos de inmediato. Ya no tenía doce años, pero sus padres todavía querían saber dónde había estado durmiendo por la noche y Claire no tenía razón para mentir.

-- ¿Estás bien? ¿Derek fue un imbécil? --

Ella cerró los ojos y apretó la mejilla con fuerza contra su pecho para poder escuchar el latido de su corazón en su oído. -- No. Todo esta bien. Sólo está preocupado por ti. --

Los brazos de Jake se apretaron rápidamente mientras protestaba. -- Debería meterse en sus propios asuntos. --

Claire se rió. -- Claro, porque ese es totalmente su estilo. --

-- Exactamente. -- Jake le frotó la espalda por un minuto y ella disfrutó de su calidez y fuerza y de estar cerca de él. Estar con él de esta manera la hizo sentir muy querida, segura, completa y totalmente feliz. Si pudiera vivir toda su vida en este momento, estaría bien. Pero el universo tuvo que arruinarlo todo haciendo otras veintitrés horas y cambiar cada día. Estar en los brazos de Jake era el cielo... fue el resto de la vida lo que causó sus problemas.

Jake la besó suavemente, primero los labios, luego la mejilla. -- Yo

también me voy. ¿Quieres venir a casa conmigo? --

¿Volaban los pájaros? -- Sí. --

Jake le sonrió. -- Bien, porque Mitchell fue quien nos trajo y necesito que me lleven. --

-- ¿Te metiste en el asiento trasero del pequeño coche deportivo? --

La sonrisa de Jake se convirtió en una sonrisa completa. -- Diablos no, hice que Derek fuera atrás. Es más pequeño que yo. --

Derek estaba justo por encima de la media, pero no era pequeño. Claire podía ver al musculoso Derek con las rodillas dobladas hasta el pecho en el pequeño asiento trasero del auto rojo cereza de Mitchell. Bien. Ese mandón se lo merecía. -- Vamos. Cogeré mi mochila y les diré a mis padres que nos vamos. --

Jake tiró de su mano para sostenerla en su lugar cuando intentó pasar junto a él. -- ¿Se lo dijiste a tus padres? --

Claire se detuvo y miró hacia arriba para encontrar ese adorable tono de rosa en las mejillas de Jake de nuevo. Su vaquero sexy se avergonzaba fácilmente. Y su bella piel le hizo imposible esconderla de ella. -- Bueno, no quería que pensarán que estaba muerta en una zanja. Así que, sí, se lo dije después de la primera noche. --

-- Mierda. Probablemente me odian. -- Jake la soltó para frotar su mano sobre su cara. -- Tu padre... --

-- Sabe que es mi elección. -- Claire le tiró del codo. -- Vamos. No hay problema. Soy una chica grande. --

Claire agarró sus cosas y condujo la corta distancia hasta la casa de Jake en el camión grande de su papá. Se estacionó enfrente, como siempre, como si fuera la dueña del lugar, y se sentó por un minuto con las luces encendidas. El frío de la mañana se había convertido en un ligero polvo de hadas de nieve de verano. A esta altitud, era raro que nevara a principios de junio, pero no es algo inaudito. Claire sintió que era un regalo especial, sólo para ella. La suave pólvora se deslizó delante de los faros del camión como pequeñas bengalas danzantes, desapareciendo en el momento en que entraba en contacto con el suelo.

-- Echaba de menos la nieve. -- Se giró en el asiento para encontrar a Jake mirándola, y sonrió. -- ¿Quién lo diría? ¿Verdad? --

Claire se volvió al frente cuando Jake se bajó de la camioneta y caminó a su lado. Abrió la puerta del conductor. -- Deja las luces encendidas. --

-- ¿Por qué? --

-- ¿Puedo? -- Jake se inclinó ligeramente en la cintura y extendió la mano.
-- De acuerdo. -- Claire puso su mano en la suya y dejó que él la ayudara a bajar mientras ella se bajaba del estribo y llegaba a sus brazos. -- ¿Qué estamos haciendo? --
-- Bailando. --
-- No hay música. Y está nevando. --
Jake sólo sonrió y la hizo girar hasta que se paró directamente en los haces de luz de los faros del camión. Copos de nieve centelleaban en el aire a su alrededor como purpurina de plata rociada sobre ellos desde las nubes. Allí la detuvo y la abrazó, balanceándose suavemente mientras le cantaba con su voz profunda y sexy.

CUANDO ESTOY a solas contigo

No me toques nena
El mundo se desvanece
Olvido todas las lágrimas que lloré
Cuando estoy a solas contigo

CUANDO TUS BRAZOS me rodean

Cuando besas mis labios
Me llevas al otro lado y
Me pierdo en la felicidad
Tormenta que no puedo resistir

Reconoció la canción, *Alone With You*, de la estación de radio y se recostó en su abrazo, levantando su cara hacia el cielo para que los diminutos copos de nieve pudieran caer sobre sus mejillas y cabello, y besar sus pestañas con pequeños destellos de brillo. Hacía frío y estaba húmedo, la romántica Claire pensó que su corazón iba a explotar de su pecho.

Jake terminó la canción, se apoyó sobre su rodilla antes de besarla, ambos tenían los labios y las mejillas helados.

Cuando ya no podían controlar los escalofríos en sus piernas, Jake finalmente la dejó ir. -- Será mejor que entremos y nos calentemos. --

Ella se quedó allí, un poco atónita, esperándolo mientras él regresaba a la camioneta para agarrar su bolso y tomar las llaves. En poco tiempo, ya estaban

dentro de la casa, Jake le había quitado el abrigo de los hombros. Se calentaron con café caliente y una bolsa de caramelos de chocolate que él había comprado sólo para ella, y luego se dirigieron a la sala de estar y Jake inició un pequeño fuego en la chimenea mientras ella se acurrucaba bajo el afgano en su sofá. Él se unió a ella, se sentaron en silencio, observando el fuego.

-- ¿Quieres jugar a girar la botella otra vez? -- Claire se acurrucó a su lado, calentita y relajada, lista para sacarse de la cabeza todos los males del mundo con unas horas de placer sin sentido. Pero, para su sorpresa, Jake se negó.

-- No. ¿Qué tal si fingimos que giramos y la botella toco sobre ti? --

-- De acuerdo. -- Claire sonrió. Esto también podría ser divertido.

-- ¿Verdad o reto? --

Oh, sí. Mucha diversión. -- Reto. --

El largo suspiro de Jake la confundió hasta que dejó su taza de café sobre la mesa y se giró para mirarla directamente a los ojos. -- Te reto a responder cada pregunta que te hago con un cien por cien de honestidad, incluso si crees que vas a herir mis sentimientos. --

Oh, mierda.

CAPITULO 13

Un temblor comenzó desde su corazón y viajó rápido como un relámpago hasta sus manos, donde casi se le cae el café por el costado de la taza. ¿La verdad? ¿Jake quería que desnudara su alma? ¿Sin esconderse y sin juegos? -- Vale. Pero tengo que hacerte una pregunta cada vez que me la haces. --

-- Trato hecho. -- Le quitó la taza de las manos y se recostó en el sofá. Pies arriba en la mesa de café, él la jalo a su lado y la envolvió con su brazo para mantenerla allí. Un esfuerzo totalmente desperdiciado. No era como si Claire quisiera estar en otro lugar.

-- ¿Qué te dijo Derek esta noche? --

Se retorció y luchaba contra la necesidad de poner los ojos en blanco ante el recordatorio del hermano mayor de Jake. -- Nada importante. Me estaba advirtiendo. Me dijo que dejara de acostarme contigo. No quiere que salgas lastimado. --

Jake hizo una mueca de dolor, pero la mano que estaba usando para abrazarla estaba trazando patrones suaves y cálidos en la parte exterior de su brazo, arrullándola hasta que se sintió como un gatito somnoliento a punto de cerrar los ojos y empezar a ronronear. Jake estaba devastando sus sentidos de todas las maneras posibles.

No pensó en hacer una pregunta antes de que él le hiciera otra. -- ¿Quieres tener hijos? --

-- No sé... tal vez algún día, si pudiera encontrar una forma de hacer que funcione. No más de dos, y no a corto plazo. ¿Tú? -- Estaba bastante segura de que sabía la respuesta, pero muchas cosas podrían cambiar en siete años.

-- Creo que sería bueno tener niños pequeños corriendo por ahí, pero tampoco tengo prisa. -- Jake miró el fuego por un minuto antes de hacer su siguiente pregunta. -- ¿Querías decir lo que dijiste el otro día? -- ¿Me amas? --

-- Ya sabes la respuesta, Jake. --

-- ¿Te arrepientes de haberte ido? -- Hubo siete años de dolor en su voz y ella tuvo que cerrar los ojos para reunir el valor y responderle.

-- No. No lo sé. -- Ella lo amaba, pero no lo suficiente como para sacrificar todo lo que era y todo lo que quería para su vida. -- Te dije la verdad, Jake. Quería algo más que la vida en el rancho. Y yo te amaba. Estaba enamorada de ti. Pero también sabía que si me quedaba terminaría amargada y enojada, y eso te habría herido más. No podría hacernos eso. No habría sido justo para ninguno de los dos. --

-- ¿Y ahora qué? --

Claire se mojó los labios. ¿No se suponía que estaban teniendo sexo caliente como monos en el suelo frente a esa hermosa y romántica chimenea? Esta conversación de corazón a corazón y alma no era realmente lo que ella quería hacer esta noche. De hecho, esta fue una de las razones por las que había evitado volver a la ciudad durante los últimos siete años. Exponer viejas heridas duele. Mucho. -- ¿Ahora? Nada ha cambiado. Tú lo sabes. --

-- No. No lo sé. Los dos somos mayores. Crecimos, Claire. Has visto el mundo. Has viajado, excavado y explorado. Estaba pensando que tal vez estarías lista para pensar en hacer un cambio. Volviendo a casa. --

-- No, Jake. Y esto no es justo. Me prometiste sexo caliente sin ataduras. -- Claire trató de alejarse de él, pero él la sostuvo cerca hasta que ella se acomodó contra su lado.

-- Lo sé. Y pensé que podría lograrlo. Pero no puedo. Te deseo demasiado. Estar contigo duele, Claire. Me está volviendo loco no saber lo que quieres. Sin saber lo que necesitas. Ni siquiera puedo intentar hacerte feliz porque no sé por dónde empezar.

¿Por qué no puedes ser feliz aquí, ahora? ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Qué necesito para hacerte feliz? -- Jake frotó su mejilla contra la parte superior de su cabeza, engancho las largas hebras oscuras de su cabello en su barba.

El corazón de Claire saltó ante la pregunta, pero su cabeza detuvo inmediatamente el órgano idiota. Una vez más, no se mencionó el amor. Oh, ella tenía sus sospechas, pero en todos los años que había conocido a Jake Walker, él nunca le había dicho esas tres pequeñas palabras. Con esta

conversación, Jake estaba pisando terreno muy peligroso. Ella no tenía una respuesta para él. No hubo respuesta. Lo que necesitaba no estaba aquí. Nunca podría serlo. No porque fuera él. No tiene nada que ver con él. Si él fuera el único factor en la ecuación, ella se habría casado con él hace siete años y nunca habría mirado atrás. Ella lo amaba. Pero estar con un hombre no iba a ser suficiente para ella. El sexo caliente y alguien con quien acurrucarse por la noche no eran suficiente.

¿Qué necesitaba para ser feliz? No estaba segura, pero había estado pensando en esto sin parar desde que regresó a la ciudad hace dos semanas.

-- Libertad. Para ser feliz, tendría que ser libre de irme. No puedo renunciar a mi trabajo, y eso incluye tres o cuatro meses al año en tierra, en excavaciones en otros países. -- Se inclinó hacia adelante y tiró del afgano para cubrirse el pecho, de modo que no se sintiera tan expuesta. Estúpido, pero ayudó. -- No puedo ser la clase de mujer que mereces y estar fuera tres o cuatro meses al año. ¿Y qué hay de los niños? ¿Se supone que tengo que tender un bebé y luego ir a una excavación de seis semanas en Egipto? No veo cómo podría funcionar eso. --

Jake suspiró pero no dijo nada y ella apoyó su cabeza contra su hombro. -- ¿Qué quieres en una mujer? ¿Qué considerarías la mujer perfecta? --

-- ¿Intentas meterme en problemas? --

-- No. Realmente quiero saberlo. --

-- ¿Y si te lo dijera a ti? --

-- No voy a dejarte ir tan fácilmente. --

-- De acuerdo. -- Jake movió los pies sobre la mesa de modo que su pierna izquierda estaba encima de la derecha. Retorciéndose. Se estaba retorciendo. -
- No lo sé. Inteligente. Graciosa. Que le encante montar y que le guste estar al aire libre. --

-- ¿Eso es todo? --

-- Claro que no. Tendría que adorar el suelo que piso y cocinarme la cena todas las noches desnuda. --

-- ¿Desnuda? --

-- Como un pájaro arrendajo. --

Ella le golpeó el hombro con la cabeza. -- Estoy hablando en serio. --

-- Yo también, sobre la parte de la desnudez. No me importa mucho la comida. --

Ella se rió. No pudo evitarlo. -- Eso es mentira. No sabes cocinar. Necesitas casarte con un maldito chef gourmet. --

-- Entonces, ¿puede estar desnuda y usar uno de esos graciosos sombreros blancos? --

-- Exactamente. --

-- Eso sería muy sexy. Me gusta cómo piensas. --

Claire podía verlo ahora, Jake en el campo y ella parada en su cocina, desnuda, solo con ese delantal con letras azules y el sombrero de chef, haciéndole la cena.

No. Ella no. Alguien más.

Claire trató de imaginar a esta mujer misteriosa entrando en la vida de Jake y se dio cuenta de que no le gustaba la idea. Ni un poquito. Pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Aceite y agua. Esos eran ella y Jake. Aceite y agua.

Se sentaron en silencio y Claire se empapó en el momento con la suave luz de fuego jugando sobre ellos y la nieve cayendo en un silencio brillante fuera de las ventanas. Era una foto perfecta. Una fantasía que cobraba vida. Y era una mentira, un vistazo temporal a la vida a la que le había dado la espalda todos esos años atrás.

Esta podría haber sido su vida.

¿Y la parte más maldita? No se arrepintió de haberse ido, ni se enfadó porque estuviera aquí. Sufrió el mismo dolor que había soportado durante los últimos siete años, se sintió como siempre se sintió cuando pensaba en Jake....partida en dos.



CLAIRE SE DESPERTÓ LENTAMENTE, sin querer renunciar al cálido consuelo de estar en los brazos de Jake. Ambos estaban desnudos después de una noche de sexo lento e intenso y ella no estaba lista para mirarlo a los ojos. Todavía no. No cuando sus emociones estaban tan crudas y habían tenido -- la charla -- anoche. Cuando se marchó hace siete años, había sido difícil, pero sabía sin lugar a dudas que estaba tomando la decisión correcta.

¿Ahora? Sabía que no podía renunciar a su vida, o a su carrera, para quedarse con Jake, pero estar consiente de eso le dolía más. Tal vez porque,

ahora que había estado en el mundo, conocía el verdadero peso, el costo absoluto para ambos lados de su alma.

Jake se movió y ella mantuvo los ojos cerrados mientras él se deslizaba por debajo del brazo que ella le había arrojado por encima de la cintura. Sus piernas estaban enredadas y a regañadientes ella dejó que la dejara en la cama caliente. Sola.

-- Voy a darme una ducha. --

-- De acuerdo. -- Se acurrucó bajo las mantas y esperó mientras escuchaba el comienzo de la ducha, las puertas de cristal se abrieron y cerraron. Cuando pasó el tiempo suficiente, se deslizó de la cama y fue de puntillas hasta el tocador de Jake. Las palabras de Derek la habían estado acechando toda la noche. ¿Qué había en el cajón de Jake que era tan importante para ella?

En silencio, abrió el viejo cajón de la cómoda de pino. Nada especial aquí, camisetas cuidadosamente dobladas y un par de calzoncillos térmicos para trabajar afuera en el frío. Pero allí, en la esquina inferior derecha, vio un pequeño bolso negro con trenzas atadas. Estaba doblado por la mitad, y no mucho más grande que una baraja de cartas.

Con una rápida mirada sobre su hombro a la puerta cerrada del baño, levantó la bolsa de donde estaba anidada junto a las camisetas de algodón blanco. Sosteniendo en alto la pequeña bolsa sobre el pecho, desplegó el papel y lo abrió desde arriba para encontrar dos cosas, un pequeño joyero de terciopelo negro y un recibo.

Temblando ahora, primero sacó el papel de la bolsa y jadeó cuando vio tanto la cantidad en dólares como la fecha en blanco y negro.

Siete años. Lo que había en la caja, Jake lo había comprado hace siete años.

Tres días antes de que se fuera.

-- Oh, mierda. -- No. No. No. No.

Claire levantó la caja con una mano y dejó la bolsa y el recibo en el cajón. Aguantando la respiración, abrió lentamente la tapa para encontrar un impresionante anillo de diamantes anidado en la caja de terciopelo.

Su anillo de compromiso.

Excepto que nunca le había pedido que se casara con él. En vez de eso, ella se paró en su porche y le dijo que lo estaba dejando atrás para hacer una nueva vida para sí misma.

¿Pero por qué había guardado el anillo todos estos años?

Maldito Derek. Tenía que arruinarle esto. Sólo tenía que forzar el asunto,

forzarla a ver lo egoísta que era esta vez con Jake. Mientras miraba el diamante parpadeante, la realidad retorció la hoja de un cuchillo en sus entrañas. Era una perra. Ella seguiría adelante, y Jake se quedaría atrás, otra vez, con el corazón roto y herido. Pero maldita sea, la amaba lo suficiente como para no presionar, para no pedirle que se quedara.

Jake la amaba lo suficiente como para dejarla ir.

Y las palabras de Derek tenían un nuevo significado.

. --..termínalo, Claire. --

-- No tengo que hacerlo. Me iré en una semana. --

-- No, no lo harás. No lo harás, carajo. Estarás aquí por años. --

Lágrimas corrían por sus mejillas sin control mientras miraba el anillo de compromiso.

¿Por qué no podía ser feliz con Jake? ¿Por qué tenía que querer más? No era justo, carajo. Debería ser capaz de ser la Sra. Betty Crocker y aceptar lo que Jake podría ofrecerle.

Pero no pudo. No podía traicionarse a sí misma. Ella amaba a Jake, pero él no quería que una mujer que no estaba aquí, con él, viviera esta vida.

-- ¿Claire? -- La voz de Jake rompió a través de la niebla de lágrimas y ella giró su cabeza para encontrarlo con una toalla gris pálido alrededor de su cintura y nada más. En cualquier otro momento ella habría estado ansiosa por cerrar la distancia entre ellos y explorar, pero ahora mismo, la visión de él destrozó algo dentro de ella.

-- ¿Por qué, Jake? -- Ella sostenía el anillo en la palma de su mano y sabía que se veía patética parada allí desnuda, sosteniendo el anillo, temblando y llorando como una loca histérica. -- ¿Por qué nunca me preguntaste? ¿Por qué te quedaste con el anillo todo este tiempo? --

-- Maldito Derek. Voy a matarlo. -- Jake cerró la distancia entre ellos, pero se detuvo cuando ella levantó su otra mano para ahuyentarlo. -- Claire, escucha. No es gran cosa. Sólo ponlo en su sitio y olvídalo. --

-- ¿No es gran cosa? ¿No es gran cosa? Ibas a pedirme que me casara contigo, ¿y eso no es gran cosa? -- Ella agitó la cabeza. -- No te entiendo. Por qué? Si querías casarte conmigo, ¿por qué no me lo pediste? Por qué? Podrías haber venido a California conmigo. Podrías haber tenido caballos, Jake. Podríamos haber estado juntos. --

Jake le pasó la mano por la cara y agitó la cabeza al menos media docena de veces. -- Mira. No lo sé, ¿de acuerdo? Te fuiste, y yo no quería mudarme a California. Aun no quiero. Me encanta el rancho, Claire. No quería irme... y

seguía esperando que volvieras. -- Volvió a cogerla, pero ella le esquivó y secó las lágrimas de sus mejillas. -- Te amo, Claire. Siempre lo he hecho. Nunca me detendré. --

-- Pero no lo suficiente para dejar tu vida. No lo suficiente para sacrificar lo que amas. Lo que te hace igual que yo. -- Claire cerró la tapa del anillo y le dio la espalda para volver a meter la caja en la bolsita negra, la volvió a meter en la esquina donde la había encontrado y cerró suavemente el cajón de la cómoda. Arriesgó un ligero toque en su hombro, pero ella giró sobre él. -- Todo este tiempo he estado castigándome, sintiéndome culpable...sintiéndome como una perra por lo que te hice, por dejarte. -- Pero tú hiciste exactamente lo mismo, Jake. Tú elegiste el rancho antes que yo. Elegiste tu tierra antes que nosotros. --

Claire irrumpió a un lado de la cama donde habían tirado su ropa en el piso anoche en su prisa por desnudarse. Ella los recogió tan rápido como pudo, mientras Jake se quedaba allí atónito y aparentemente inseguro de qué decir. Ella había pasado siete años sintiéndose como una súper perra egoísta de grado A, y él siempre había estado tan dispuesto a dejarla ir. Y exactamente por las mismas razones. ¿Y ahora estaba lanzando un -- Te amo -- ? ¿Por qué ahora, después de todos estos años, cuando ambos sabían que iba a causar más dolor? Nada había cambiado. Ni una maldita cosa.

-- Esto fue un error, Jake. Los dos deberíamos haberlo sabido mejor. -- Vestida ahora, se sentó en el borde de la cama en la que acababan de hacer el amor y se golpeó los pies contra las botas, saltando los calcetines. -- No puedo creer que alguna vez pensara que esto era una buena idea. --

-- Claire. --

-- No. -- Ella lo miró desde el borde de la cama y se puso de pie lentamente, deliberadamente considerando sus siguientes palabras. No estaba segura de por qué estaba tan molesta, pero lo estaba. Reforzando sus hombros, lo miró a los ojos y le dijo adiós por última vez. No podría volver a hacer esto y sobrevivir. -- Te amo, Jake. Siempre lo haré, pero algunas cosas no están destinadas a pasar. --

-- Claire, ¿no podemos hablar de esto? No estoy dispuesto a rendirme. --

-- ¿Estás dispuesto a mudarte a California? --

-- No puedo, Claire. Los caballos- --

-- Son una excusa. Y aún así, ¿me estás diciendo que de repente has decidido que estás bien con una esposa a tiempo parcial? -- ¿Conmigo fuera del país durante semanas seguidas? --

-- No. Pero ya has estado en tantos sitios, esperaba que estuvieras lista para sentar cabeza. --

-- ¿Asentarnos en el rancho y empezar a hacer bebés? -- ¿Hacerte la cena todas las noches y limpiar tu casa y hacer el maldito papeleo? -- La voz de Claire cayó a un peligroso tono bajo, el tono que sólo usaba cuando estaba más que furiosa. Pero Jake siguió presionando.

-- No lo sé. Tal vez. ¿Qué tiene de malo eso? --

-- No soy tu maldita madre, Jake. -- El pecho de Claire se apretó hasta el punto del dolor y ella sabía que si no se iba, perdería el control, y empezaría a tirarle cosas. Un idiota grande, guapo y anticuado. -- Es hora de crecer, imbécil. Tu madre se ha ido, pero mantienes esta casa como si fuera un santuario a los muertos. Apuesto a que si entrara en su habitación encontraría todas sus cosas todavía en el vestidor, su ropa en el armario y su champú en el baño! No quieres una esposa, quieres una madre. No soy un reemplazo para tu madre, Jake. -- Ella agarró su bolso y pasó por delante de él, saliendo por la puerta y saliendo de su vida. Esta vez para siempre.

Era una maldita idiota enamorada. Eso era lo que era. Nada había cambiado. Jake nunca cambió. Ya no se sentía culpable, no se atormentaba a sí misma con la culpa de haber dejado a su pobre y buen chico en casa con el corazón roto. Él era parte del problema tanto como ella. Clavija cuadrada, agujero redondo.

Lo que simplemente confirmó su actitud general. El amor era una perra.

CAPITULO 14

Jake oyó el portazo de su puerta y se sentó en el borde de la cama con la cabeza en las manos.

Qué desastre de mierda. Y no tenía ni idea de cómo arreglarlo. Necesitaba ayuda. O alguien con quien emborracharse. Toda su vida se estaba desmoronando y el maldito Chance estaba fuera de la ciudad. Y no necesitaba la mierda ruda de Derek ahora mismo. Estaba demasiado cabreado con Derek para recurrir a él de todos modos. Si viera a ese imbécil ahora mismo, probablemente lo molería a golpes.

Le envió un mensaje a Mitchell.

-- ¿Dónde estás? -- Mitchell contestó casi inmediatamente, lo que fue una buena señal. Si estuviera en cirugía o trabajando, a veces no respondía durante horas.

-- Bola y cadena por 48 horas. ¿Qué pasa? ¿Qué paso? -- Bola y cadena era el código de Mitchell para estar de guardia en el hospital. Como hospital de trauma de nivel uno, mantenían a un cirujano en los terrenos las 24 horas del día, los 7 días de la semana, lo que significaba que Mitchell literalmente no podía salir del edificio cuando estaba de guardia. Mitchell tenía que quedarse en una habitación diminuta con una cama cubierta con ropa de hospital estándar, un televisor pequeño y un escritorio del tamaño del que Jake había usado en la escuela primaria. Alojamiento de alta calidad.

-- Claire encontró el anillo. --

-- ¿Y? --

-- No fue nada bomito. Ella se ha ido. --

-- Lo siento, hermanito. Ven. Te mataré con comida de hospital y te sacaré

de tu miseria. --

-- Estaré allí en una hora. --

Jake se vistió y condujo al hospital sin ver nada a su alrededor. No paraba de repetir la visión de Claire, desnuda y llorando, sosteniendo ese maldito anillo como si fuera un artefacto de tortura que él había diseñado sólo para ella.

El maldito Derek tuvo que presionar, tuvo que decirle dónde buscar. Esa fue la única explicación. Había sido estúpido hace unos años, le confesó a Derek, le dijo dónde estaba el anillo. Se lo conté todo. Maldita sea.

Le envió un mensaje de texto a Mitchell cuando llegó y su hermano lo estaba esperando en la entrada oeste con aspecto aburrido y exhausto con rastros oscuros en la mandíbula y círculos oscuros bajo los ojos.

-- Te ves como la mierda. --

-- Me llamaron anoche después de la cena. --

-- ¿Ah, sí? ¿Algo bueno? -- Bien, para Mitchell, significaba heridas de bala, apuñalamientos u otros casos de alto riesgo y alta adrenalina.

-- Sí. El tipo se estaba desangrando. Veinticinco años hizo rodar su camioneta y le rompió el bazo. -- La voz de Mitchell mantenía un tono de satisfacción. Jake sabía que su hermano amaba ese tipo de cosas, especialmente cuando engañaba a la muerte para sus pacientes.

Jake, sin embargo, no disfrutaba de la sangre y las agallas del trabajo de Mitchell. -- Es suficiente. No quiero saber nada más. --

Mitchell lo acompañó a la cafetería y se desplomó en una cabina de la esquina lo más lejos posible de todos los demás. La habitación estaba casi vacía, con sólo un puñado de gente sentada tranquilamente, la mayoría bebiendo café e involucrados en sus propios problemas.

-- ¿Quieres café? -- preguntó Mitchell.

-- Sí. --

-- Bien, tráeme uno a mí también. --

Jake se rió pero se apiadó de su hermano y trajo dos tazas de café con crema, sin azúcar, luego se sentó frente a Mitchell y esperó mientras su hermano tomaba un largo y lento sorbo de su bebida.

-- Néctar de los dioses. -- Mitchell dejó su taza y ladeó la cabeza. -- Así que las cosas se fueron a la mierda, ¿eh? Eso fue rápido. Ustedes dos se veían bien y acogedores anoche. --

-- El maldito Derek le dijo dónde encontrar el anillo. --

-- Mierda. Me preguntaba cómo lo había encontrado. -- Mitchell tocó con

sus dedos la mesa. -- ¿Y? --

-- Y ella estaba ahí parada sosteniéndolo y llorando a mares y no tenía ni idea de qué decir. ¿Qué demonios se supone que tenía que decir? -- La frustración hirvió dentro de él hasta que sintió que iba a explotar. ¿Dónde había un saco de boxeo cuando lo necesitaba?

-- Oh, no lo sé. Tal vez, -- *Soy un idiota maricón que está totalmente enamorado de ti y quiero casarme contigo?*

Jake resopló. -- Sí. Cierto. Como si eso hubiera servido de algo. --

Mitchell se inclinó hacia adelante y sus ojos verdes eran oscuros e intensos, y demasiado serios. -- ¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez lo has probado?

--

-- Le dije que la amaba. -- De repente, Jake tuvo ganas de retorcerse en su asiento. Tal vez venir a hablar con Mitchell no fue tan buena idea. Quizá debería haberse quedado en casa y ahogar sus penas en un quinto de whisky. Excepto que el alcohol le hacía pensar más en Claire, no menos. Lo que era un desastre total.

-- ¿Y? --

-- ¿Y qué? --

-- Por Dios, Jake. Y? ¿Qué dijo ella? --

-- Me dijo que yo quería que me cocinara, limpiara e hiciera el papeleo. --

Mitchell se ahogó con su café y casi roció a Jake con el contenido de su boca. -- No te creo. Mierda, hermano. Te tiene todo planeado. --

-- ¿Qué se supone que significa eso? --

-- Significa que tiene razón. Tú la amas. Quieres follarte a su cerebro. Pero no quieres su vida, quieres la tuya. -- Mitchell se encogió de hombros. -- Entonces, ella tiene razón. Supongo que deberías llamarla y hablarle antes de que empeore. --

-- No puede ser peor. Dijo que yo no quería una esposa, que quería una madre. Y me dijo muchas mierdas por no sacar las cosas de mamá de su habitación. --

Mitchell se rió, y Jake estaba listo para saltar la maldita mesa y golpearlo en la mandíbula, con fuerza. Pero entonces alguna familia pobre llegaría por un accidente de coche y moría porque el único cirujano en el hospital que podía salvarlos, el idiota de su hermano, estaba inconsciente en el suelo.

-- Jake, llevamos meses diciéndote que lo hagas. Es como un santuario. Toda la maldita casa. Incluso en la oficina. No soporto entrar ahí, es como si mamá fuera a caminar a la vuelta de la esquina en cualquier momento. Te

aferras a un fantasma. Tienes que dejarlo ir y seguir adelante. Ahora es tu casa. Todos la queríamos. Todos la extrañamos. Pero, ella nunca va a volver. --

-- Lo sé. Me gustan las cosas como están. Es cómodo. --

-- No. Es triste. Es patético y un poco perturbador. -- Mitchell terminó su café y aplastó la taza. -- Escucha, siento lo de Claire, pero tiene razón en eso. Tienes que ocuparte de ello. Mamá se fue hace siete meses. Llamaré a Derek. Este fin de semana te ayudaremos a empacar las cosas de mamá y a arreglar los muebles. Tal vez podamos traer a Chance también. ¿De acuerdo? --

A Jake no le gustó, pero sabía que Mitchell tenía razón. Ya era hora. -- Muy bien. Okay. --

Mitchell sonrió. -- Bien. Un problema resuelto. Me temo que no puedo ayudarte con el otro. --

-- Tú me metiste en este lío. -- Jake vio a una mujer con un largo vestido azul caminar hacia su mesa. -- Viene compañía, a las cinco en punto. -- Jake asintió en la dirección de la mujer y observó con fascinación cómo Mitchell se giraba para ver quién era. El cuerpo entero de su hermano se endureció y la sonrisa fácil dejó su cara, reemplazada por una mueca de dolor mientras se levantaba para saludarla.

-- Dr. Walker. --

-- Srta. Finley. -- Mitchell parpadeó demasiadas veces y se volvió hacia Jake. -- Este es mi hermanito, Jake. --

La Sra. Finley extendió la mano y Jake se puso de pie, agitándola suavemente. La mujer era hermosa, con cabello castaño rojizo largo y ojos castaños claros que parecían miel tibia. Tenía una computadora portátil debajo de un brazo, un bolso de mensajero sobre el hombro y una gran pegatina de visitante en el pecho. También era muy nerviosa ante su hermano.

Mierda. Jake le sonrió con genuina calidez. Tal vez Mitchell había conocido a su pareja después de todo. -- Encantado de conocerte. --

-- Igual. -- Ella lo liberó y se volvió hacia Mitchell. -- Quería darte las gracias por cuidar tan bien de Tyler. Sólo fui a verlo. Dijo que podría salir de aquí y volver a la gira en unas semanas. --

-- Gracias. Sólo hago mi trabajo. -- La sonrisa de Mitchell fue forzada y la Srta. Finley parecía saberlo.

-- Me gustaría concertar una entrevista. -- La Sra. Finley sacó un teléfono de su bolso y abrió algo que Jake no pudo ver. Probablemente una aplicación de calendario. -- ¿Qué tal mañana por la mañana? ¿Nueve? ¿Te veré en la habitación de Tyler? --

-- Estoy de guardia hasta el lunes. --

-- Oh. Está bien. ¿Qué tal el próximo martes? --

-- Eso estaría bien. -- Mitchell estaba concentrado, y Jake discretamente miró a la mano izquierda de la Sra. Finley. Sin anillo de bodas.

-- Excelente. Te veré entonces. -- Ella asintió con la cabeza, introdujo la fecha en su teléfono y se marchó sin decir nada más. Mitchell la observaba con intensa atención hasta que no sólo estaba fuera de la cafetería, sino fuera de la vista, a la vuelta de una esquina y al final del pasillo.

-- ¿Qué carajo fue eso? -- Jake no podía esperar para restregarle en la nariz a Mitchell en su propia mierda. -- Prácticamente estabas babeando sobre su maldita mano. --

-- No, no lo estaba. --

Jake se rió esta vez porque su hermano parecía culpable. -- ¿Mitchell? --

-- Es reportera de entretenimiento del Post. Quiere entrevistarme porque operé a Tyler Travis anoche. --

La risa de Jake murió por dos razones. Uno, The Daily Post era la organización de noticias en línea más leída en el país. Y dos, ¿Tyler Travis? -- ¿El músico? ¿Él era el del brazo? -- A Jake le encantaba la música de ese tipo, y las estaciones de radio locales tocaban canciones de Tyler Travis prácticamente sin parar.

Mitchell se encogió de hombros. -- Sí. Destruyo su camioneta y lo llevaron en helicóptero a Urgencias alrededor de medianoche. Normalmente no lo mencionaría, pero va a estar en internet en las próximas horas de todos modos.

--

-- ¿Así que operaste a Tyler Travis, le salvaste la vida, y ahora esa pelirroja ardiente quiere un pedazo de ti? -- Jake se sentó y Mitchell se deslizó en su asiento al otro lado de la mesa.

-- No, ella quiere una entrevista exclusiva. --

-- Porque tú te encargaste de Travis. --

-- Eso es lo que ella dice. --

-- Sí, pero quieres cuidar de ella. -- Jake no podía mantener el tono sugestivo de su voz, o contener la risa que estalló cuando Mitchell se movió.

-- No seas estúpido. No tengo tiempo para eso. --

-- Uh-huh. ¿Cómo se llama, imbécil? --

-- No lo sé. --

-- Mentira, Mitchell. ¿Cuál es su nombre? -- Jake tuvo que presionar. -- Si no me lo dices, voy a buscarla en Internet. Tal vez la localice en Instagram o

Facebook y ponga fotos tuyas en ropa interior en su muro. --

Mitchell se rió. -- Cállate, imbécil. No sabrías cómo publicar en Instagram así te diera una lección privada. Eres tan malo para la tecnología como lo era mamá. No tengo miedo. Apenas puedes usar tu maldito teléfono. -- Mitchell miró hacia atrás por encima de su hombro como si necesitara estar absolutamente seguro de que ella estaba total y completamente fuera de su vista. Cuando se dio la vuelta, la sonrisa de Jake se había convertido en una sonrisa completa. -- Su nombre es Jessica. --

El sistema de megafonía del hospital llamó al Dr. Walker a la sala de emergencias y Jake levantó las cejas.

-- El deber me llama. --

-- Salvado por la campana, Dr. Walker. -- Jake hizo lo que pudo para imitar la voz suave y femenina de Jessica Finley. -- ¿Qué dirías si te azotan? --

Mitchell hizo un grosero gesto con la mano y dejó a Jake sentado solo con su café, y sin respuestas. Todavía no tenía ni idea de qué carajos iba a hacer con Claire.



CLAIRE TERMINÓ de empacar su bolso de mano y se giró cuando su madre golpeó el marco de la puerta de su habitación.

-- ¿Lista para irnos? --

-- Sí. -- Claire revisó su teléfono, -- pero mi vuelo no sale hasta dentro de cuatro horas, así que tenemos un poco de tiempo. -- Estaba al menos a una hora en coche del aeropuerto. -- Puedo tomar un taxi, mamá. No tienes que llevarme hasta allá. --

-- Tonterías, cariño. Yo te llevaré. Sólo te vas por tres días. Y además, así puedo ir a recogerte. -- Su madre entró en la habitación y envolvió a Claire en un gran abrazo. Claire se ató a ese abrazo, aferrándose a su vida. Necesitaba un abrazo ahora mismo. Su madre parecía ajena a su confusión interior, lo que estaba muy bien. No necesitaba hablar de todos los detalles sangrientos de su ruptura con Jake. Realmente no.

Su madre apretó fuerte, y luego la dejó ir. -- ¡Es tan emocionante! No

puedo creer que te vayas a Italia. --

-- Nada es oficial todavía, mamá. Por eso tengo que volar a Washington, para reunirme con el resto del equipo. -- La llamada había llegado ayer por la mañana. Claire y su equipo de excavación habían trabajado duro el año pasado en su propuesta de estudio para las ruinas de Herculano, una ruina menos conocida cerca de Pompeya, Italia. No contaba con recibir esa llamada. No, en absoluto. De hecho, estaba conmocionada. Estaba bastante segura de que su propuesta a través de la universidad en California sería aceptada para los sitios de excavación azteca. ¿Pero esto? Italia había sido un tiro en la oscuridad.

Almorzó con sus padres, feliz de ver a su padre moverse tan bien. Se había deshecho de la honda del hombro y ya no tomaba medicamentos para el dolor; y, con su terco orgullo de vaquero, probablemente estaría cabalgando de nuevo para cuando ella regresara de la Costa Este.

-- Te ves fantástico, papá. --

-- Bueno, tú no. -- Claire se congeló con la mitad de un sándwich de jamón y queso entre el plato y la boca.

-- ¿Qué? --

-- Te ves como el demonio, chica. ¿Qué pasó con Jake? Pensé que ustedes dos se llevaban bien. --

Oh, genial. Ahora iba a obtener el tercer grado de su padre. ¿Y por qué de repente se sintió como una niña de seis años? Su padre siempre se las arregló para tener ese efecto en ella, sin importar la edad que tuviera. -- Lo estábamos, papá, pero ahora se acabó. Era sólo una cosa temporal. --

-- Estás enamorada de él. --

-- Lo sé. --

-- ¿Entonces por qué? ¿Qué es lo que hizo? ¿Necesito ir a tener un corazón a corazón con ese chico? --

Oh, Dios, no. Eso fue lo último que necesitaba, que su padre irrumpiera en el castillo para gritarle a Jake. Claire comió una papa frita crujiente y tomó un sorbo de su té helado. -- Él no hizo nada, papá. Simplemente no funciona. --

-- ¿Por qué? --

-- Bueno, para empezar, yo vivo en California y él vive aquí. --

-- Eso es sólo geografía, Osita Claire. -- Su voz se suavizó mientras usaba el antiguo apodo de su infancia.

Claire agitó la cabeza y se tragó el nudo en la garganta. -- No queremos las mismas cosas, papá. Él quiere que deje el trabajo de campo y me quede en

casa como una buena esposa, y yo realmente no quiero hacer eso. Es inútil. --
Tiró el último trozo de su sándwich sobre su plato como una causa perdida.

-- Hmph. -- Su padre se dio un golpecito en el costado de la cabeza con el
dedo índice. -- Pensé que ese chico era más listo que eso. --

-- ¿Sí? Bueno, no lo es. Es anticuado, y dulce, y aparentemente no para mí.
--

-- Está bien, cariño. ¿Estás lista para irte? -- Su mamá estaba en el arco
con las llaves de su auto en la mano y el equipaje de Claire detrás de ella.

Sí. Claire estaba más que lista para salir de este pueblo, de esta vida, y
lejos de los constantes recordatorios de lo que le había costado seguir sus
sueños.

-- Claro. Déjame agarrar mi bolso. --

CAPITULO 15

Dos días después, Jake miró a través de su escritorio a la cara profundamente alineada de su nuevo contador y sintió que algo se movía en su interior. La Sra. Gregory tenía sesenta y dos años y acababa de jubilarse de un trabajo en el departamento de facturación de la ciudad. Ella era buena con los números, buena con la gente, sólo necesitaba horas a tiempo parcial, y vino muy recomendada por la Sra. Klasky.

Eso fue suficiente para él.

Le mostró el programa de contabilidad y los montones de papeleo y la dejó con un alivio a su paso que no había sentido en meses. Otro maldito punto para Derek. Jake debería haber contratado a alguien hace meses. Sentía como si se hubiera encogido de hombros ante una montaña.

Ojalá Claire respondiera a sus llamadas o a sus mensajes. Sabía que estaba explotando su teléfono, pero no iba a parar, no hasta que ella le contestara.

-- *Lo siento mucho.* --

-- *Claire. Por favor, llámame.* --

-- *Sólo quiero hablar.* --

-- *Te echo de menos.* --

El silencio desde su extremo le hizo querer arrancarse el pelo y golpear su cabeza contra el suelo de baldosas. No podía soportarlo. Ella le había arrancado el corazón, pero había sido su propia culpa por abrirle la boca en primer lugar.

Y que se joda su hermano, Derek, por tener razón sobre Claire. Acostarse con ella había sido estúpido. Y por imposible que sea, la quería más de lo que

la quería hace dos semanas. Cuando volvió por primera vez a la ciudad, había sido como una vieja herida que le dolía y le revolvía la vida. Ahora ella era un agujero en sus tripas que sangraba constantemente. Se estaba yendo, otra vez. Pero esta vez Jake sabía exactamente lo que estaba perdiendo.

Pensó que la amaba cuando era niño. Y lo había hecho. ¿Pero ahora? Ahora se había dado cuenta de lo mucho que ella siempre se había estado conteniendo. Había visto detrás de la cortina mágica. Por primera vez en su vida ella lo dejó entrar. Ella lo quemó en la cama, lo obligó a hablar de su mamá, le gritó y le hizo ver toda su mierda. La chica tímida que lo amaba en la escuela secundaria se había convertido en una mujer que lo desafió de todas las maneras posibles. Hace siete años había sido lo suficientemente tonto como para pensar que podía reemplazarla, simplemente encontrar a otra mujer a la que amar en corazón y alma. Ahora él lo sabía mejor. Sólo había una Claire.

Y no importaba un carajo. Ella lo dejaría sin importar lo que hiciera.

Subió por las escaleras para encontrar a sus hermanos apilando cajas en el pasillo fuera de la antigua habitación de su madre. Habían estado en ello durante horas, clasificando y organizando sus pertenencias personales, decidiendo qué conservar y qué donar a la caridad. Tenían un montón de cajas en el pasillo afuera del dormitorio y sólo habían vaciado el armario de su mamá y una cómoda. Su cómoda y los cajones de su mesita de noche aún no habían sido tocados.

-- Mierda. No tenía ni idea de que mamá tuviera tantas cosas. -- Chance cerró la puerta vacía del vestidor detrás de él y usó cinta de embalar para sellar una caja que contenía los últimos zapatos de su mamá. Chance había volado durante el fin de semana, y Jake estaba aliviado de que su hermano estuviera dispuesto a acumular las millas de viajero frecuente. Limpiar las cosas de su madre ya era bastante difícil. Mitchell y Derek se comportaban mejor posible, pero aún así eran unos tipos duros que nunca parecían entender a Jake como lo hacía Chance.

-- No me extraña que no te hayas ocupado de esto, Jake. Te habría llevado una semana hacer esto solo. -- Mitchell usaba pantalones cortos por primera vez en meses y Jake apenas reprimió la necesidad de burlarse de las piernas blanquísimas del médico mientras Mitchell se arrodillaba en el suelo y abría el cajón de abajo de la cómoda. Tenía dos cajas vacías en el suelo a su lado. Derek había ido afuera para colocar en retroceso el camión hasta la puerta principal para que pudieran empezar a sacar las cosas.

-- Sí. -- Jake caminó hacia el colchón desnudo y se sentó cerca de la mesita de noche. El colchón se iba mañana, y también el juego de cama de su madre. No podía mirar el armazón de la cama o el vestidor sin ahogarse en malos recuerdos, y sabía que su mamá no querría eso. Y no había manera de que volviera a dormir en esa cama.

Había pasado tres semanas durmiendo aquí, justo al lado de la cama del hospital que le habían traído a su madre cuando estaba demasiado débil para caminar. La llevaba al baño y la ayudaba a ponerse de pie en la ducha. La había alimentado cuando ella no podía alimentarse a sí misma, y le había leído cuando perdió la vista y el dolor la mantenía despierta.

Esta habitación había sido su propio infierno personal en la tierra, y sus hermanos habían venido a verlos durante una hora más o menos por la tarde, o un sábado por la tarde. Pero Jake era el que había estado aquí, viendo a su madre llorar, deambular y perder la noción del tiempo. Él había sido el que la tomaba de la mano cuando ella estaba asustada.

Veinticuatro años de edad, y él yacía despierto en esta cama escuchando el estertor de la muerte de su madre, temiendo que si salía de la habitación ella lo llamaría y él no la escucharía.

Perdió a su madre en esta habitación, vio al forense llevarla en una camilla como un pedazo de carne bajo una sábana. Y cuando todos se fueron, y las cacerolas y las cartas dejaron de llegar, sólo habían sido Jake y la casa.

Y silencio.

-- ¿Estás bien? -- Chance se paró con las manos en las caderas, mirando a Jake como un halcón, y se dio cuenta de que había estado sentado en la cama de su mamá, mirando al espacio.

-- Sí. Sólo que apesta, ¿sabes? --

Chance apretó el hombro de Jake antes de recoger su caja y llevarla al pasillo. Jake se acercó a la mesita de noche de su madre y abrió el cajón de arriba.

Allí, justo encima y en el centro, había un sobre de lino blanco con su nombre. La escritura era brusca y dura, como si su madre hubiera tenido dificultades para escribir sólo cuatro cartas. Y pegadas al exterior había dos Lady Tresses. Los tallos estaban arrugados, y las flores estaban secas y desmoronadas por su tiempo en el cajón, pero no había duda en la mente de Jake de que vendrían del lago, o que él se las había traído. Recordó ese día, la última vez que ella supo quién era él, antes de que la morfina y los tumores le quitaran la mente. Se había ido incluso antes de morir. La había perdido dos

veces.

Mierda.

Temblando, metió la mano en el cajón y levantó la tarjeta y las flores sobre su regazo. Su mano temblaba y su visión se nublaba. Derek regresó a la habitación, pero Jake ignoró a su hermano y usó su pulgar y su dedo corazón para limpiarse la humedad que se acumula en sus ojos. No iba a llorar. Ya había hecho suficiente de esa mierda cuando ella murió.

-- ¿Es esto lo que creo que es? -- Mitchell señaló a la pequeña urna que estaba sentada en el tocador de su madre justo cuando Chance regresaba a la habitación.

-- Sí. Lo es. -- Jake no iba a negarlo. Era una maldita urna. ¿Qué más pensaban que era?

Mitchell se volvió hacia Jake. -- Creí que te habías encargado de esto. --

Jake se estremeció y se puso de pie con la tarjeta en la mano. -- Lo haré. Es sólo que aún no he tenido tiempo de hacerlo. --

-- Dios, Jake. Nos dijiste que te encargaste de eso en Navidad. -- Derek levantó la vista de donde se había agachado en el suelo al otro lado de la cama. Tenía varias cajas y bolsas selladas al vacío en el suelo junto a él que había sacado de debajo de la cama. Su madre tenía un don para rellenar cajas y contenedores de almacenamiento en cada espacio disponible.

Jake se encogió de hombros pero no respondió. No había mucho que decir. En resumen, no había sido capaz de esparcir sus cenizas como ella le pidió. Todavía no. En algún momento lo haría, cuando no le dolía tanto. Que probablemente sería más o menos a la misma hora en que abrió la tarjeta... o tal vez cuando tuviese treinta años.

Miró fijamente a la carta que tenía en sus manos e ignoró a todos. No podría mirarlos ahora mismo. No podía respirar. Necesitaba salir de aquí.

-- Somos un puñado de imbéciles. -- Derek caminó hacia Jake y abrazó a su hermano pequeño. Jake trató de contenerlo, pero toda su jodida vida se estaba desmoronando, y estar de vuelta en esta habitación, reviviendo todo el dolor de ver a su madre marchitarse y morir era demasiado condenado.

Se aferró a su control por un hilo hasta que Mitchell y Chance cerraron filas a su alrededor y sus tres hermanos lo envolvieron en un círculo tan apretado que podrían haber levantado su enorme trasero del suelo si sus piernas cedían.

Fue entonces cuando vinieron las lágrimas. Para su madre. Por la vida que se vio forzado a venir aquí con ella por su cuenta después de que Courtney se

fuera. Solo, y lidiando con la muerte cuando debería haber estado de fiesta con sus amigos y viviendo su propia vida. No se arrepintió de esos meses, y siempre había silenciado a su madre cuando ella trató de convencerlo de que contratara una enfermera y la dejara en paz.

Pero había sido duro, y le había hecho sangrar de una manera que nunca querría querido sangrar de nuevo.

No recordaba a su familia biológica, pero recordaba el dolor de perderlos.

Los hombros de Jake temblaban mientras su familia lo sostenía, sus hermanos no por sangre, sino por corazón, alma y elección.

La cabeza de Chance estaba presionada contra la sien derecha de Jake, y sus palabras sólo hacían más difícil respirar. -- Lo siento, Jake. Dios. Soy un imbécil. Debería haberme dado cuenta de lo mal que estabas. -- La voz de Chance vaciló, llena de emoción. -- Fue demasiado fácil dejarte aquí afuera para lidiar con ello. No soportaba ver a mamá así. Era débil... un maldito maricón. Todos éramos unos cobardes. Me dolía mucho venir aquí. Lo siento por eso. Eres el más joven, y deberíamos haberte cubierto las espaldas, no dejarte aquí solo para lidiar con toda esta mierda. --

Mitchell estaba detrás de él, con la frente apretada hasta la nuca. -- Te quiero, hermanito, y yo también lo siento. Pero esto es una mierda, chico. Debiste haber dicho algo. Debiste haber pedido ayuda. --

Jake no podía hablar, pero agitó la cabeza. ¿Pedir ayuda? ¿Ayuda con qué? ¿Ser un marica? ¿Extrañando a su madre? ¿Odiando el silencio? ¿De sentirse solo? Lo tenía cubierto. No necesitaba ayuda con nada de eso. Él era un maestro.

Los brazos de Derek estaban envueltos alrededor del pecho y a los lados de Jake como si fueran vigas de acero, Derek no lo dejaría ir. Su cara tenía que estar a menos de una pulgada de la de Mitchell, pero Jake no estaba listo para levantar la cabeza del hombro de su hermano mayor para mirar. -- No, hombre. Chance tiene razón. Nunca debimos dejar a nuestro hermanito aquí para que se encargara de esto él solo. -- Derek apretó hasta que Jake apenas pudo respirar. -- Lo siento. Lo siento mucho. Te quiero, Jake. Te amo, hombre.

--

El abrazo de grupo duró otro minuto, hasta que Jake gimoteo y se encogió de hombros ante sus hermanos como un oso gigante despertando de la hibernación. -- Suéltame antes de que se nos caigan los penes. --

Chance se echó a reír, pero lo soltó primero. Derek lo soltó y empujó el

pecho de Jake con una sonrisa. ¿Y Mitchell? Ese hijo de puta agarró la tarjeta de la mano de Jake y saltó sobre la cama antes de que pudiera recuperarla.

-- Vamos a abrirla juntos, ¿de acuerdo? --

Jake se volvió hacia él y sintió que sus lágrimas se secaban rápidamente. -
- Devuélvemela. --

-- ¿La vas a leer en algún momento de este siglo? -- Mitchell levantó las cejas. -- ¿O debería leértelo mientras estamos todos aquí juntos? --

Mierda. Mitchell actuó como el payaso, pero tenía a Jake totalmente enganchado. Toda la ira se le fue de las manos, dejándole adormecido. Sería mejor saberlo, pero no estaba seguro de tener el valor de abrir la tarjeta y lidiar con lo que estaba escrito allí por su cuenta. -- Ya que nos convertimos en un grupo de chicas, adelante. --

Jake se hundió en la cama y se ergió para poder sentarse con la espalda apoyada en el cabecero. Mitchell se dejó caer a su lado mientras Chance y Derek se sentaban cerca del fondo. Era como si fueran niños otra vez, todos acurrucados alrededor de los pies de su madre escuchando un cuento para dormir. Excepto que esto no iba a ser una historia sobre piratas o vaqueros. Esto iba a ser todo sobre el adiós.

Sus ojos comenzaron a arder de nuevo cuando Mitchell rompió el sello del sobre y sacó una tarjeta. Era una tarjeta con foto de uno de esos sitios de Internet, y la foto en su frente era de Jake con su madre cuando tenía unos trece años.

-- Oye, yo tomé esa foto. -- Chance sonrió.

-- Sí. -- Jake asintió con la cabeza y levantó su camiseta para limpiarse las mejillas de nuevo. La foto fue tomada en el columpio del porche delantero. Estaba sentado junto a su madre con la cabeza sobre el hombro de ella y ambos se reían mientras él sostenía la ridícula hoja de instrucciones impresas que habían intentado usar para armar el columpio. El papel estaba pegado por la mitad, donde Chance lo había roto, frustrado. Mitchell había dibujado caras y figuras de dibujos animados por todas partes, y Derek había ignorado las instrucciones por completo y dijo que deberían averiguar cómo montarlo por su cuenta. La cual tenía. Varias horas después.

Mitchell respiró hondo y abrió la tarjeta. -- *Jake. Mi hijo. Siento mucho que hayas tenido que estar aquí conmigo mientras me enfermaba y moría...* -
- La voz de Mitchell se desvaneció y se detuvo para limpiarse la mejilla. --
Esto va a apestar. Está impreso y es largo. --

-- Sólo léelo. -- Derek se cruzó de brazos, se recostó en el estribo de la

cama y estiró las piernas a lo largo de la de Jake. Conmover. Para que Jake supiera que no estaba solo.

-- Léelo. -- Jake cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la cabecera mientras Mitchell leía en voz alta.

-- *Jake. Mi hijo. Siento mucho que hayas tenido que estar aquí conmigo mientras me enfermaba y moría. Nunca quise esto para ti. Mi mayor pesar con este cáncer es que tienes que sufrir conmigo. Lo siento mucho. Sé que tus hombros son anchos y que llevarás la carga. Quiero que sepas que cada vez que te veo estoy en guerra conmigo misma. Me he vuelto tan frágil y dependiente de tu fuerza, y me odio por ello. Debería ser más fuerte. Debería obligarte a dejarme, pero no puedo. Veo el dolor en tus ojos, pero estoy demasiado asustada para dejarte ir.*

-- *Courtney se ha ido. Tus hermanos han seguido adelante y están en el mundo viviendo sus vidas. Eso es lo que quería para todos ustedes y nunca ha habido una madre más orgullosa. Pero siento como si estuvieras atrapado aquí, muriendo conmigo.*

-- *Por favor, perdóname, mi hermoso niño. Perdóname por enfermarme. Perdóname por necesitarte ahora, cuando las cosas son tan dolorosas y feas. Perdóname por inculcarte el mismo amor por esta tierra que he llevado toda mi vida. Me mantuvo aquí mucho después de que debiera haber seguido adelante. No es fácil vivir aquí solo. Pero ya es demasiado tarde. Lo veo en tus ojos cuando ves el sol ponerse, o el viento doblar los árboles. Las montañas están en tu sangre, como estaban en la mía. --*

Mitchell arrastró una profunda y temblorosa respiración a sus pulmones y aclaró su garganta. -- Mierda. Esto es difícil. --

Jake asintió. No me digas. Había sido duro cuando ella también estaba tumbada ahí, muriendo. Y esto estaba trayendo todo ese viejo dolor como un tornado furioso en su pecho. -- Date prisa, Mitchell. En serio. No sé cuánto tiempo puedo sentarme aquí. --

-- Amén a eso. -- Chance se limpió las mejillas, Derek se sentó en silencio, mirando sus pies, mientras Mitchell aclaraba su garganta por segunda vez y empezaba a leer de nuevo.

-- *Estoy lista para irme ahora, para poner fin a nuestro dolor compartido. Sé que no pasará mucho tiempo antes de que el Señor me llame a casa, pero no podía irme sin decir gracias. Gracias por sentarte conmigo y traerme mis flores favoritas. Gracias por leerme los días en que tu voz es lo único que me mantiene cuerda. Gracias por cargarme como a una muñeca*

rota y por sostenerme en la ducha. Gracias por soportar la vergüenza de ayudarme en el baño y hacerme té. Gracias por mil cosas que nunca debiste haber hecho. Te quiero, hijo. Yo te quiero.

-- Dile a tus hermanos que los quiero. Y por favor, sé feliz. Vive. Ama. Arriésgate. No me arrepiento de nada. Los amé con todo en mí y siempre los amaré.

-- Gracias, hijo. Cuando la luz del sol golpee tu cabello, seré yo sonriéndote desde el cielo.

-- Te amaré para siempre.

-- Mamá. --

El silencio fue pesado hasta que Chance se levantó de la cama y regresó unos segundos más tarde con una caja de pañuelos de papel, que pasó. Todos se llevaron uno.

-- Mierda. -- Jake se tocó el rabillo de los ojos pero no movió la cabeza. Su cráneo golpeaba con un fuerte dolor de cabeza y sus ojos se sintieron pesados y doloridos. Era un maldito desastre.

-- Eso es todo. Eres oficialmente el hermano más malvado de los Walker. -- Mitchell le dio un puñetazo en el hombro. -- Pensé que mamá había contratado a una enfermera, Jake. ¿Qué carajo fue todo eso de las duchas y el baño? --

Jake se encogió de hombros. -- Ella no quería a un extraño en la casa. La ponía nerviosa. Y el hospicio sólo venía tres veces a la semana. --

-- Lo siento, hombre. Deberías haber dicho algo. Todos habríamos ayudado más. -- Derek aclaró su garganta mientras Jake agitaba la cabeza.

-- Está todo bien. Ella estaba avergonzada y yo estaba aquí. Sólo hice lo que había que hacer. --

Chance se sonó la nariz y tiró el pañuelo lleno de mocos para que cayera sobre el pecho de Jake. -- Bueno, ella tiene razón en una cosa. Estás pegado a este rancho como una mierda. Eres igual que ella. --

-- Lo sé. -- Jake lo miró a los ojos. -- No puedo evitarlo. Conduzco hasta la ciudad y no puedo respirar. Demasiado ruido. Demasiada gente. Lo odio. --

Derek fue el primero en levantarse. -- No sé ustedes, pero yo necesito un trago. --

Jake sonrió y se sintió bien. Tener a sus hermanos aquí con él para esta montaña rusa emocional fue bueno. -- El whisky está encima de la nevera. --

Tomaron un par de tragos en honor a su madre y volvieron al trabajo. Pero en vez de sentirse invadido, Jake se sintió aliviado de dejar ir las cosas de su

madre. Lo liberó de alguna manera indefinible que no tenía esperanza de entender.

Una hora más tarde, el cuarto estaba desnudo excepto por los muebles, e hicieron un trabajo rápido sacando las cajas a su camión para que pudiera dejarlas en el sitio de recolección más cercano.

-- Ahora, vamos por los muebles. -- Derek miró a Jake para confirmarlo y Jake asintió. Era hora de mudarse de su habitación de la infancia a la suite principal. Claire también tenía razón en eso. Es hora de crecer. No importaba si le gustaba o no. Esta era su vida y su casa ahora, y no se iba a quedar en su habitación de adolescente durante los próximos cincuenta años.

Desarmaron los muebles de su mamá y cargaron la mayor parte en uno de sus remolques de heno. Movieron el marco y el aparador de la cama en su viejo cuarto así que él tendría un dormitorio para los huéspedes. El resto iba a la ciudad.

Se reunieron alrededor de la mesa de la cocina, bebiendo whisky y agua helada cuando terminaron y Jake nunca había estado tan contento por la compañía.

-- ¿Qué hay de los platos y esas cosas? -- Mitchell se recostó en su silla e inclinó su vaso hacia el cobertizo de porcelana en la habitación de al lado.

-- ¿Quieren algo de esto? --

-- No. Tomé lo que quería cuando repartimos las cosas de mamá en Navidad. -- Derek se pasó la mano por la cabeza.

-- Yo también. -- Chance se inclinó hacia atrás hasta que su silla se balanceaba sobre las dos patas traseras. Mitchell intentó sacarlo a patadas, pero Chance fue demasiado rápido para él.

-- Demasiado lento, viejo. -- Chance sonrió, su pelo castaño claro había crecido más desde que había dejado el bufete de abogados, y se veía menos demacrado. Había una profunda chispa de felicidad en sus ojos que Jake nunca había visto antes.

-- Erin te queda bien, hermano. Estás resplandeciente y toda esa mierda. -- Derek sonrió a Chance desde el otro lado de la mesa.

-- Tú lo sabes. Ella es mágica. -- Chance suspiró, y el sonido contento frotó la nariz de Jake en su propia miserable existencia. -- Deberían verlo. Tiene un par de alas... --

-- Dios, Chance. Cierra la boca y ten piedad de los simples mortales en la mesa. -- Mitchell se rió y Chance sonrió.

-- Ella es mi dueña. ¿Qué puedo decir? -- Chance miró a Jake y su sonrisa

se desvaneció. -- Pero tú, hermanito, parece que alguien acaba de matar a tu perro. ¿Qué carajos ha estado pasando con Claire desde que me fui? --

Cuando Jake se quedó callado, Chance miró a su derecha, a Derek, pero fue Mitchell quien contestó.

-- Claire Miller regresó a la ciudad, se folló a nuestro chico, y luego lo dejó... otra vez. --

-- ¿Qué? -- Chance parecía conmocionado, que era lo que sentía Jake. Pero aún así, no podía dejar que sus hermanos hablaran mal de Claire así. No fue su culpa.

-- Fue mi culpa, Chance. Fui un estúpido. No hables mierda de Claire. --

-- Al diablo con eso. No puedo creerlo, hombre. ¿En qué estabas pensando? -- Chance se acercó y golpeó a Jake en el hombro, con fuerza. -- Deja de pensar con el pene, Jake. --

Jake se puso de pie, enojado. -- Vete a la mierda, Chance. Hablemos de Erin, ¿sí? ¿Sobre cómo te lleva por el saco de pelotas? ¿Cómo dejaste tu trabajo para seguirla como un cachorro enfermo de amor? ¿O cómo nos dejaste tan rápido como pudiste? Ella debe ser muy bueno haciendo un oral, imbécil. --

Chance fue por Jake, lo agarró de la camisa y lo empujó hacia atrás, hacia la sala de estar. Que era justo lo que Jake quería. Estaba herido y cabreado, y hambriento de pelea.

-- Diablos Derek. Te culpo por esto. -- Mitchell disparó con Derek justo detrás de él. Mitchell agarró a Jake por detrás, envolviéndolo en un abrazo de oso mientras Derek le hacía lo mismo a Chance, tratando de separarlos.

-- Chance, ya basta. -- Derek les gritó a todos y Jake se quedó inmóvil, sintiéndose aún más perdedor por burlarse así de su hermano más cercano.

Se encogió de hombros ante Mitchell. -- Estoy bien. Suéltame. --

Los ojos de Chance escupían como locos, pero no luchaba contra la influencia de Derek. -- ¿Qué demonios, Jake? --

-- Lo siento. ¿De acuerdo? No hables mal de Claire. Está fuera de los límites. -- Jake se giró y abrió la puerta principal de camino al granero. Llevaría a Widowmaker a dar un largo paseo y se despejaría. Hoy estaba probando cada uno de sus límites. Limpiando las cosas de su madre, empezando con el nuevo contador, llorando por la tarjeta de su madre, y sin noticias de Claire.

Maldita sea, al infierno. Le envió otro mensaje.

-- Claire, por favor. Sólo quiero hablar. --

Ensiló a Widowmaker y Chance salió de la casa y se le unió. Chance agarró una silla de montar y se fue a preparar a Starlight, preparando a la yegua para montar. -- ¿Te importa si me uno a ti? --

-- No. -- Jake apretó el estribo del lado del semental y miró por encima de la espalda del caballo a su hermano. -- Lo siento, Chance. Estaba fuera de los límites hablando de Erin así. Me alegro de que seas feliz. --

-- No hay problema. --

Y así de rápido, lo dejaron atrás. Sin drama. Nada de tonterías.

Cuando Chance estaba listo, guiaron a los caballos fuera del establo y se subieron mientras Jake veía su camión y su remolque salir de la unidad con Derek al volante y Mitchell montando la escopeta.

-- ¿Adónde creen que van? --

-- Están sacando las cosas de mamá. Me imaginé que ya tenías suficiente. -

Jake se le escapó el aliento apresuradamente y se tragó otro nudo en la garganta. Había terminado de llorar por el día. A la mierda con eso; pero llevar las cosas de su mamá al lugar de la colecta de caridad no había sido algo que él esperaba con ansias. -- ¿Y te quedaste atrás? --

-- Para patearte el trasero. --

Jake sonrió de verdad. -- Sabes que la yegua es diez años mayor, y lenta. --

-- Pero conozco el atajo a la casa de Claire. --

-- ¿Qué? ¡No! --

Pero llegó demasiado tarde. Chance impulsó a la yegua a la acción y se fue por el pasto hacia la casa de los Miller.

Mierda.



CLAIRE Y EMILY paseaban por los bordes de la sala de conferencias del gran hotel en Washington, D.C., y escuchaban la excitante conversación que fluía a su alrededor. El equipo reunido estaba formado por arqueólogos y estudiantes de postgrado de todo el mundo. Y en la cabecera de la mesa estaba sentado un formidable caballero italiano que había volado desde Nápoles para supervisar

él mismo los preparativos.

El Sr. Fariello tenía mapas detallados de los sitios de excavación propuestos, horarios de excavación y listas del tipo y número de artefactos que se esperaba encontrar. Varios museos americanos estaban financiando la excavación, a cambio de pedir prestado un número selecto de objetos para exhibirlos en una exposición itinerante.

-- Srta. Miller, Srta. Davis, me alegra que David las recomendara para el equipo. Habíamos planeado ir con otro equipo hasta que me contactó. Denver está muy interesado en ser el anfitrión de la exposición el próximo año. David me aseguró que ustedes dos podrían hacer que eso ocurriera. --

Claire se volvió hacia su talón para encontrar al Sr. Fariello en su hombro. -- Gracias. Pero lo siento. No conozco a ningún David. -- No tenía ni idea de quién podría ser ese David.

Emily sonrió, pero se encogió de hombros. -- Nos sentimos halagadas, pero tampoco sé quién es. --

-- David Levinson. Es un viejo amigo de nuestros días en Yale. --

Mierda. ¿Dr. Levinson, del museo de Denver? -- ¿Dr. Levinson? --

-- Sí. Sí. Doctor. Pasó demasiado tiempo con su nariz enterrada en sus libros. Pero no le digas que yo lo dije. -- El Sr. Fariello extendió la mano y Claire la estrechó primero, seguida de Emily.

-- Gracias, no diré una palabra. -- ¡Iban a Italia! Apenas podía contener su emoción, pero por primera vez su felicidad estaba nublada por la tristeza mientras su teléfono zumbaba en el bolsillo de su chaqueta. Otra vez. Jake No se detendría. Lo que significaba que no podía dejar de pensar en él, ni por cinco malditos minutos.

-- Excelente. Dile a David que te enviaré a casa con algunas piezas magníficas para su exposición. -- El Sr. Fariello soltó la mano y deambuló por la habitación saludando y estrechando la mano con el resto del equipo de excavación. Había siete museos representados, tres de ellos americanos. Denver, Chicago y el Smithsonian. Grandes jugadores.

Supongo que estaba aceptando el trabajo en Denver después de todo.

No es que importara ahora. Ella y Jake habían terminado. Hecho. ¿Denver? ¿California? Demonios, podría mudarse a Marte. No importaba. Ya no más.

Emily aplaudió. -- ¡No puedo creerlo! ¡Nos vamos a Italia! Eres una diosa, Claire. En serio. No sé cómo haces que ocurran tantos milagros, pero lo haces cada vez. ¡Italia! --

-- Italia. -- Claire sonrió y abrazó a su mejor amiga. La reunión había

terminado y la gente estaba saliendo por la puerta. Necesitaba salir de ahí y apagar su teléfono antes de que Jake la obligara a tirar algo. -- Deberíamos irnos. --

-- Sí, por favor. Estoy muerta de pie. Todavía tenía jet-lag de Brasil cuando llamaste, pero no me lo perdí. -- Emily bostezó y Claire sintió pena por ella.

-- Volvamos al hotel. Puedes pedir al servicio de habitaciones y dormir. --

-- Perfecto. --

Claire se acercó a la mesa y encontró la silla ejecutiva negra y rodante en la que había dejado abierto el estuche de cuero para portátil en el asiento. Ella barajó a través de los documentos en la tabla donde ella había estado sentada por los dos días pasados y clasificado hacia fuera los documentos de viaje del resto de la información. Tenía horas de lectura y estudio por delante. Y ella necesitaba llamar al Dr. Levinson para agradecerle y aceptar oficialmente el trabajo. A Emily le acababan de ofrecer un trabajo en Chicago, así que ambas tendrían que mudarse. Por suerte, podía pasar el rato con Emily en la excavación. Y, si esta asociación con el museo funcionaba, habría más excavaciones y más exhibiciones. Ella y Emily viajarían juntas por el mundo, tal como lo habían planeado.

Levinson era un viejo tramposo. Ella sonrió mientras pensaba en el nerd director del museo en su pequeña y sucia oficina del sótano. Él conocía la emoción de la persecución, y había hecho que la magia sucediera para ella. Ella haría lo que le gustaba y sería la que limpiaría los artefactos para tenerlos listos para exhibirlos. Ganar-ganar.

Y cuando terminara este trabajo, ella tendría que pedirle el siguiente. Y la siguiente. Obviamente tenía algo de influencia con la junta directiva del museo y podía conseguir que financiaran proyectos. Afortunadamente para ella, el museo cambiaba al menos una exposición cada tres a seis meses, así que estaría ocupada.

Fue perfecto. Su vida sería perfecta, si no fuera por el gran agujero en su corazón con el nombre de Jake. Y vivir tan cerca de él sólo iba a empeorar las cosas.

Su teléfono volvió a sonar y Claire lo sacó para revisar sus mensajes.

Veintitrés mensajes y cuatro llamadas perdidas, todos de Jake. Ella ignoró su correo de voz, eligiendo en su lugar desplazarse por los textos rápidamente, viendo mucho de lo siento, llámame, sólo quiero hablar y por favor contesta.

No es probable. Tenía que coger un avión mañana por la mañana. Y luego

tendría que hacer las maletas, ir a California y subarrendar su apartamento. Luego tendría que buscar un lugar para vivir en Denver, empacar sus cosas y contratar personal de mudanza. La lista la cansó sólo de pensarlo.

Su madre estaría feliz de que se mudara a casa. Estaba eso, al menos. Y cuando Widowmaker arrojara a su padre a una zanja de nuevo, ella estaría lo suficientemente cerca como para ayudar sin tomar tiempo fuera del trabajo. Así que, había algunas cosas buenas.

Estar más cerca de Jake no era una de ellas. Eso estaba oficialmente en su lista de tortura extrema. No tenía ni idea de cómo iba a dormir por la noche, sabiendo que él estaba a sólo media hora en coche.

Se detuvo, frunciendo el ceño cuando se dirigió a la última tanda de textos de Jake.

-- Claire, lo siento. No tienes que responderme. Sólo quería que supieras que tenías razón. Contraté a un contable. Y mis hermanos vinieron. Empaquetamos las cosas de mamá. Fue duro, pero todo se ha ido. --

Dos minutos después -- Todavía no sé cocinar, pero podemos aprender juntos... desnudos. --

Cinco minutos -- Te echo de menos. Por favor, vuelve a casa. --

Diez minutos después de eso -- Te amo con cada célula de mi cuerpo. Eres mi todo, Claire. Siempre. --

Mierda. Claire metió su teléfono en su bolso y se tragó el bulto gigante en su garganta. ¿Cómo se atreve a hacerle esto ahora? ¿Cómo se atreve a decirle que la ama dos veces en los últimos tres días cuando nunca lo había dicho antes? ¿Por qué ahora, cuando nada había cambiado realmente? Jake todavía quería lo que él quería, y ella todavía no podía dárselo.

La estaba partiendo en dos.

Claire pegó una sonrisa en su rostro y volvió a prestar atención al presente, de vuelta a la sala llena de arqueólogos y funcionarios del museo. Jake Walker era un dolor de cabeza con el que lidiar después.

Claire y Emily se dieron la mano y se despidieron. Tan pronto como llegaron a su coche de alquiler, sacó su teléfono celular y marcó el número del Dr. Levinson.

Respondió en el segundo timbre.

-- ¿Hola? --

-- Hola, Dr. Levinson. Es Claire Miller. --

-- Ah, sí. Srta. Miller. Excelente saber de ti. ¿Cómo va la reunión en D.C.?

-- Podía oír el regocijo en su voz a tres mil kilómetros de distancia.

Bueno, eso puso a descansar su última duda. -- Creo que le debo una, doctor. De alguna manera, la propuesta que presenté a su junta hace unos meses ha sido financiada inesperadamente. La Srta. Davis y yo fuimos invitadas a una excavación en Italia en marzo. --

-- Ah, excelente. Supongo que necesitarás oficialmente un trabajo aquí en el museo, asumiendo que quieras aceptar su oferta. --

Es hora de ponerse sus bragas de niña grande y hacer un trato. -- Sí. Estaré encantada de aceptar su generosa oferta. --

-- Muy bien, Srta. Miller. Bienvenida a bordo. Recursos humanos estará en contacto y espero verla en mi oficina en unas semanas. --

-- Gracias. Estaré allí. -- Claire se desconectó y miró su teléfono. Tenía poco más de un mes para organizar su vida antes de empezar su nuevo trabajo. Tendría que avisar a la universidad y despedirse de sus amigas. Nada que no hubiera hecho media docena de veces en los últimos años, pero esta vez, algo del brillo había desaparecido. Esta vez, su alegría era agrídulce, y sabía la razón.

Jake

Abrió su aplicación de mensajes y decidió que era mejor que le contestara.

-- Volveré mañana. Hablaremos entonces. --

Ella no tenía ni idea de lo que él quería, ni de lo que podía decir, pero ella le debía tanto.

Ella presionó enviar el mensaje de texto y luego llamó a la línea fija de sus padres, el único lugar al que podía llamar y siempre contaba con ellos para que se alegraran por ella, sin importar nada.

Su padre contestó, resoplando y resoplando. -- ¿Hola? Claire? --

-- Estás respirando como si acabaras de correr una maratón, papá. Debe estar matando las costillas rotas. --

-- Estoy bien. --

-- No tomaste ningún analgésico hoy, ¿verdad? --

-- No los necesito. -- Claire puso los ojos en blanco. Totalmente de acuerdo. Su padre continuó: -- ¿Qué está pasando en la capital de nuestra nación? --

-- Bueno, parece que me voy a Italia. --

-- Bien por ti. Ve por ellos. Sabía que te iría muy bien. --

-- Gracias, papá. -- Escuchó el murmullo de su mamá en el fondo y su papá pasó la noticia.

-- ¿Cuándo te vas? --

-- Un par de meses. Es una excavación de seis semanas. Catalogaremos nuestros hallazgos y volveremos seis meses después. -- Claire respiró hondo. Una vez que se lo dijo a sus padres, no hubo vuelta atrás. -- Y voy a aceptar el trabajo en Denver. El Dr. Levinson movió algunos hilos. La junta de Denver está financiando parcialmente la excavación. --

-- ¿Vas a aceptar el trabajo aquí, mudándote a casa? --

-- Sí. --

Su mamá gritó en el fondo y Claire sonrió a través de lágrimas inesperadas.

-- Te recogeremos en el aeropuerto mañana, cariño. --

Para bien o para mal, se iba a casa.

Eso no cambiaba nada entre ella y Jake. Nada en absoluto.

CAPITULO 16

Jake y Chance entraron galopando en el camino de entrada de los Miller exactamente al mismo tiempo, los costados de sus caballos temblando y sus mejillas enrojecidas por el frío. El fuerte golpeteo de los cascos de los caballos atrajo a los Miller desde adentro y su puerta principal se abrió para revelar a la Sra. Miller con una bata, y al Sr. Miller caminando detrás de ella.

-- ¡Hola, muchachos! --

Chance acercó a Starlight al porche y Jake lo siguió. No tiene sentido ser grosero. Sólo esperaba que su estúpido hermano mantuviera la boca cerrada.

No hubo tal suerte.

-- Hola, Sra. Miller. Vinimos a ver a Claire. --

El Sr. Miller bajó los tres escalones que conducían a su porche principal y caminó hacia Widowmaker con su brazo colgando de un cabestrillo a su lado. Sonrió y dio palmaditas al caballo en el costado del cuello mientras el semental se inclinaba para saludar al anciano con un chichón en el hombro. Fiel a su forma, el Sr. Miller era un jinete, y no le guardaba rencor al caballo, ni culpaba al semental por asustarse. -- Ella no está aquí, amigos. Está en Washington, D.C., reunida con un pez gordo de Italia. --

-- ¿ -- Italia -- ? Jake sintió cómo se le caía el estómago en las botas. Ella no sólo lo estaba dejándolo, estaba a seis mil millas de distancia dejándolo.

-- Sí. Pronto empezara una nueva excavación. Seis semanas en Italia desenterrando cosas muertas. -- El Sr. Miller frotó la nariz de Widowmaker y alimentó al caballo con una zanahoria que había estado escondiendo en su bolsillo delantero. -- Está muy emocionada, ¿verdad, muchacho? --

Widowmaker olfateó al Sr. Miller mientras Jake se sentaba en un atónito silencio sobre el lomo del caballo. ¿Seis semanas? ¿Iba a Italia por cuarenta y dos días? El pensamiento hizo que le doliera el corazón casi tanto como la cabeza.

Chance llenó el silencio incómodo. -- Es una gran noticia. Pensamos en darles a estos tipos un poco de ejercicio, y pensamos que le gustaría saludarlos. --

-- Bien, bien. -- El Sr. Miller le dio una palmada final a la cabeza de su caballo favorito y volvió a subir las escaleras para apoyarse en la barandilla del porche. -- Será mejor que regresen. Está oscureciendo aquí afuera. Le diré a Claire que pasaron por aquí. --

Chance les dio las gracias y dio la vuelta a Starlight para volver al rancho. Jake lo siguió medio aturdido, dejando que Widowmaker fuera donde quisiera. Claire estaba en Washington, D.C., ahora mismo, reuniéndose con un burócrata italiano que iba a enviarla a Italia por seis semanas.

Prácticamente podía sentirla deslizarse entre sus dedos como un fantasma. Cuanto más intentaba agarrarse, más rápido corría.

Dejaron que los caballos se enfriaran en un lento paseo uno al lado del otro.

-- ¿Cuál es el problema con Claire? --

Jake se ajustó en su asiento y giró su cabeza alrededor de su cuello para trabajar algunas de las torceduras hacia fuera. -- Al diablo si lo sé. Supongo que se va a Italia. --

-- ¿Y? ¿Qué diferencia hay? --

-- No puedo tener una relación con una mujer que está en otro país. --

-- Eso es una estupidez. Estás siendo un imbécil. --

-- ¿Disculpa? -- Jake se giró en la silla de montar para mirar a su hermano.

-- Dije, eso es estúpido. La gente lo hace todo el tiempo. --

Jake estaba discutiendo, pero Chance siguió hablando.

-- Mira, cuando me tendieron una emboscada en mi oficina sobre Erin, estaba siendo un idiota. Así que, sé de lo que estoy hablando. Y créeme, estás siendo un idiota con Claire. --

-- Ella quiere irse. Eso es todo lo que sé. Y no puedo hacer que se quede. -

-

-- No, no puedes. Pero tú puedes ser por quien ella vuelva a casa. -- Chance tomó las riendas del Starlight y Jake siguió su ejemplo mientras Chance se giraba en la silla de montar para enfrentarlo. -- Mira, Jake. Este es

el trato. Claire es inteligente y ambiciosa, y quiere hacer algo con su vida. Se parece mucho a Erin. O te interpones en su camino o lo aceptas y te adaptas. --

-- No sé cómo. Dijo que no puede ser feliz en el rancho. Me dijo que no soy suficiente para ella. ¿Qué carajos se supone que tengo que hacer al respecto? --

Chance movió las riendas para picarle el muslo a Jake. -- Eres aún más terco que yo. Jesús. Empiezo a sentir pena por Claire. No me extraña que se fuera. -- Chance pateó a Starlight en el costado y el caballo se fue al trote. Jake empujó a Widowmaker para que lo siguiera.

No intentó volver a hablar con su hermano hasta que llevaron a los caballos al establo para frotarlos. -- ¿Qué sugieres, hermano? Porque aquí soy todo oídos. --

Chance sacó la silla de montar de la espalda de Starlight y la llevó hasta el caballo de silla de montar al final del establo. Cuando tuvo la silla de montar situada, se dirigió de nuevo a la yegua para terminar de frotarla. -- Es simple, Jake. ¿Quieres a Claire en tu vida, o no? --

-- Sí. --

-- Entonces díselo, idiota. Y luego, cuando llegue el momento de ir a una aventura salvaje a Italia, o a la maldita Antártida, déjala ir. --

-- No lo entiendo. --

Chance le tiró un cepillo. -- Pensé que eras mi hermano inteligente. --

-- Mi pene es más inteligente que tú. --

-- Siendo eso cierto, déjame hacerle esta pregunta a tu pene. Si pudieras tener a Claire durante once meses al año, ¿la querrías? --

-- Sí. --

-- ¿Diez? --

-- Sí. --

-- ¿Nueve? ¿Siete? ¿Cinco? ¿En qué número mágico y místico cambia esa respuesta? --

Mierda. Había rogado por tres semanas con ella. -- No lo hace. Soy un idiota. --

-- Idiota. Eso es lo que he estado tratando de decirte. --

-- ¿Qué hago ahora? --

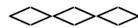
-- Cásate con ella, antes de que alguien con más que una mierda de cerebro se dé cuenta de lo increíble que es. Y cuando sea hora de que se vaya, déjala ir. Volverá a casa contigo. Si ella te ama, siempre volverá a casa. --

Sintiéndose mucho más optimista sobre el futuro, Jake tiró de la silla de

montar de Widowmaker y decidió que era hora de crear algunos problemas.

-- Así que, Mitchell está siendo pateado por una reportera que conoció en el hospital... y ella es una pelirroja. -- Mitchell era bien conocido entre los hermanos por su devoción de toda la vida a las mujeres pelirrojas.

-- Oh, mierda. -- Chance se rió y agitó la cabeza. -- Eso es clásico. Cuéntamelo todo. --



CLAIRE BAJÓ SU equipaje de mano del compartimiento superior y se dirigió hacia el pasillo estrecho del avión comercial. El vuelo de cuatro horas se había cobrado su peaje y ella había pasado la mayor parte del tiempo mirando a ciegas las notas que había tomado sobre el proyecto de Italia. Dudaba de haber leído cinco palabras, sólo podía pensar en Jake.

Dejó de enviarle mensajes ayer por la tarde. Y, por mucho que el zumbido casi constante en su bolsillo la molestó, el silencio actual la hizo sentir aún peor. Ella le había escrito no menos de una docena de mensajes. Todo, desde - - Te quiero -- hasta -- Por favor, deja de mandarme mensajes de texto -- , pero ella no había enviado ni uno. Nada se sentía bien. Nada iba a conseguirle lo que quería.

Con un suspiro, apiló su bolso en la parte superior de su pequeña maleta y los arrastró hasta el tren que la llevaría a la terminal principal. Se suponía que su madre se encontraría con ella allí, en lo alto de las escaleras mecánicas en el nivel de recogida de equipajes. Tomó el tren en silencio, evitando mirar a todas las parejas y familias que la rodeaban. Le hicieron pensar en Jake, y en los lindos bebés rubios de ojos azules, dedos gordos y mejillas regordetas.

Dios, algunos días realmente odiaba ser mujer. ¿Por qué tenía que elegir una vida u otra? Apeataba. ¿Por qué no podía tener una carrera y un hombre? Los hombres lo hacían todo el tiempo. Viajaban y exploraban, y escalaban el jodido Monte Everest mientras la pequeña mujer esperaba en casa el regreso de su héroe conquistador.

¿Pero una mujer? No. Tenía que elegir. Maternidad o carrera. Matrimonio o carrera. Si tuviera un trabajo que odiara, la elección sería fácil. Pero no era

así. Le encantaba su trabajo y no quería dejarlo.

Tal vez algún día podría enamorarse de un hombre que la entendiera. Tal vez, en algún lugar del mundo, había un hombre lo suficientemente fuerte como para amarla tal como era, un hombre que no le pidiera que sacrificara todo por lo que había trabajado. Un hombre que pudiera amarla, sin pedirle que cambiara.

Pero ella no quería algún hombre. Ella quería a Jake.

El tren dejó de moverse y las puertas se abrieron deslizándose. Claire siguió a la multitud por las dobles escaleras mecánicas hasta el nivel principal de la terminal, donde la brillante luz del sol de Colorado se filtraba en el gran espacio a través del techo de la tienda de campaña. Bajó de la escalera mecánica y siguió la corriente de gente hacia la Terminal Este, donde supuestamente la esperaba su madre.

Un gran grupo de personas había dejado de moverse delante de ella, y Claire se abrió paso a su alrededor preguntándose qué diablos estaba causando el embotellamiento. La gente parecía quedarse, esperando a ver qué pasaba.

Curiosa, miró a su alrededor para encontrar lo que todos estaban esperando y notó a dos mujeres jóvenes caminando frente a un vaquero alto.

-- Si ella dice que no, llámame, vaquero. -- Una de las mujeres inclinó sus caderas hacia el hombre mientras caminaba y Claire frunció el ceño. ¿Qué diablos fue todo eso? ¿Y por qué estaba toda esta gente de pie por ahí embobada?

-- Disculpe. -- Se giró de lado y se abrió paso entre la pequeña multitud, manteniendo la cabeza baja para no tropezar con la gente que bloqueaba el camino. Un solo par de botas se interpusieron en su camino. Ella las esquivó, pero se movieron con ella.

Frustrada, Claire miró hacia un par de ojos azules demasiado familiares.

-- ¿Jake? ¿Qué estás...? -- Sus ojos cayeron ante una gran señal blanca que él sostenía delante de su pecho.

-- *Claire, ¿quieres casarte conmigo?* -- Estaba pintado en letras rojas brillantes.

La confusión la hizo parpadear. ¿Qué? ¿Era una broma? Giró la cabeza a diestra y siniestra para encontrar un mar de rostros de extraños que la miraban con atención absorta.

Se volvió y descubrió que Jake se había arrodillado y se había quitado el sombrero de vaquero para ponerlo en el suelo. Alguien llamó desde el balcón

superior de la terminal. Estaban atrayendo a una multitud, pero Jake no miraba a ninguno de ellos, la miraba fijamente. Dobló el cartel por la mitad y lo dejó caer al suelo a su lado. Claire lo miró y se aferró a su maleta durante todo el momento. Sin ella, tenía miedo de caerse. Esto no puede ser real.

Cuando miró a los ojos a Jake, su Jake, vio todo el amor que pudo haber imaginado. Una anciana gritó desde algún lugar en el fondo de la multitud. -- ¡Di que sí, cariño! --

Claire sonrió pero ignoró a todos menos al hombre que amaba.

-- Claire, he sido una idiota. Te dejé ir una vez, pero no volveré a cometer el mismo error. Yo te quiero. Siempre te he amado. No me importa cuántos viajes hagas, o cuánto tiempo te vayas, siempre y cuando vengas a casa conmigo. Por favor, dame una oportunidad. Para siempre, Claire. No quiero tres semanas. Quiero para siempre. -- El metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la cajita negra que había encontrado en su cajón hace tres días. Sus manos temblaban al abrirlo y sacó el anillo que le había comprado hace tantos años. -- He esperado siete años para hacerte esta pregunta, Claire. ¿Te casarías conmigo? --

La alegría irrumpió en su interior y ella asintió, lágrimas acumulándose en sus ojos. -- Sí. Te quiero, Jake Walker. Siempre te he amado. --

Jake deslizó el anillo en su dedo mientras la multitud estallaba en vítores. Claire las ignoró todas mientras Jake se levantaba y la abrazaba, reclamando su boca en un beso que la mecía hasta la médula. Esto era real. Este era Jake. Esto era para siempre.

EPÍLOGO

Una semana después

JAKE ESPERÓ IMPACIENTE a que su novia lo alcanzara. Claire llevaba un impresionante vestido blanco de vaina cubierto en la espalda con capas de satén liso. Era simple, y elegante, y muy Claire. Tenía el pelo recogido y los hombros desnudos y listos para ser besados. Ella sostenía un ramo de Lady Tresses; las orquídeas blancas fueron idea de Claire como una forma de honrar a su madre.

La pequeña capilla de Saint Malo estaba a pocos kilómetros de donde habían crecido. La famosa y antigua capilla fue construida sobre una piedra y daba a una de las vistas montañosas más impresionantes de todo Colorado. La Capilla sobre la Roca era verdaderamente hermosa, y él sabía que Claire amaba este lugar tanto como él.

La iglesia sólo tenía seis bancos de madera a cada lado, y estaban menos de la mitad llenos. A ambos lados del pequeño santuario, tres largas y estrechas ventanas curvadas en la parte superior, dejaban entrar la brillante luz del sol de Colorado. Encima, madera roja brillante arqueada en ángulos geométricos agudos que sostenían el techo. El suelo era de piedra en todas partes menos en el altar, donde una brillante alfombra roja cubría la parte delantera de la habitación.

La capilla generalmente sólo permitía bodas católicas, pero la Sra. Walker

había sido amiga del Padre John por más de treinta años. Había cenado en el rancho una vez al mes desde que Jake se acordaba. El Padre John conocía a los Miller, a los Walker y a todas las demás familias del valle. Era prácticamente de la familia; y cuando Jake y Claire habían ido a hablar con él, el sacerdote les había guiñado un ojo y le había dado la llave. -- Le dije a Jake que se lo devolviera antes de la misa dominical. --

A medida que Claire se acercaba, su sonrisa iluminó sus ojos y levantó la última de las sombras oscuras de su corazón. Aquí es donde Jake se había imaginado casándose con ella. Cuando tenían diez años, habían montado sus caballos aquí, entraron a hurtadillas y pasaron una tarde explorando las rocas y el valle. Habían estado sentados en la primera fila mientras la luz del sol se filtraba a través de las ventanas e iluminaba la joven cara y el cabello de Claire como el halo de un ángel. Pensó que era la chica más hermosa que había visto.

Diablos, todavía pensaba eso. Y ahora ella finalmente iba a ser suya.

Los tres hermanos estaban aquí, y el Sr. y la Sra. Klasky. Su entrenadora principal, Mindy, y varios de los tipos que trabajaban con él en el rancho estaban allí con grandes sonrisas en sus caras. La Sra. Gregory, su nueva contadora, había enderezado su oficina en menos de una semana y ahora estaba sentada junto a Mindy sonriendo de oreja a oreja. El padre de Claire la estaba llevando al altar, sin su honda, por la cual Mitchell ya se había quejado. La Sra. Miller estaba radiante junto a los Klasky, y la mejor amiga de Claire, Emily, estaba de pie frente a él sirviendo como Dama de Honor de Claire. Todas las mujeres de la iglesia ya se estaban secando las lágrimas.

Jake sintió que estaba a punto de explotar de felicidad, y todas estaban llorando.

Mujeres.

Erin incluso se había tomado un día libre de la gira para volar y asistir al evento. Se sentó en el banco delantero mirando a Chance con una sonrisa tan brillante como la de Claire, la sonrisa de una mujer enamorada.

Mientras Claire se acercaba, Chance se inclinó y le susurró al oído. -- Para ser un imbécil, no perdiste el tiempo. --

-- Desperdiocé siete años. Eso fue suficiente. --

Erin sonrió desde el banco delantero. -- Creo que es romántico. --

Chance dio un paso, se inclinó y lo besó. -- Eres como una chica. --

Derek, Mitchell y Chance estuvieron a su lado cuando hizo a Claire su esposa y finalmente cumplió la promesa que le había hecho a su madre todos

esos años atrás, la promesa que se había hecho a sí mismo. Cuando la luz del sol que fluía a través de la ventana proyectó un rayo de luz dorada en el cabello de Claire, él sabía que su mamá los estaba cuidando desde el cielo, tal como ella había prometido.

¿Casarte con Claire Miller y amarla para siempre?

-- Listo, mamá. --

Cumplido.

SIGUE LEYENDO para echar un vistazo al próximo libro de los Walker Brothers, Up All Night. Playboy Mitchell Walker por fin ha encontrado su pareja...

LIBROS POR AMANDA ADAMS

Los hermanos Walker

El Soltero

El Vaquero

Más libros

Mientras estabas muerto

La sentencia final

BIOGRAFÍA

¡Suscríbete a la lista de lectores vip de Amanda!

<http://bit.ly/AmandaNews>

Amanda Adams escribe historias súper sexis de romance *new adult* (ficción para nuevos adultos) y contemporáneo. Es una autora a tiempo completo que pasa sus días tratando de caminar más y escribir menos.

Si come una ensalada en el almuerzo, se asegura de recompensarse luego con un chocolate (lo que cualquier mujer sensata haría). Amanda cree en el amor verdadero, en el amor a primera vista y en cualquier otro cliché que exista.

www.amandaadamsauthor.com

LIBROS POR AMANDA ADAMS (ENGLISH)

The Walker Brothers Series

Crash and Burn
Alone With You
Up All Night
Make Me Forget

The Magical Matchmaker Series

Stealing Christmas
Billionaire's Obsession (TBA)

Romantic Suspense

While You Were Dead (with CJ Snyder)
Dead Reckoning (with CJ Snyder)
Maverick (with CJ Snyder)